



R O A L D D A H L

**G É N E S I S Y
C A T Á S T R O F E**

Lectulandia

En esta obra de Roald Dahl se recogen algunos de sus mejores relatos cortos. Reconocido especialista de este género literario, Dahl conjuga una increíble sensibilidad narrativa con una portentosa imaginación, un sentido del humor típicamente británico y una ternura que llega a emocionarnos con las historias aparentemente más simples. El material del que se surte Dahl tiene muy distinta procedencia, pero en sus manos cada relato cobra vida con tal brillantez que personajes y situaciones apenas esbozados permanecen en nuestro recuerdo con igual o mayor fuerza que los de las grandes obras clásicas.

Los nueve relatos que componen esta recopilación son: *Génesis y catástrofe: una historia real* (*Genesis and Catastrophe: A True Story*, 1959), *El gran gramatizador automático* (*The Great Automatic Grammatizator*, 1953), *Cerdo* (*Pig*, 1960), *El bello Jorgito* (*Georgy Porgy*, 1959), *El soldado* (*The Soldier*, 1953), *La máquina de sonido* (*The Sound Machine*, 1953), *El deseo* (*The Wish*, 1953), *Veneno* (*Poison*, 1953) y *El hombre del paraguas* (*The Umbrella Man*, 1980).

Lectulandia

Roald Dahl

Génesis y catástrofe

ePub r1.0

Titivilus 28.01.15

Título original: *Genesis and Catastrophe: A True Story*

Roald Dahl, 1980

Traducción: Flora Casas

Diseño de cubierta: Debate

Editor digital: Titivilus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Génesis y catástrofe

Una historia real

- Todo va bien —decía el médico—. Ahora, recuéstese y relájese.
Su voz sonaba a kilómetros de distancia y parecía que le estaba gritando.
- Tiene usted un hijo.
- ¿Cómo?
- Que tiene usted un hermoso hijo. Lo comprende, ¿verdad? Un hermoso niño.
¿Le ha oído llorar?
- ¿Está bien, doctor?
- Claro que sí.
- Déjeme verlo, por favor.
- Lo verá usted en seguida.
- ¿Está seguro de que se encuentra bien?
- Completamente seguro.
- ¿Sigue llorando?
- Intente descansar. No debe preocuparse por nada.
- ¿Por qué ha dejado de llorar, doctor? ¿Qué ha pasado?
- No se excite, por favor. Todo va bien.
- Quiero verle. Déjeme verle, se lo ruego.
- Querida señora —dijo el médico, dándole un golpecito en la mano—. Tiene usted un hermoso niño, fuerte y sano. ¿Es que no me cree?
- ¿Qué está haciendo aquella mujer?
- Está poniendo guapo a su niño para que usted lo vea —dijo el doctor—. Sólo lo están lavando un poco. Tiene que darnos unos minutos.
- ¿Me jura usted que está bien?
- Se lo juro. Ahora, recuéstese y relájese. Cierre los ojos. Eso es. Así está mejor.
Buena chica...
- He rezado sin parar para que viva, doctor.
- ¡Claro que vivirá! ¿De qué está usted hablando?
- Los otros no vivieron.
- ¿Cómo?
- Ninguno de mis otros hijos ha sobrevivido, doctor.

El médico estaba al lado de la cama, mirando la cara pálida y exhausta de la joven. No la había visto hasta entonces. Ella y su esposo eran nuevos en la ciudad. La dueña de la fonda, que había ido a ayudar en el parto, le había dicho que el marido trabajaba en la aduana, en la frontera, y que habían llegado a la fonda sin avisar, hacía

tres meses, con un baúl y una maleta. El marido era un borracho, según la dueña de la fonda; un borrachuzo chulo, arrogante y tiránico, pero la joven era amable y religiosa. Y estaba siempre muy triste. Nunca sonreía. En las pocas semanas que llevaban allí, la dueña de la fonda no la había visto sonreír ni una sola vez. También corría el rumor de que era el tercer matrimonio del marido, que su primera esposa había muerto y que la otra se había divorciado de él por razones bastante deshonrosas. Pero era sólo un rumor.

El médico se inclinó y tiró de la sábana para tapar el pecho de la paciente.

—No debe preocuparse por nada —dijo amablemente—. Es un niño absolutamente normal.

—Eso mismo me dijeron de los otros. Pero los perdí a todos, doctor. En los últimos dieciocho meses he perdido a mis tres hijos, así que no puede usted reprocharme que esté preocupada.

—¿Tres?

—Éste es el cuarto... en cuatro años.

El médico movió, incómodo, los pies sobre el suelo desnudo.

—Doctor, no creo que sepa usted lo que supone perderlos a todos, a los tres, lentamente, uno a uno. Aún los estoy viendo. En este momento veo la cara de Gustavo tan claramente como si estuviera aquí, en la cama, a mi lado. Gustavo era un niño precioso, doctor, pero siempre estaba enfermo. Es terrible que siempre estén enfermos y no se pueda hacer nada para ayudarles.

—Sí, lo comprendo.

La mujer abrió los ojos, miró fijamente al médico unos segundos y los volvió a cerrar:

—La niña se llamaba Ida. Murió unos días antes de Navidad, hace sólo cuatro meses. Me gustaría que hubiera visto a Ida, doctor.

—Ahora tiene usted otro hijo.

—Pero Ida era tan guapa...

—Sí —dijo el médico—. Lo sé.

—¿Cómo puede usted saberlo? —exclamó.

—Estoy seguro de que era una niña preciosa, pero éste también lo es.

El doctor se separó de la cama, se dio la vuelta, fue hasta la ventana y se quedó mirando afuera. Era una tarde de abril, lluviosa y gris, y en la acera de enfrente vio los techos rojos de las casas y las enormes gotas de agua que se aplastaban contra las tejas.

—Ida tenía dos años, doctor... Era tan guapa que no podía dejar de mirarla, desde que la vestía por la mañana hasta que la acostaba por la noche. Entonces vivía aterrorizada de que le ocurriese algo a aquella criatura. Gustavo había muerto, y también el pequeño Otto; ella era lo único que me quedaba. A veces me levantaba por la noche, iba de puntillas hasta la cuna y le ponía el oído junto a la boca para comprobar que respiraba.

—Intente descansar —dijo el médico, volviendo a acercarse a la cama—. Por favor, intente descansar.

El rostro de la mujer estaba blanco y exangüe, con un ligero tinte gris azulado en torno a la nariz y la boca. Unos mechones de pelo húmedo le caían sobre la frente y se le pegaban a la piel.

—Cuando murió... Ya estaba embarazada otra vez cuando ocurrió aquello, doctor. Estaba de cuatro meses cuando murió Ida. «¡No lo quiero!», gritaba después del funeral. «¡No quiero tenerlo! ¡Ya he enterrado bastantes hijos!» Y mi marido... se paseaba entre los asistentes con un gran vaso de cerveza en la mano... Se volvió hacia mí y me dijo: «Tengo buenas noticias para ti, Clara, buenas noticias.» ¿Se lo imagina usted, doctor? Acabábamos de enterrar a nuestro tercer hijo y él, tan tranquilo, con un vaso de cerveza en la mano, me dice que tiene buenas noticias. «Hoy me han destinado a Brunau, así que ya puedes hacer el equipaje. Así empezará desde cero, Clara. Es un sitio nuevo, y tendrás otro médico...»

—No hable usted más, se lo ruego.

—Usted es el médico nuevo, ¿no doctor?

—Sí.

—Y estamos en Brunau.

—Sí.

—Estoy asustada, doctor.

—Intente tranquilizarse.

—¿Qué posibilidades tiene el cuarto?

—Tiene usted que dejar de pensar en esas cosas.

—No lo puedo remediar. Estoy segura de que es algo hereditario, que hace que mis niños se mueran de ese modo. Tiene que ser eso.

—No diga tonterías.

—¿Sabe usted lo que me dijo mi marido cuando nació Otto, doctor? Entró en la habitación, miró la cuna en la que estaba el niño y dijo: «¿Por qué *todos* mis hijos tienen que ser tan pequeños y débiles?»

—Estoy seguro de que no dijo eso.

—Metió la cabeza en la cuna de Otto, como si estuviese examinando un insecto, y dijo: «Lo único que quiero saber es por qué no pueden ser mejores *ejemplares*. Es lo único que quiero saber.» Y tres días después Otto había muerto. Le bautizamos rápidamente. Y luego murió Gustavo. Y después Ida. Todos murieron, doctor..., y la casa se quedó vacía de repente.

—No piense ahora en eso.

—¿Éste es igual de pequeño?

—Es un niño normal.

—¿Pero pequeño?

—Un poco, sí, pero a veces los pequeños son mucho más fuertes que los grandes. Imagínese, señora Hitler, el año que viene por estas fechas estará casi aprendiendo

a andar. ¿No es una idea maravillosa?

La mujer no contestó.

—Y dentro de dos años probablemente hablará por los codos y la volverá loca con su parloteo. ¿Ha decidido ya qué nombre ponerle?

—¿El nombre?

—Claro.

—No sé. No estoy segura. Creo que mi marido dijo que si era niño le pondríamos Adolfo.

—Entonces le llamarán Adolfo.

—Sí. A mi marido le gusta ese nombre porque se parece un poco a Alois. Él se llama Alois.

—Estupendo.

—¡Oh, no! —exclamó, incorporándose bruscamente sobre la almohada—. ¡Es lo mismo que me preguntaron cuando nació Otto! ¡Eso significa que se va a morir! ¿Quieren bautizarlo inmediatamente?

—Vamos, vamos —dijo el médico cogiéndola suavemente por los hombros—. Está usted completamente equivocada. Es que soy un viejo curioso, pero nada más. Me gusta hablar de nombres. Me parece que Adolfo es un nombre muy bonito, uno de mis favoritos. Mire, aquí le tenemos.

La dueña de la fonda, con el niño apretado contra su enorme pecho, atravesó majestuosamente la habitación y llegó hasta la cama.

—¡Aquí tiene a esta hermosura! —exclamó rebosante de alegría—. ¿Quiere usted cogerlo? ¿Se lo pongo a su lado?

—¿Está bien abrigado? —preguntó el médico—. Aquí hace muchísimo frío.

—Claro que está bien abrigado.

El bebé iba apretadamente envuelto en un chal de lana blanca, del que sólo sobresalía la cabecita sonrosada. La dueña de la fonda lo colocó con cuidado en la cama, al lado de la madre.

—Bueno, aquí lo tiene —dijo—. Ahora puede mirarlo todo lo que quiera.

—Creo que le gustará —dijo el médico, sonriendo—. Es un niño muy hermoso.

—¡Tiene unas manos preciosas! —exclamó la dueña de la fonda—. ¡Qué dedos tan largos y delicados!

La madre no se movió. Ni siquiera volvió la cabeza para mirar.

—¡Vamos! —exclamó la dueña de la fonda—. ¡No le va a morder!

—Me da miedo mirar. No me atrevo a creer que tengo otro niño y que está bien.

—No sea usted tonta.

Muy despacio, la madre volvió la cabeza y miró la carita increíblemente serena que reposaba en la almohada, a su lado.

—¿Es éste mi niño?

—¡Claro!

—¡Pero..., pero si es muy guapo!

El médico se dio la vuelta, fue hasta la mesa y empezó a guardar sus cosas en el maletín. La madre, tumbada en la cama, miraba al niño, le sonreía, le tocaba y emitía ruiditos de contento.

—¡Hola, Adolfo! —susurraba—. ¡Hola, Adolfito mío...!

—¡Chiss! —dijo la dueña de la fonda—. ¡Escuche! Creo que llega su marido.

El médico se dirigió a la puerta, la abrió y miró al pasillo.

—¿Señor Hitler?

—Sí, soy yo.

—Entre usted, por favor.

Un hombre bajo, de uniforme verde oscuro, entró en la habitación sin hacer ruido y miró a su alrededor.

—Le felicito —dijo el médico—. Tiene usted un hijo. Aquel hombre llevaba bigote y unas patillas enormes, meticulosamente recortadas al estilo del emperador Francisco José, y apestaba a cerveza.

—¿Un hijo?

—Sí.

—¿Cómo está?

—Muy bien. Y su esposa también.

—Estupendo.

El padre se dio la vuelta y, con un andar curiosamente saltarín, se acercó a la cama en la que descansaba su mujer.

—Vamos a ver, Clara —dijo, sonriendo bajo el bigote—. ¿Qué tal ha ido todo?

Se inclinó para mirar al niño y siguió inclinándose con una serie de movimientos sincopados, hasta que su cara quedó a unos cuarenta centímetros de la cabeza de la criatura. La mujer estaba tumbada de lado, apoyada en la almohada, y lo observaba con una mirada suplicante.

—Tiene unos pulmones fantásticos —le hizo saber la dueña de la fonda—. Tendría usted que haberle oído gritar nada más llegar al mundo.

—Pero, por Dios, Clara...

—¿Qué pasa, cariño?

—¡Que éste es aún más pequeño que Otto!

El doctor dio rápidamente unos pasos hacia adelante.

—Este niño no tiene absolutamente nada anormal —dijo.

El marido se enderezó despacio, se separó de la cama y miró al médico. Parecía herido y desconcertado.

—No sirve de nada mentir, doctor —dijo—. Yo sé lo que pasa. Será lo de siempre.

—Haga el favor de escucharme —replicó el médico.

—¿Pero sabe usted lo que ocurrió con los otros, doctor?

—Tiene que olvidarse de los otros. Concédale a éste una oportunidad.

—¡Pero es tan pequeño y tan débil!

—¡Mire usted, señor mío, no es más que un recién nacido!

—Aun así...

—¿Qué es lo que quiere hacer? —gimió la dueña de la fonda—. ¿Cavarle la tumba?

—¡Basta ya! —exclamó el médico con brusquedad.

En aquel momento la madre se echó a llorar. Fuertes sollozos le sacudían el cuerpo.

El doctor se acercó al marido y le puso una mano en el hombro.

—Sea bueno con ella, se lo ruego —susurró—. Es muy importante.

Apretó el hombro del marido con más fuerza y lo empujó disimuladamente hacia el borde de la cama. El marido dudaba. El médico apretó aún más, mientras le hacía gestos apremiantes con la mano. Por fin, el marido se agachó de mala gana y besó ligeramente a su mujer en la mejilla.

—Vamos, Clara —dijo—, deja de llorar.

—He rezado tanto para que viva, Alois...

—Ya.

—Durante meses he ido todos los días a la iglesia para pedir de rodillas que éste pueda vivir.

—Sí, Clara, ya lo sé.

—Tres hijos muertos es lo máximo que puedo soportar. ¿No te das cuenta?

—Sí.

—*Tiene que vivir, Alois. Tiene que hacerlo. ¡Oh, Dios mío, ten misericordia de él!*

El gran gramatizador automático

—Muy bien, Knipe, muchacho. Ya está todo acabado. Le había llamado simplemente para decirle que pienso que ha hecho un buen trabajo.

Adolph Knipe estaba de pie, inmóvil, ante la mesa del despacho del señor Bohlen. No parecía en absoluto entusiasmado.

—¿No está usted contento?

—Claro que sí, señor Bohlen.

—¿Ha visto lo que decían los periódicos esta mañana?

—No, señor.

El hombre que estaba detrás de la mesa atrajo hacia sí un periódico doblado y se puso a leer: «Acaba de concluirse la construcción de la gran calculadora automática, encargada por el gobierno hace algún tiempo. Probablemente se trata de la calculadora automática más rápida que existe actualmente en el mundo. Su función consiste en satisfacer la creciente necesidad de la ciencia, la industria y la administración de realizar con rapidez determinados cálculos automáticos, que antiguamente, y siguiendo métodos tradicionales, hubieran resultado físicamente imposible o hubieran requerido más tiempo del que podían justificar los problemas a resolver. La velocidad a la que funciona la nueva máquina, ha declarado el señor Bohlen, director de la empresa de ingeniería eléctrica responsable de su construcción, puede calibrarse por el hecho de que en cinco segundos da la respuesta correcta a un problema que un matemático tardaría un mes en descifrar. En tres minutos puede realizar un cálculo que, a mano (y en el caso de que fuera posible), llevaría medio millón de hojas de papel tamaño folio. La máquina funciona con impulsos eléctricos, a razón de un millón por segundo, y puede resolver todos los cálculos basados en la suma, la resta, la multiplicación y la división. A efectos prácticos, sus posibilidades son ilimitadas...»

El señor Bohlen levantó la mirada hacia la cara alargada y melancólica del joven.

—¿No se siente orgulloso, Knipe? ¿No está usted contento?

—Naturalmente, señor Bohlen.

—No creo que sea necesario recordarle que su contribución ha sido muy importante, sobre todo en los planes originales. En realidad, podría decir que sin usted y algunas de sus ideas es posible que este proyecto estuviera aún en los tableros de dibujo.

Adolph Knipe restregó los pies sobre la alfombra mientras observaba las manos de su jefe, pequeñas y blancas, los dedos nerviosos que jugueteaban con un sujetapapeles, estirando las curvas en forma de imperdible. No le gustaban las manos de aquel hombre, ni su cara, con aquella boca pequeña y aquellos labios finos, de un

rojo púrpura. Resultaba desagradable cómo movía sólo el labio inferior cuando hablaba.

—¿Está preocupado por algo, Knipe? ¿Le está dando vueltas en la cabeza a alguna cosa?

—No, no, señor Bohlen.

—¿Le apetecería tomarse una semana de vacaciones? Le sentarían bien. Se las merece.

—Pues no sé qué decirle, señor...

El hombre mayor esperó, observando a aquel personaje alto, delgado y desgarrado que tenía ante él. Era un chico complicado. ¿Por qué no podía ponerse derecho? Siempre andaba alicaído y desharrapado, con manchas en la chaqueta y los pelos pegados a la cara.

—Me gustaría que se tomara unas vacaciones, Knipe. Las necesita.

—Está bien, señor. Como usted quiera.

—Tómese una semana, o dos, si lo desea. Vaya a algún sitio con buen clima. Tome el sol, nade, relájese, duerma. Cuando vuelva, hablaremos sobre el futuro.

Adolph Knipe regresó en autobús a su casa de dos habitaciones. Tiró el abrigo sobre el sofá, se sirvió un whisky y se sentó ante la máquina de escribir que estaba en la mesa. El señor Bohlen tenía razón. Claro que sí. Sólo que no sabía de la misa la mitad. Probablemente pensaba que se trataba de una mujer. Cuando un joven está deprimido, todos piensan que es por culpa de una mujer.

Se inclinó hacia adelante y leyó la hoja a medio mecanografiar que había en la máquina. Se titulaba «Escapada difícil» y empezaba como sigue: «*Era una noche oscura y tormentosa, el viento soplabá entre los árboles y llovía a cántaros...*»

Adolph Knipe bebió un sorbo de whisky, paladeando el sabor amargo de la malta, sintiendo resbalar el frío líquido por su garganta hasta asentarse en la boca del estómago. Era al principio una sensación de frío que luego se iba extendiendo y transformando en calor, creando en el estómago una pequeña zona tibia. Que se fuera al diablo el señor Bohlen. Y también aquella maravillosa calculadora eléctrica, y que se fuera al diablo aquella...

Justo en ese momento sus ojos y su boca empezaron a abrirse lentamente en un gesto de sorpresa: levantó despacio la cabeza y se quedó absolutamente inmóvil, contemplando la pared de enfrente con una expresión que más que de sorpresa era de estupor, sin moverse, y así siguió cuarenta, cincuenta o sesenta segundos. Después, y aún con la cabeza inmóvil, en su rostro fue reflejándose un cambio sutil: el estupor dio paso al placer, muy leve al principio, sólo visible en la comisura de la boca, y a continuación, de forma gradual, fue aumentando y extendiéndose hasta inundar toda la cara, que adquirió una expresión de alegría resplandeciente. Era la primera vez en muchos meses que Adolph Knipe sonreía.

—Claro —dijo en voz alta—. Es completamente ridículo.

Volvió a sonreír, levantando el labio superior y dejando al descubierto los dientes

de una forma extrañamente sensual.

—Es una idea fantástica, pero tan impracticable que en realidad no merece la pena pensar en ella.

A partir de entonces Adolph Knipe no pensaba en otra cosa. La idea le fascinaba, al principio porque le ofrecía la posibilidad —por remota que fuese— de vengarse de una forma demoníaca de sus peores enemigos. Considerándola únicamente desde ese punto de vista, jugó perezosamente con ella durante unos diez o quince minutos y de repente se sorprendió analizándola muy en serio, como si se tratara de una posibilidad factible. Cogió un papel y tomó algunas notas preliminares, pero no llegó muy lejos. Casi inmediatamente volvió a topar con la conocida verdad de que una máquina, por muy ingeniosa que sea, no es capaz de pensar por sí misma. Sólo puede enfrentarse a problemas que se resuelven en términos matemáticos, problemas que tienen solamente una solución exacta.

Se trataba de un escollo aparentemente insalvable. Una máquina no puede tener cerebro. Por otra parte, sí puede tener memoria, ¿no? La calculadora electrónica de su creación poseía una memoria prodigiosa. Transformando los impulsos eléctricos en ondas supersónicas mediante una columna de mercurio, podía almacenar al menos un millar de cifras de una vez, y extraer cualquiera de ellas en el momento exacto en que se necesitase. Según este principio, ¿no sería posible construir una sección de memoria de tamaño prácticamente ilimitado?

¿Por qué no?

De pronto cayó en la cuenta de otra verdad no por sencilla menos abrumadora: *¡que la gramática inglesa está regida por unas reglas tan estrictas que son casi matemáticas!* Conociendo las palabras y el sentido de lo que se desea expresar, dichas palabras sólo pueden colocarse en un orden.

No, pensó, no es exactamente así. Hay muchas frases en que las palabras y las expresiones pueden colocarse en varias posiciones, todas ellas gramaticalmente correctas. Pero, qué demonios, la teoría es cierta en lo esencial, y es razonable pensar que podría construirse una máquina con el mismo sistema que la calculadora eléctrica, transformándola de modo que colocase palabras en un orden determinado en lugar de números, acorde con las reglas gramaticales. Se introducen verbos, nombres, adjetivos y pronombres; se almacenan en la sección de memoria a modo de vocabulario, y con un mecanismo adecuado se extraen cuando sea necesario. Después no hay más que proporcionarle argumentos y dejar que la máquina escriba las frases.

Ya nada podía parar a Knipe. Puso manos a la obra inmediatamente, y los días siguientes fueron de intenso trabajo. El cuarto de estar estaba atestado de hojas de papel: fórmulas y cálculos, listas de palabras, miles y miles de palabras, argumentos de cuentos, con interrupciones y subdivisiones extrañas, enormes extractos del *Roget's Thesaurus*, páginas llenas de nombres de hombre y mujer, cientos de apellidos sacados de la guía de teléfonos, complicados diseños de cables y circuitos, interruptores y válvulas termoiónicas, dibujos de máquinas que perforaban agujeros

de distintos tamaños en unas tarjetitas y de una extraña máquina eléctrica capaz de escribir diez mil palabras por minuto. Había también una especie de tablero de control con una serie de botoncitos que llevaban una etiqueta con el nombre de una famosa revista norteamericana.

Trabajaba con auténtico júbilo, recorría la habitación entre pilas de papeles, se frotaba las manos, hablaba a solas en voz alta; de vez en cuando arrugaba la nariz y murmuraba una serie de imprecaciones asesinas en las que siempre aparecía la palabra «editor». Al decimoquinto día de trabajo ininterrumpido metió los papeles en dos grandes carpetas y los llevó casi corriendo a la oficina de John Bohlen Inc., ingenieros eléctricos.

Al señor Bohlen le agradó volver a verlo.

—¡Pero, Dios mío, Knipe! ¡Tiene usted mucho mejor aspecto! ¿Qué tal las vacaciones? ¿A dónde ha ido usted? —«Está tan feo y desastrado como siempre», pensó el señor Bohlen. «¿Por qué no se pondrá derecho? Parece un bastón doblado»—. Tiene un aspecto mil veces mejor, muchacho. —«Me pregunto qué estará rumiando. Cada vez que lo veo, parece que le han crecido las orejas.»

Adolph Knipe colocó las carpetas sobre la mesa.

—¡Mire, señor Bohlen, mire esto! —exclamó.

Y se lo contó todo. Abrió las carpetas y plantó el proyecto ante el sorprendido hombrecillo. Habló más de una hora, se lo explicó con detalle y cuando terminó dio un paso hacia atrás, sin aliento, sofocado, a la espera del veredicto.

—¿Sabe una cosa, Knipe? Pienso que está usted como una cabra. —«Cuidado», se dijo el señor Bohlen. «Trátalo con cuidado. Este tipo es muy valioso. Si no tuviera ese aspecto tan espantoso, con esa cara de caballo y esos dientes enormes... Tiene orejas de soplillo.»

—¡Pero, señor Bohlen, funcionará! ¡Acabo de demostrárselo! ¡No puede usted negarlo!

—Cálmese, Knipe. Cálmese y escúcheme.

Adolph Knipe miró a su jefe con odio creciente.

—La idea —decía el señor Bohlen moviendo sólo el labio inferior— es muy ingeniosa, podría decir que brillante, y viene a confirmar mi opinión sobre su capacidad, Knipe. Pero no se lo tome demasiado en serio. Después de todo, muchacho, ¿de qué podría servirnos? ¿Quién diablos va a comprar una máquina que escriba relatos? Además, ¿qué dinero nos produciría? A ver, explíquemelo.

—¿Puedo sentarme, señor?

—Naturalmente.

Adolph Knipe se sentó en el borde de una silla. El otro hombre lo observaba con sus ojos pardos, fijamente, preguntándose qué iría a decirle.

—Con su permiso, señor Bohlen, me gustaría explicarle cómo se me ocurrió hacer esto.

—Adelante, Knipe, adelante.

Tendría que seguirle un poco la corriente, se dijo el señor Bohlen. El chico tenía gran valor para la empresa, era casi un genio, y valía su peso en oro. No había más que ver aquellos papeles. Eran la cosa más rara del mundo. Un trabajo sorprendente, aunque completamente inútil, sin ningún interés comercial, pero que demostraba una vez más la capacidad del muchacho.

—Voy a hacerle una especie de confesión, señor Bohlen. Creo que explica por qué siempre estoy tan... no sé, tan preocupado.

—Dígame lo que quiera, Knipe. Ya sabe que estoy aquí para ayudarle.

—Verá, señor Bohlen, para serle sincero, mi trabajo aquí no me interesa demasiado. Sé que lo hago bien y todo eso, pero no le pongo corazón. No es lo que quiero hacer realmente.

Las cejas del señor Bohlen se alzaron como un resorte. Su cuerpo se puso rígido.

—Verá, señor, toda mi vida he querido ser escritor.

—¡Escritor!

—Sí, señor Bohlen. A lo mejor no se lo cree, pero todos los ratos libres que tengo los dedico a escribir relatos. Durante los últimos diez años he escrito cientos, literalmente cientos de cuentos. Quinientos cincuenta y seis, para ser exactos. Uno por semana, aproximadamente.

—¡Dios mío! ¿Para qué diablos hace usted una cosa así?

—Lo único que sé es que siento la necesidad, señor.

—¿Qué necesidad?

—La necesidad de crear, señor Bohlen.

Siempre que levantaba la mirada veía los labios del señor Bohlen, cada vez más finos, cada vez más rojos.

—Y ¿se puede saber qué hace usted con esos cuentos, Knipe?

—Pues ése es el problema, señor, que nadie quiere comprarlos. Cuando acabo uno, lo mando a varios sitios. Pasa de una revista a otra, y ahí acaba todo, señor. Se limitan a devolvérmelos. Es muy deprimente.

El señor Bohlen se relajó.

—Entiendo muy bien cómo se siente, muchacho —su voz rezumaba comprensión—. Todos pasamos por eso alguna vez en la vida. Pero si los expertos, los editores, ya le han dado a usted pruebas contundentes de que sus cuentos no..., cómo lo diría..., de que no tienen demasiado éxito, ha llegado el momento de abandonar. Olvídense del asunto, amigo mío.

—¡No, señor Bohlen! ¡No! ¡Eso no es cierto! Sé que mis relatos son buenos. Dios mío, si se los compara con los que publican algunas revistas... ¡Se lo juro, señor Bohlen, si supiera qué cosas tan aburridas y absurdas se ven en las revistas semana tras semana...! ¡Es para volverse loco!

—Un momento, muchacho...

—¿Lee usted revistas, señor Bohlen?

—Perdone, Knipe, pero ¿qué tiene que ver todo esto con su máquina?

—¡Todo, señor Bohlen, absolutamente todo! Lo que quiero decirle es que he hecho un estudio de las revistas y parece ser que cada una tiende a especializarse en un tipo de cuentos. Los escritores —los que tienen éxito— lo saben y escriben adaptándose a eso.

—Un momento, muchacho. Tranquilícese, ¿quiere? No creo que esto nos lleve a ninguna parte.

—Se lo ruego, señor Bohlen, escúcheme hasta el final. Es tremendamente importante.

Se detuvo para tomar aliento. Estaba muy excitado y gesticulaba con las manos. La cara alargada, dentona, con aquellas enormes orejas, resplandecía de entusiasmo y tenía tanta saliva en la boca que salpicaba al hablar.

—Verá, con mi máquina, gracias a un coordinador adaptado entre la sección de «memoria de argumentos» y la de «memoria de palabras», puedo producir cualquier tipo de relato que quiera, simplemente apretando el botón correspondiente.

—Lo sé, Knipe, lo sé. Es muy interesante; pero ¿a dónde quiere usted ir a parar?

—A lo siguiente, señor Bohlen: el mercado es limitado. Tenemos que producir el material adecuado en el momento justo, y siempre que lo deseemos. Es simplemente una cuestión de negocios. Lo estoy considerando desde su punto de vista, como una propuesta comercial.

—Pero, mi querido muchacho, no es posible considerarlo como una propuesta comercial. Nunca podría serlo. Usted sabe tan bien como yo lo que cuesta construir una de esas máquinas.

—Sí, señor, lo sé; pero, con todos mis respetos, creo que usted no sabe lo que pagan las revistas a los escritores por esos relatos.

—¿Cuánto?

—Hasta dos mil quinientos dólares. La media es probablemente de unos mil dólares.

El señor Bohlen dio un respingo.

—¡Pero Knipe, es imposible! ¡Es ridículo!

—No, señor. Es la verdad.

—¿Quiere usted decir que esas revistas dan dinero así por las buenas a cualquiera por..., por garrapatear un cuento? ¡Vamos, Knipe! ¡Entonces todos los escritores serían millonarios!

—¡Esa es la cuestión, señor Bohlen! Ahí es donde interviene mi máquina. Y otra cosa, señor. Yo ya lo tengo todo pensado. Las revistas grandes publican unos tres relatos en cada número. Fijémonos en las quince más importantes, las que pagan más. Algunas son mensuales, pero la mayoría salen cada semana. Pues bien, con esto tenemos que se compran unos cuarenta cuentos a la semana, es decir, cuarenta mil dólares. ¡Con nuestra máquina —cuando funcione a pleno rendimiento— coparemos casi todo el mercado!

—¡Está usted loco, muchacho!

—No, señor; lo que estoy diciendo es verdad. ¿No comprende que, solamente con la cantidad que produzcamos, les desbordaremos? Esta máquina puede producir un relato de cinco mil palabras, mecanografiarlo y terminarlo en treinta segundos. ¿Cómo pueden competir con ella los escritores? Dígamelo, señor Bohlen.

Al llegar a este punto, Knipe observó que en la expresión del hombre se había producido un leve cambio: los ojos tenían más brillo, las aletas de la nariz se habían hinchado, el rostro estaba inmóvil, casi rígido. Prosiguió inmediatamente:

—Hoy en día un artículo hecho a mano no tiene ningún porvenir, señor Bohlen. No puede competir con la producción en serie, sobre todo en este país, y usted lo sabe. Alfombras..., sillas..., zapatos..., ladrillos..., vajillas..., lo que se le ocurra. Ahora todo se fabrica a máquina. Quizá la calidad sea inferior, pero eso no importa. Lo que cuenta es el coste de producción, y los cuentos son un producto más, como las alfombras o las sillas. A nadie le importa cómo se hacen las cosas con tal de que se vendan. ¡Los venderemos al por mayor, señor Bohlen! ¡Rebajaremos los precios para competir con todos los escritores del país! ¡Acapararemos el mercado!

El señor Bohlen estaba sentado en el borde de la silla. Se inclinó hacia adelante, con los codos encima de la mesa, una expresión de interés y los ojos clavados en su interlocutor.

—Sigo pensando que es impracticable, Knipe.

—¡Cuarenta mil a la semana! —exclamó Adolph Knipe—. ¡Y aunque lo reduzcamos a la mitad y lo dejemos en veinte mil a la semana, es un millón al año! —Añadió con dulzura—: No ha ganado usted un millón al año por construir la calculadora electrónica, ¿no es así, señor Bohlen?

—Pero, en serio, Knipe, ¿de verdad que los comprarían?

—Mire, señor Bohlen, ¿quién diablos va a comprar relatos artesanales si los otros cuestan la mitad? Es lógico, ¿no?

—¿Y cómo piensa venderlos? ¿Quién dirá que los ha escrito?

—Montaremos una agencia literaria para distribuirlos y nos inventaremos los nombres que queramos para los escritores.

—No me gusta, Knipe. Me huele a juego sucio. ¿No le parece?

—Y otra cosa, señor Bohlen. Cuando hayamos iniciado el negocio obtendremos una serie de subproductos que también son valiosos. Piense en la publicidad, por ejemplo. Los fabricantes de cerveza y similares están dispuestos a pagar una buena cantidad a los escritores famosos para que presten sus nombres a sus productos. ¡Dios mío, señor Bohlen! No es un juego de niños. Se trata de un negocio importante.

—No sea demasiado ambicioso, muchacho.

—Y otra cosa. Si usted lo desea, señor Bohlen, nada nos impide que algunos de los mejores relatos vayan firmados por usted.

—¡Pero hombre, Knipe! ¿Para qué iba a querer yo eso?

—No lo sé, señor, pero algunos escritores llegan a ser muy respetados, como el señor Erle Gardner o Kathleen Norris, por ejemplo. Necesitamos nombres, y yo había

pensado firmar uno o dos cuentos para ayudar.

—Conque escritor, ¿eh? —dijo el señor Bohlen, meditabundo—. Bueno, seguro que a los del club les sorprendería ver mi nombre en las revistas, en buenas revistas.

—Claro que sí, señor Bohlen.

En los ojos del señor Bohlen apareció momentáneamente una expresión soñadora y distante, y sonrió. Después se recobró y se puso a hojear los papeles que tenía delante.

—Hay algo que no acabo de entender, Knipe. ¿De dónde salen los argumentos? Es imposible que los invente la máquina.

—Los introducimos nosotros, señor. No hay ningún problema. En esa carpeta de la izquierda hay unos doscientos o trescientos. No hay más que introducirlos en la sección de «memoria de argumentos» de la máquina.

—Continúe.

—He añadido muchos otros refinamientos, señor Bohlen. Los verá usted todos cuando estudie el proyecto con detenimiento. Por ejemplo, casi todos los escritores emplean un truco que consiste en meter en cada cuento al menos una palabra larga y complicada para que el lector piense que el autor es muy culto e inteligente. Por eso he logrado que la máquina haga lo mismo. Habrá una serie de palabras largas almacenadas únicamente con ese fin.

—¿Dónde?

—En la sección de «memoria de palabras» —respondió paralogísticamente.

Durante el resto del día los dos hombres discutieron las posibilidades de la nueva máquina. Al final, el señor Bohlen dijo que tenía que pensarlo un poco más. A la mañana siguiente estaba bastante entusiasmado con la idea, y al cabo de una semana, verdaderamente encantado.

—Lo que tenemos que hacer es decir que estamos construyendo otra calculadora matemática, pero de un nuevo tipo. Así lo mantendremos en secreto.

—Exactamente, señor Bohlen.

La máquina estuvo acabada al cabo de seis meses. La instalaron en un edificio de ladrillo aparte, detrás de las oficinas de la empresa, y cuando estuvo en condiciones, sólo tenían acceso a ella el señor Bohlen y Adolph Knipe.

Fue un momento emocionante cuando los dos hombres —el uno bajo y regordete y el otro alto, delgado y dentón— se colocaron ante el tablero de control, en el pasillo, dispuestos a producir el primer cuento. A su alrededor había múltiples muros que formaban pequeños corredores, todos cubiertos de enchufes, conmutadores y enormes válvulas de cristal. Los dos estaban nerviosos, y el señor Bohlen pasaba el peso del cuerpo de un pie a otro, incapaz de quedarse quieto.

—¿Qué botón? —preguntó Adolph Knipe, mirando una hilera de pequeños discos blancos parecidos a las teclas de una máquina de escribir—. Escoja usted, señor Bohlen. Puede elegir entre muchas revistas: *Saturday Evening Post*, *Collier's*, *Ladies' Home Journal*..., la que usted quiera.

—¡Ay, muchacho! ¿Y yo qué sé?

Estaba dando saltos como si le hubiera picado una abeja.

—Señor Bohlen —dijo Adolph Knipe, muy serio—, ¿se da usted cuenta de que en este preciso instante puede usted convertirse en el escritor más polifacético de este continente con sólo mover el dedo meñique?

—Venga, Knipe, vayamos al grano y dejémonos de tonterías, haga el favor.

—De acuerdo, señor Bohlen. Manos a la obra. Vamos a ver... Este mismo. ¿Qué le parece?

Extendió un dedo y apretó el botón que llevaba el nombre «TODAY'S WOMAN» impreso en diminutos caracteres negros. Se oyó un chasquido, y cuando quitó el dedo el botón siguió en la misma posición, por debajo del nivel de los demás.

—Ya está hecha la selección —dijo—. Y ahora...

¡Vamos allá!

Levantó un brazo para accionar un interruptor del tablero. La habitación se llenó inmediatamente de un fuerte zumbido y el ruido crepitante de chispas eléctricas y el tintineo de innumerables palanquitas que se movían a gran velocidad, y casi en ese mismo momento, por una ranura que había a la derecha del tablero de control, empezaron a aparecer hojas de papel de tamaño holandesa que iban cayendo en una cesta. Salían muy deprisa, a razón de una hoja por segundo, y en menos de medio minuto acabó todo y dejaron de salir hojas.

—¡Ya está! —exclamó Knipe—. ¡Aquí tiene su cuento!

Cogieron las hojas y se pusieron a leer. La primera empezaba del siguiente modo: «Aifkjmsaoegweztppl nvoqudskigt, fuhpekannbrtyiuolkjhfodsazxcvbnimper, ruitrehdjkgmvnb, wnsay...»

Miraron las demás. El estilo era muy parecido en todas. El señor Bohlen se puso a dar gritos. El joven trataba de tranquilizarlo.

—Todo va bien, señor. De verdad que sí. Sólo hay que hacer un pequeño arreglo. Debe haber un mal contacto en alguna parte, eso es todo. Recuerde que hay miles de metros de cable en esta habitación, señor Bohlen. No querrá que salga todo perfectamente a la primera.

—Esto no funcionará jamás —dijo el señor Bohlen.

—Tenga paciencia, señor; tenga paciencia.

Adolph Knipe se dispuso a descubrir el fallo, y a los cuatro días aseguró que tenía todo listo para un nuevo intento.

—Esto no funcionará jamás —repitió el señor Bohlen—. Estoy seguro.

Knipe sonrió y apretó el botón de selección con el nombre de *Reader's Digest*. Después accionó el interruptor y la habitación volvió a llenarse de aquel zumbido extraño y excitante. De la ranura salió una hoja mecanografiada y cayó en la cesta.

—¿Dónde está el resto? —gritó el señor Bohlen—. ¡Se ha parado! ¡No funciona!

—No, señor, nada de eso. Funciona perfectamente. ¿No comprende que es para el *Digest*?

En esta ocasión empezaba de la siguiente manera:

«Pocas personas saben que se ha descubierto un nuevo cura revolucionario que puede aportar un alivio permanente a aquellos que padecen la enfermedad más terrible de nuestra época...»

Y lo demás estaba igual.

—¡Esto es un galimatías! —exclamó el señor Bohlen.

—No, señor, está bien. ¿Es que no lo ve? Lo que ocurre es que no se han separado las palabras, pero tiene fácil arreglo. El cuento está hecho. ¡Mire, señor Bohlen, mire! Está hecho, sólo que las palabras han salido juntas.

Y en efecto, así era.

Unos días más tarde todo salió a la perfección, incluso la puntuación. El primer relato que sacaron, destinado a una famosa revista femenina, tenía un argumento sólido, lleno de intriga. Era sobre un chico que quería hacer méritos ante su jefe, que era muy rico. El muchacho, continuaba el cuento, planea que un amigo suyo secuestre a la hija del ricachón en una noche oscura, cuando la chica vuelve a su casa en coche. El chico aparece por allí como por casualidad, arrebató el arma a su amigo y rescata a la joven, que le queda muy agradecida. Pero el padre sospecha algo e interroga al chico. Este se derrumba y lo confiesa todo. Entonces el padre, en lugar de echarlo de su casa a patadas, le dice que admira su inventiva. La chica admira su honradez... y su aspecto. El ricacho le promete el puesto de director del departamento de contabilidad y su hija se casa con él.

—¡Es impresionante, señor Bohlen! ¡Exactamente como tiene que ser!

—A mí me parece un poco tontorrón, muchacho.

—¡No, señor; será un número uno!

En su excitación, Adolph Knipe produjo rápidamente seis relatos más en otros tantos minutos. Todos ellos —salvo uno que, no se sabe por qué razón, salió un poco verde— resultaron totalmente satisfactorios.

El señor Bohlen se ablandó. Accedió a montar una agencia literaria en una oficina del centro y a poner a Knipe al frente de la misma. Llevó a cabo esta tarea en un par de semanas, pasadas las cuales Knipe envió los doce primeros relatos. Él firmó cuatro, puso el nombre del señor Bohlen en otro y se inventó nombres para los restantes. Cinco fueron aceptados inmediatamente. Devolvieron el que iba firmado por el señor Bohlen, con una nota del editor que decía: «Es un buen trabajo, pero, en nuestra opinión, no está bien acabado. Nos gustaría examinar más obras de este escritor...» Adolph Knipe cogió un taxi hasta la fábrica e hizo otro relato para la misma revista. Volvió a firmarlo con el nombre del señor Bohlen y lo envió inmediatamente. Lo compraron.

El dinero empezó a entrar a raudales. Lenta y cuidadosamente, Knipe fue aumentando la producción, y al cabo de seis meses enviaba unos treinta relatos a la semana y vendía la mitad, aproximadamente.

Empezó a adquirir renombre de escritor prolífico y de éxito, y lo mismo le ocurrió

al señor Bohlen. La fama de este último no era tan buena, pero él no lo sabía. Al mismo tiempo Knipe creó más de doce personajes ficticios que eran jóvenes promesas. Todo marchaba sobre ruedas.

Al llegar a este punto decidieron transformar la máquina para que escribiera novelas además de relatos cortos. El señor Bohlen, ansioso de mayores éxitos en el mundo literario, se empeñó en que Knipe acometiera inmediatamente aquella tarea prodigiosa.

—Quiero hacer una novela —decía constantemente—. Quiero hacer una novela.

—Y la escribirá, señor, la escribirá. Pero tenga paciencia, por favor. Tengo que hacer algunos cambios muy complicados.

—Todo el mundo me dice que debería escribir una novela —insistió el señor Bohlen—. Me persiguen todos los editores, rogándome que deje de hacer el tonto con los relatos y escriba algo realmente importante. Lo único que merece la pena es una novela. Eso dicen.

—Haremos novelas —le dijo Knipe—, todas las que queramos, pero, por favor, tenga usted paciencia.

—Mire, Knipe. Voy a escribir una novela seria, algo que les haga darse cuenta de quién soy yo. Me estoy cansando de los relatos que firma usted con mi nombre. La verdad es que no estoy muy seguro de que no esté usted dejándome en ridículo.

—¿Que yo le estoy dejando en ridículo señor Bohlen?

—Lo que ha hecho ha sido quedarse usted con los mejores.

—¡No, no, señor Bohlen!

—Así que esta vez le juro que voy a tomar medidas para escribir un libro inteligente, con clase. Que quede bien claro.

—Mire, señor Bohlen, con el tablero de mandos que estoy montando podrá usted escribir el tipo de libro que desee.

Y así fue, pues al cabo de dos meses el genial Adolph Knipe no sólo había transformado la máquina para que escribiera novelas, sino que también había construido un sistema de control fantástico que permitía al autor literalmente preseleccionar cualquier clase de argumento y de estilo. El artilugio tenía tal cantidad de esferas y palancas que parecía el cuadro de mandos de un avión gigantesco.

Para empezar, al pulsar uno de los botones principales, el autor tomaba la primera decisión para incluir la novela en una de las siguientes categorías: histórica, satírica, filosófica, política, romántica, erótica, humorística. Después, entre la segunda fila de botones (que eran los básicos), elegía el tema: vida militar, época de los pioneros, guerra civil, guerra mundial, problema racial, salvaje oeste, vida en el campo, recuerdos de infancia, vida en el mar, fondo del mar y muchísimos más. La tercera fila de botones permitía elegir el estilo literario: clásico, fantástico, picante, Hemingway, Faulkner, Joyce, femenino, etc. La cuarta fila era para los personajes; la quinta, para el léxico, y así sucesivamente, hasta diez largas filas de botones de preselección.

Pero esto no era todo. Había que controlar también el proceso de escritura, que duraba unos quince minutos, para lo cual el autor se sentaba en el asiento del conductor, por así decirlo, y tiraba de una serie de registros marcados con su nombre correspondiente, o los apretaba, como si se tratase de un órgano. Mediante este sistema podía matizar o mezclar continuamente cincuenta elementos distintos y variables, tales como tensión, sorpresa, humor, patetismo y misterio. Los numerosos manómetros y esferas situados en el mismo tablero de instrumentos le iban indicando la etapa exacta en que se encontraba.

Por último, quedaba el tema de la «pasión». Tras estudiar cuidadosamente las listas de los libros más vendidos el año anterior, Adolph Knipe llegó a la conclusión de que ése era el ingrediente más importante, el catalizador mágico capaz de hacer de la novela más aburrida un éxito clamoroso, al menos desde el punto de vista comercial. Pero Knipe también sabía que la pasión es un elemento fuerte y poderoso que hay que manejar con prudencia: la proporción exacta en el momento preciso, y para lograrlo había ideado un control independiente, que consistía en dos reguladores deslizantes muy sensibles, que funcionaban a pedales, de forma parecida al acelerador y el freno de un coche. Uno de ellos regulaba el porcentaje de pasión que había que introducir, y el otro su intensidad. Por supuesto, no cabía duda de que escribir una novela con el método de Knipe iba a ser algo semejante a pilotar un avión, conducir un coche y tocar el órgano a la vez, y éste era precisamente el único inconveniente, aunque al inventor no le preocupaba lo más mínimo. Cuando estuvo todo listo llevó orgulloso al señor Bohlen al edificio en que se encontraba la máquina y le explicó el funcionamiento de aquella maravilla.

—¡Pero Dios mío, Knipe! ¡Yo no soy capaz de hacer todo eso! ¡Maldita sea, muchacho, sería más fácil escribirlo a mano!

—En seguida se acostumbrará, señor Bohlen. Se lo prometo. Dentro de una o dos semanas lo hará casi sin pensar. Es como aprender a conducir.

La verdad es que no resultó tan fácil, pero tras muchas horas de práctica el señor Bohlen empezó a cogerle el tranquillo y al fin, un día, ya entrada la noche, le dijo a Knipe que se preparase para producir la primera novela. Fueron unos momentos de tensión, el hombrecillo gordo encogido en el asiento del conductor, nervioso, y Knipe, alto y dentón, revoloteando a su alrededor muy excitado.

—Estoy dispuesto a escribir una novela importante, Knipe.

—Y yo estoy seguro de que lo conseguiré, señor. Completamente seguro.

El señor Bohlen oprimió cuidadosamente los botones de preselección con un solo dedo.

Botón principal: *satírico*.

Tema: *problema racial*.

Estilo: *clásico*.

Personajes: *seis hombres, cuatro mujeres, un niño pequeño*.

Longitud: *quince capítulos*.

Al mismo tiempo vigilaba atentamente tres registros de órgano que llevaban el rótulo de *intensidad, misterio y profundidad*.

—¿Preparado, señor?

—Sí, sí. Estoy preparado.

Knipe apretó el conmutador. La gran máquina zumbó. Se oyó un ruido profundo, el ronroneo de cincuenta mil ruedas dentadas, varillas, palancas; después, el tamborileo de la máquina de escribir eléctrica, que dio paso a un tableteo estruendoso, casi insoportable. Las hojas mecanografiadas fueron cayendo en la cesta, una cada dos segundos. Pero entre el ruido y la excitación, jugar con aquellos registros, observar el contador de capítulos, el indicador de ritmo y el calibrador de pasión, el señor Bohlen perdió la cabeza y reaccionó de la misma forma que la persona que está aprendiendo a conducir: apretando con fuerza los dos pedales hasta que la máquina se paró.

—Le felicito por su primera novela —dijo Knipe, recogiendo el gran montón de hojas mecanografiadas de la cesta.

La cara del señor Bohlen estaba perlada de sudor.

—¡Mi trabajo me ha costado, muchacho!

—Pero lo ha hecho, señor; lo ha hecho.

—Déjeme ver, Knipe, qué tal ha quedado.

Empezó a revisar el primer capítulo, pasando cada página que acababa al joven.

—¡Dios mío, Knipe! ¿Qué es esto?

El fino labio de pez del señor Bohlen tembló ligeramente al pronunciar aquellas palabras y sus carrillos se hincharon poco a poco.

—¡Pero mire esto, Knipe! ¡Es vergonzoso!

—Yo diría que un poco fuerte, señor.

—¡Fuerte! ¡Es absolutamente repugnante! ¡Yo no puedo firmar una cosa así!

—Tiene razón, señor. Tiene razón.

—¡Knipe! ¿Es que ha querido gastarme una broma pesada?

—¡Ni hablar, señor!

—Pues lo parece, francamente.

—¿No habrá apretado con demasiada fuerza los pedales del control de la pasión, señor Bohlen?

—¿Y cómo podía saberlo yo, muchacho?

—¿Por qué no lo intenta otra vez?

El señor Bohlen escribió otra novela, y en esta ocasión salió tal y como estaba previsto.

En el plazo de una semana un editor leyó el manuscrito y lo aceptó entusiasmado. A continuación Knipe entregó otro firmado por él y, por si fuera poco, hizo una docena más. La agencia literaria Adolph Knipe se hizo famosa en muy poco tiempo por su colección de jóvenes novelistas prometedores. Y el dinero volvió a llegar a raudales.

Fue en esa época cuando el joven Knipe empezó a hacer gala de un verdadero talento para los negocios.

—Mire, señor Bohlen —dijo un día—, todavía tenemos demasiada competencia. ¿Por qué no absorbemos a todos los escritores del país?

El señor Bohlen, que por entonces lucía una chaqueta de terciopelo de color verde botella y se había dejado crecer el pelo de modo que le cubría dos terceras partes de las orejas, estaba contento con la marcha del negocio.

—No entiendo a qué se refiere, muchacho. No se puede absorber a los escritores así como así.

—Claro que se puede, señor. Es lo que hizo Rockefeller con las compañías petrolíferas. Simplemente se les compra, y si no quieren venderse, se les aplasta. ¡Es muy fácil!

—Hay que andarse con cuidado, Knipe, con mucho cuidado.

—Tengo una lista de los cincuenta escritores de mayor éxito del país, y lo que he pensado es ofrecerles a cada uno un contrato de por vida. Lo único que tienen que hacer es comprometerse a no volver a escribir ni una palabra y, naturalmente, permitirnos que firmemos nuestra producción con sus nombres. ¿Qué le parece?

—Que no lo aceptarán.

—No conoce a los escritores, señor Bohlen. Ya verá usted.

—¿Y la necesidad de crear, Knipe?

—¡Pamplinas! Lo único que les interesa realmente es el dinero..., como a todo el mundo.

Al final, el señor Bohlen accedió a hacer una prueba, aunque a regañadientes, y Knipe, con su lista de escritores en el bolsillo, fue a visitarlos en un gran Cadillac con chófer.

En primer lugar, fue a ver al hombre que encabezaba la lista, un escritor extraordinario, y no encontró dificultad alguna para que lo recibiera. Le explicó de qué se trataba el asunto y le enseñó un maletín lleno de novelas de muestra y un contrato que le garantizaba cierta suma al año durante el resto de su vida para que lo firmase. El escritor lo escuchó educadamente, llegó a la conclusión de que se había topado con un loco, le ofreció una copa y a continuación lo acompañó a la puerta sin más preámbulos.

El segundo escritor de la lista, cuando comprendió que Knipe hablaba en serio, lo agredió con un gran pisapapeles metálico, y el inventor tuvo que salir disparado al jardín, dejando tras de sí un torrente de insultos y obscenidades como no había oído jamás.

Pero Adolph Knipe no se desanimó por tan poca cosa. Estaba decepcionado, pero no abatido, y salió otra vez en su cochazo para ver a su próximo cliente. Se trataba de una mujer, famosa y popular, cuyas gruesas novelas románticas se vendían a millones en todo el país. Recibió a Knipe con amabilidad, le sirvió el té y lo escuchó con suma atención.

—Es realmente fascinante —dijo—, pero me cuesta trabajo creerlo.

—Señora —replicó Knipe—, venga conmigo y véalo usted misma. Mi coche nos está esperando.

Salieron y, al poco tiempo, la asombrada señora penetró en el edificio que albergaba la máquina prodigiosa. Knipe le explicó con vehemencia su funcionamiento y al cabo de un rato incluso le permitió que ocupase el asiento del conductor y practicara con los botones.

—Muy bien —dijo Knipe de repente—. ¿Quiere usted hacer un libro ahora mismo?

—¡Sí, sí! —exclamó la escritora—. ¡Por favor!

Era muy habilidosa y parecía saber exactamente lo que quería. Ella misma hizo la preselección y produjo una larga novela romántica y llena de pasión. Leyó el primer capítulo y quedó tan entusiasmada que firmó el contrato en el acto.

—Ya nos hemos quitado a una de en medio —le dijo después Knipe al señor Bohlen—. Y, además, bastante importante.

—Buen trabajo, muchacho.

—¿Sabe usted por qué ha firmado?

—¿Por qué?

—No es por el dinero. Le sobra.

—¿Entonces?

Al sonreír, Knipe levantó el labio y dejó al descubierto una encía grande y descolorida.

—Porque ha visto que el material hecho a máquina es mejor que el suyo.

De allí en adelante Knipe tomó la sabia decisión de concentrar sus esfuerzos en los mediocres. Los que eran un poco mejores —y había tan pocos que no importaban demasiado— no parecían tan fáciles de seducir.

Al final, y tras varios meses de trabajo, había convencido aproximadamente al setenta por ciento de los escritores de su lista para que firmasen el contrato. Descubrió que los más fáciles de manejar eran los de más edad, que se estaban quedando sin ideas y se daban a la bebida. Los jóvenes resultaban más problemáticos. A veces, incluso le soltaban improperios o se ponían violentos cuando tomaba contacto con ellos, y en más de una ocasión Knipe recibió heridas leves en el transcurso de sus visitas. Pero en conjunto, los inicios fueron satisfactorios. Se calcula que el año pasado —el primero en que la máquina funcionó a pleno rendimiento— al menos la mitad de las novelas y los cuentos publicados en lengua inglesa fue producido por Adolph Knipe con el gran gramatizador automático.

¿Les sorprende?

No lo creo.

Yaún no ha llegado lo peor. A medida que se divulga el secreto aumenta el número de los que corren a asociarse con el señor Knipe, y el tornillo se va apretando con más fuerza sobre los que no se deciden a firmar.

En este preciso momento, mientras oigo los alaridos de hambre de mis nueve hijos en la otra habitación, noto que mi mano se acerca más y más a ese contrato dorado que está al otro lado de la mesa.

¡Oh, Señor, danos fuerzas para dejar que nuestros hijos mueran de hambre!

Cerdo

1

Érase una vez un hermoso niño que vino al mundo en la ciudad de Nueva York y a quien sus padres, llenos de alegría, pusieron por nombre Lexington.

En cuanto la madre regresó del hospital, con Lexington en brazos, le dijo a su marido:

—Cariño, tienes que llevarme a cenar a un restaurante maravilloso para celebrar la llegada de nuestro hijo y heredero.

Su marido la besó con ternura y le dijo que una mujer capaz de tener un niño tan hermoso como Lexington se merecía ir a donde quisiera; pero ¿se encontraba ya con fuerzas suficientes para empezar a ir de un lado a otro por la ciudad y trasnochar?, añadió.

«No», respondió ella, pero daba igual.

Así que aquella noche los dos se pusieron ropa de gala y se fueron al restaurante mejor y más caro de la ciudad, tras haber dejado al pequeño Lexington al cuidado de una niñera especializada, escocesa por más señas, y que les costaba veinte dólares al día. Cada uno se comió una langosta gigantesca, y se bebieron una botella de champán, y después fueron a un club nocturno, donde bebieron otra botella y estuvieron sentados durante varias horas, con las manos entrelazadas, mientras recordaban y discutían, admirados, cada uno de los rasgos físicos de su encantador hijo recién nacido.

Volviéron a su casa, situada en el East Side de Manhattan, hacia las dos de la madrugada; el marido pagó al taxista y se palpó los bolsillos para buscar la llave. Al rato anunció que la debía haber dejado en el bolsillo del otro traje y propuso que tocasen el timbre para que bajase la niñera y les abriese. Una niñera que cobra veinte dólares diarios tiene que estar dispuesta a que la saquen de la cama en mitad de la noche, dijo el marido.

Así que tocó el timbre. Esperaron. No pasó nada. Llamó de nuevo, un timbrazo largo y ruidoso. Esperaron otro minuto. Retrocedieron unos pasos por la acera y gritaron el nombre de la niñera (McPottle) hacia las ventanas del cuarto del niño, que estaba en el tercer piso, pero tampoco obtuvieron respuesta. La casa estaba oscura y silenciosa. La mujer empezó a sentir miedo: su hijo estaba prisionero en esa casa, se dijo, a solas con McPottle. ¿Y quién era McPottle? Sólo hacía dos días que la conocían, y tenía unos labios finos, ojillos acusadores, la pechera almidonada y, como se estaba demostrando, una costumbre de dormir demasiado profundamente, que no la hacía persona de fiar. Si no oía el timbre de la puerta, ¿cómo demonios iba a oír el

llanto de un niño? En aquel preciso instante el pobrecillo podía estar tragándose la lengua o ahogándose con la almohada.

—No usa almohada —dijo el marido—, así que no te preocupes. Pero, si te empeñas, entraremos.

Con tanto champán se sentía muy valiente; se agachó, deshizo la lazada de uno de sus zapatos de charol negro y se lo quitó. Después, cogiéndolo por la punta, lo lanzó con fuerza hacia la ventana del comedor, que estaba en el piso bajo.

—Ya está —dijo sonriendo—. Lo descontaremos de la paga de McPottle.

Avanzó unos pasos y, con mucho cuidado, pasó una mano por el agujero que había en el cristal y abrió el pestillo. Después levantó la ventana.

—Primero te subiré a ti, madrecita —dijo, y tomó a su mujer por la cintura y la alzó del suelo.

Con este movimiento, la gran boca roja de ella quedó a la altura suya, muy cerca, y empezó a besarla. Sabía por experiencia que a las mujeres les gusta mucho que las besen en esta posición, los cuerpos apretados con fuerza y las piernas balanceándose en el aire, de manera que siguió haciéndolo un buen rato, mientras ella agitaba los pies y hacía ruidos guturales, como si estuviera tragando algo. Por fin, el marido le dio la vuelta y comenzó a introducir a la mujer con delicadeza en el comedor por la ventana abierta. En ese momento un coche patrulla de la policía se dirigía silenciosamente hacia ellos. Se detuvo a unos treinta metros de distancia y tres polis de origen irlandés saltaron del coche y echaron a correr hacia el marido y la mujer, revólver en mano.

—¡Manos arriba! —gritaban los policías—. ¡Manos arriba!

Pero al marido le era imposible cumplir la orden sin soltar a su mujer, y si lo hubiera hecho ella se hubiera caído al suelo o bien se hubiera quedado colgando, con la mitad del cuerpo dentro de la casa y la otra fuera, postura terriblemente incómoda para una mujer; de modo que siguió empujándola galantemente para que entrara. Los polis, que habían recibido medallas por matar ladrones, abrieron fuego de inmediato, y a pesar de que todavía estaban corriendo y de que, sobre todo la señora, les ofrecía un blanco verdaderamente pequeño, lograron encajar varios tiros directos a los dos cuerpos, suficientes para que en ambos casos resultaran fatales.

Y así es como quedó huérfano el pequeño Lexington cuando apenas contaba doce días de edad.

2

Los familiares se enteraron de la muerte de la pareja por los periódicos, y los tres policías recibieron una medalla. A la mañana siguiente los parientes más cercanos, así como dos empleados de la funeraria, tres abogados y un cura se dirigieron a la casa de la ventana rota en sendos taxis. Se reunieron en el salón todos ellos y se sentaron

en círculo en sillones y sofás, fumando cigarrillos y bebiendo jerez mientras discutían qué hacer con el niño de la habitación de arriba, Lexington el huérfano.

En seguida se puso de manifiesto que ninguno estaba dispuesto a asumir la responsabilidad del niño, y la discusión se prolongó durante todo el día. Todos afirmaron tener un deseo enorme, casi irresistible, de hacerse cargo de él, y lo hubiesen hecho con sumo gusto a no ser porque su casa era demasiado pequeña, o porque ya tenían un niño y no podían mantener otro, o porque no sabrían qué hacer con el nene cuando se fueran al extranjero en verano, o porque empezaban a cargarse de años y cuando el niño se hiciese mayor no se encontraría a gusto, y así sucesivamente. Naturalmente, todos sabían que el padre tenía grandes deudas, que la casa estaba hipotecada y que, en consecuencia, al acoger al niño no percibirían ni un céntimo.

A las seis de la tarde seguían discutiendo como locos; de pronto llegó de Virginia una vieja tía del fallecido padre (cuyo apellido era Glosspan), y sin quitarse siquiera los guantes ni el sombrero ni darse un respiro para sentarse, ajena a los que le ofrecían martini, whisky o jerez, anunció muy decidida a los familiares allí reunidos su intención de hacerse cargo de la criatura a partir de ese mismo momento. Y aún más, añadió, asumiría todas las responsabilidades financieras, incluyendo la educación, y todos los demás podían volverse a sus respectivas casas con la conciencia tranquila. Dicho lo cual trotó escaleras arriba, entró en el cuarto del niño, arranco a Lexington de su cuna y salió apresuradamente de la casa con la criatura fuertemente apretada entre sus brazos, mientras los familiares seguían allí sentados y sonreían con alivio. McPottle, la niñera, contemplaba la escena en lo alto de la escalera, rígida y acusadora, con los labios apretados y los brazos cruzados sobre la pechera almidonada.

Y así fue como Lexington, a los trece días de edad, abandonó la ciudad de Nueva York y se dirigió hacia el sur para vivir con su tía-abuela Glosspan en el estado de Virginia.

3

La tía Glosspan tenía casi setenta años cuando pasó a ser tutora de Lexington, pero nadie lo hubiera dicho al verla. Era tan vivaz como una mujer de la mitad de años; tenía un rostro pequeño y arrugado, pero todavía bastante hermoso, y unos encantadores ojos pardos que despedían chispitas al mirar. Era soltera, aunque nadie hubiera imaginado esto tampoco, porque la tía Glosspan no tenía ningún aspecto de solterona. Nunca estaba amargada ni malhumorada o irritable; no tenía bigote ni sentía la menor envidia de los demás, cosa que raramente puede decirse de una solterona o de una señora virgen, aunque, por supuesto, no se sabe a ciencia cierta si la tía Glosspan era ambas cosas.

Pero era una vieja excéntrica, de eso no cabe duda. Durante los últimos treinta años había vivido sola y aislada en una casita en la ladera de las montañas Blue Ridge, a varios kilómetros del pueblo más cercano. Tenía dos hectáreas de tierras de pasto, un huerto, un jardín, tres vacas, una docena de gallinas y un buen gallo.

Y ahora también tenía al pequeño Lexington.

Era una vegetariana rigurosa y consideraba el consumo de carne no sólo algo insano y repugnante, sino terriblemente cruel. Consumía alimentos limpios, como leche, mantequilla, huevos, queso, verdura, nueces, hierbas y frutas, y le gustaba pensar que ningún animal sería sacrificado por ella, ni siquiera una gamba. Una vez, cuando una gallina marrón murió en la flor de la vida al poner huevos, la tía Glosspan se quedó tan triste que también estuvo a punto de dejar de comer estos productos.

No tenía ni la más elemental noción sobre niños pequeños, pero no le preocupaba lo más mínimo. En la estación de ferrocarril de Nueva York, mientras esperaba el tren que les llevaría a Virginia a ella y a Lexington, compró seis biberones, dos docenas de pañales, una caja de imperdibles, un cartón de leche para el viaje y un librito en rústica titulado *El cuidado de los niños*. ¿Qué más podía desear? Y cuando el tren se puso en marcha le dio un poco de leche al niño, le cambió los pañales a su manera y lo puso a dormir en el asiento. Después leyó *El cuidado de los niños* de cabo a rabo.

—Esto no tiene nada de particular —dijo, tirando el libro por la ventana—. Absolutamente nada de particular. Y, curiosamente, no lo tenía. Una vez en casa, todo fue estupendamente. El pequeño Lexington bebía su leche y eructaba, chillaba y dormía exactamente como debía hacerlo un buen niño, y la tía Glosspan resplandecía de alegría cada vez que lo miraba, y lo cubría de besos todo el día.

4

Cuando cumplió seis años Lexington era un niño guapísimo, de pelo largo y dorado y ojos de un azul oscuro como el aciano. Era listo y alegre, y aprendía a ayudar a su vieja tía en la finca: recogía los huevos del gallinero, daba vueltas a la manivela de la batidora de mantequilla, sacaba patatas del huerto y buscaba hierbas silvestres en la ladera de la montaña. Pronto tendría que empezar a pensar en su educación, se dijo la tía Glosspan.

Pero no podía soportar la idea de mandarlo lejos, al colegio. Lo quería tanto que le partiría el corazón separarse de él, aunque fuese por poco tiempo. Claro que en el pueblo había un colegio, pero tenía un aspecto espantoso, y si lo mandaba allí estaba segura de que lo obligarían a comer carne desde el primer día.

—¿Sabes una cosa, cielo? —le dijo en una ocasión, mientras el niño la miraba hacer queso, sentado en un taburete de la cocina—. La verdad es que no veo ningún motivo para no darte clases yo misma.

El niño se la quedó mirando con sus grandes ojos azules y le dirigió una

encantadora sonrisa de confianza:

—Sería fantástico —dijo.

—Y lo primero que haría sería enseñarte a cocinar.

—Me encantaría, tía Glosspan.

—Te guste o no, tendrás que aprender algún día —dijo ella—. Los vegetarianos no podemos elegir entre tantas comidas como la gente corriente, y por eso tenemos que emplear lo que está a nuestro alcance con el doble de habilidad.

—Tía Glosspan —dijo el chico—, ¿qué comen las personas normales que no comamos nosotros?

—Animales —contestó ella, meneando la cabeza con desagrado.

—¿Quieres decir animales vivos?

—No —respondió la anciana—. Muertos.

El chico reflexionó un momento.

—¿Quieres decir que cuando se mueren se los comen en vez de enterrarlos?

—No esperan a que se mueran, bonito. Los matan.

—¿Y cómo los matan, tía Glosspan?

—Normalmente, les cortan el cuello con un cuchillo.

—¿Pero qué clase de animales?

—Vacas y cerdos sobre todo, y también ovejas.

—¡Vacas! —exclamó el niño—. ¿Como Daysy, o Snowdrop, o Lily?

—Eso es, bonito mío.

—¿Pero cómo se los comen, tía Glosspan?

—Los cortan en trozos y los guisan. Como más les gusta la carne es cuando está roja y sangrante y pegada al hueso. Les encanta comer pedazos de carne de vaca rezumando sangre.

—¿Y también se comen los cerdos?

—Les chiflan.

—Pedazos de carne de cerdo sangrienta —dijo el chico—. ¿Te imaginas? ¿Y qué más comen, tía Glosspan?

—Pollos.

—¡Pollos!

—A millones.

—¿Con plumas y todo?

—No, las plumas no. Anda, corre fuera y trae a la tía Glosspan un manojito de cebollinos, ¿quieres, mi vida?

Poco después empezaron las clases. Cubrían cinco áreas: lectura, escritura, geografía, aritmética y cocina, y esta última era la más apreciada por ambos, maestra y alumno. El joven Lexington demostró en seguida un talento verdaderamente extraordinario en esta materia. Era un cocinero nato, habilidoso y rápido. Manejaba las sartenes como un malabarista y era capaz de cortar una patata en veinte rodajas delgadas como papel de fumar en menos tiempo del que tardaba su tía en pelarla.

Tenía un paladar de una sensibilidad exquisita y en un tazón de sopa de cebolla era capaz de descubrir la existencia de una hojita de salvia. A la tía Glosspan todo esto le resultaba un poco sorprendente en un muchacho tan joven, y la verdad es que no sabía qué hacer. Pero no podía sentirse más orgullosa y predecía un futuro brillante para el chico.

—Es una auténtica bendición contar con un jovencito como tú para que me cuide cuando empiece a chochar —decía.

Al cabo de dos años abandonó por completo la cocina, dejando a Lexington la responsabilidad de guisar él solo para toda la casa. El chico tenía entonces diez años, y la tía Glosspan, casi ochenta.

Con la cocina a su disposición, Lexington empezó a experimentar inmediatamente con platos de su invención. Ya no le interesaban sus comidas favoritas de toda la vida. Sentía una necesidad imperiosa de crear. Tenía cientos de ideas nuevas.

—Empezaré por un *soufflè* de castañas —dijo.

Lo hizo y lo sirvió para cenar aquella misma noche. Fue un éxito clamoroso.

—¡Eres un genio! —exclamó la tía Glosspan, saltando de su silla para besarle en ambas mejillas—. ¡Pasarás a la historia!

De ahí en adelante raro era el día en que no presentaba en la mesa una nueva y succulenta creación: sopa de castañas de Brasil, chuletas de maíz americano, *ragout* vegetal, tortilla de diente de león, buñuelos de crema de queso, sorpresas rellenas de col, chalotas *à la bonne femme*, mousse picante de remolacha, ciruelas Stroganoff, pan con queso tostado a la holandesa, rábanos a caballo, tartas flambeadas de agujas de píceas y muchas otras delicias. La tía Glosspan aseguraba que jamás había probado platos tan ricos, y por la mañana, mucho antes de la hora de comer, salía al porche y se sentaba en su mecedora a pensar sobre la próxima comida, relamiéndose y aspirando los aromas que salían por la ventana de la cocina.

—¿Qué vas hacer hoy, chico? —gritaba.

—A ver si lo adivinas, tía Glosspan.

—A mí me huele un poco a buñuelos de salsifí —decía, aspirando con fuerza.

Y entonces salía aquel niño de diez años con una sonrisa triunfal y una cacerola grande y humeante de un estofado delicioso hecho enteramente con chirivías e hierbas.

—¿Sabes lo que deberías hacer? —le dijo su tía mientras devoraba el estofado—. Coger papel y lápiz y escribir un libro de cocina.

El niño la miró desde el otro extremo de la mesa masticando lentamente chirivías.

—¿Por qué no? —exclamó la anciana—. Te he enseñado a escribir y a guisar, y lo único que tienes que hacer es juntar las dos cosas. Escribe un libro de cocina y te harás famoso en el mundo entero.

—Muy bien —dijo el niño—. Lo haré.

Y aquel mismo día Lexington empezó a escribir la primera página de una obra

monumental que habría de ocuparle el resto de su vida. Lo tituló *Comer bien y sanamente*.

5

Siete años más tarde, cuando tenía diecisiete, había recogido unas nueve mil recetas, todas originales, todas deliciosas.

Pero su tarea quedó interrumpida bruscamente por la trágica muerte de tía Glosspan. Una noche sufrió un fuerte ataque y Lexington, que se había precipitado a su dormitorio para ver por qué hacía tanto ruido, se la encontró en la cama aullando y maldiciendo, el cuerpo encogido, formando complicados nudos. Era una visión espantosa, y el agitado joven saltaba de un lado a otro en pijama, retorciéndose las manos sin saber qué hacer. Finalmente fue a la charca del prado de las vacas a sacar un cubo de agua y se lo echó por la cabeza con la idea de calmarla, pero sólo sirvió para intensificar la excitación de la anciana, que expiró en menos de una hora.

—Esto es terrible —se dijo el pobre chico, tras pellizcarla varias veces para asegurarse de que estaba muerta—. ¡Y ha sido tan rápido, y así, de repente! Si hace sólo unas horas parecía estar estupendamente y hasta se sirvió tres buenos platos de mi último invento, hamburguesas de setas a la diablo, y me dijo que estaba riquísimo...

Después de sollozar con amargura durante varios minutos, pues quería mucho a su tía, se rehízo, la sacó de la casa y la enterró detrás del establo.

Al día siguiente, mientras arreglaba las cosas de la anciana, se topó con un sobre dirigido a él con la caligrafía de tía Glosspan. Lo abrió y sacó dos billetes de cincuenta dólares y una carta:

«Querido muchacho —decía la carta—: sé que no has bajado de la montaña desde que tenías trece días de edad; pero en cuanto yo muera tienes que ponerte un par de zapatos, una camisa limpia, bajar al pueblo e ir a ver al médico. Pídele un certificado de defunción que demuestre que he muerto y llévaselo a mi abogado, un hombre llamado Samuel Zuckermann, que vive en Nueva York y tiene una copia de mi testamento. El señor Zuckermann lo solucionará todo. El dinero de este sobre es para pagar al médico por el certificado y para el viaje a Nueva York. El señor Zuckermann te dará más dinero cuando llegues allí, y es mi deseo que lo uses para ampliar tus investigaciones sobre temas culinarios y vegetarianos, y que sigas trabajando en ese gran libro hasta que esté acabado en todos los aspectos y te sientas satisfecho de él. Tu tía, que te quiere, Glosspan.»

Lexington, que siempre había hecho lo que le ordenaba su tía, se guardó el dinero, se puso unos zapatos y una camisa limpia y bajó al pueblo, donde vivía el médico.

—¿La vieja Glosspan? —dijo el médico—. ¡Dios mío! ¿Ha muerto?

—Sí, ha muerto —replicó el joven—. Si viene usted a casa conmigo, la

desenterraré y podrá comprobarlo usted mismo.

—¿A qué profundidad la has enterrado? —preguntó el médico.

—Yo diría que a un metro y medio o dos.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Unas ocho horas.

—Entonces, está muerta —declaró el médico—. Aquí tienes el certificado.

6

Tenemos a nuestro héroe camino de Nueva York para ver a Samuel Zuckermann. Viajó a pie y durmió junto a los setos, alimentándose de moras y hierbas silvestres, y tardó dieciséis días en llegar a la gran ciudad.

—¡Qué sitio tan fantástico! —exclamó, mirando a su alrededor en la esquina de la calle Cincuenta y siete con la Quinta Avenida—. No hay gallinas ni vacas por ningún lado, y las mujeres no se parecen en lo más mínimo a tía Glosspan.

En cuanto a don Samuel Zuckermann, no se parecía a ninguna persona que Lexington hubiera visto hasta entonces. Era un hombre pequeño y engreído, de mejillas lívidas y una gran nariz de color magenta, y cuando sonreía, en ciertos puntos del interior de su boca lanzaban destellos unos trocitos de oro de una forma prodigiosa. En su lujoso despacho estrechó cálidamente la mano de Lexington y le felicitó por la muerte de su tía.

—Supongo que sabrá usted que su querida tutora era una mujer con una fortuna considerable.

—¿Se refiere a las vacas y las gallinas?

—Me refiero a medio millón de billetes.

—¿Cuánto?

—Medio millón de dólares, muchacho, y se lo ha dejado todo a usted.

El señor Zuckermann se echó hacia atrás en su silla y cruzó las manos sobre su amplia barriga. Al mismo tiempo introdujo a escondidas el dedo índice de la mano derecha entre el chaleco y la camisa para rascarse la piel en torno a la circunferencia del ombligo: su ejercicio favorito, que le producía un extraño placer.

—Naturalmente, tendré que descontar el cincuenta por ciento por mis servicios —añadió—; pero aún así le quedan a usted doscientos cincuenta billetes de mil.

—¡Soy rico! —exclamó Lexington—. ¡Es fantástico! ¿Cuándo puedo recoger el dinero?

—Bueno —dijo el señor Zuckermann—, tiene usted la suerte de que mantengo unas relaciones bastante cordiales con los recaudadores de impuestos de por aquí, y confío en que podré convencerlos de que renuncien a todos los impuestos atrasados y derechos mortuorios.

—Es usted muy amable —murmuró Lexington.

—Naturalmente, tendré que darle a algunas personas un pequeño honorario.

—Lo que usted diga, señor Zuckermann.

—Pienso que con cien mil será suficiente.

—Por Dios, ¿no le parece un poco excesivo?

—Jamás se debe dar una propina pequeña a un inspector de impuesto ni a un policía —dijo el señor Zuckermann—. Recuérdelo.

—Pero, entonces, ¿cuánto me queda a mí? —preguntó el joven con timidez.

—Ciento cincuenta mil. Pero de eso tiene que restar los gastos del funeral.

—¿Gastos del funeral?

—Tiene usted que pagar a la funeraria, ¿o es que no lo sabía?

—Pero, señor Zuckermann, si la enterré yo mismo detrás del establo.

—No lo pongo en duda —replicó el abogado—. ¿Y qué?

—Pues que no ha intervenido ninguna funeraria.

—Escuche —dijo el señor Zuckermann pacientemente—. Puede que usted lo ignore, pero en este Estado hay una ley que dice que el beneficiario de un testamento no recibirá un solo céntimo de su herencia hasta que haya pagado a la funeraria.

—¿Quiere decir que eso es una ley?

—Claro que sí, y además muy buena. Una de nuestras grandes instituciones nacionales es la funeraria, y hay que protegerla a toda costa.

El señor Zuckermann, junto con un grupo de médicos de gran conciencia cívica, era propietario de una empresa que poseía una cadena de nueve lujosas funerarias en la ciudad, por no mencionar una fábrica de ataúdes en Brooklyn y una escuela de embalsamadores para posgraduados en Washington Heights. Por tanto, la celebración de la muerte era, a sus ojos, un asunto profundamente religioso. La verdad es que le conmovía tremendamente; podría decirse que casi tanto como la Navidad conmueve a los tenderos.

—No tenía usted derecho a enterrar a su tía así —dijo—. Ningún derecho.

—Lo siento, señor Zuckermann.

—Es algo completamente subversivo.

—Haré lo que usted diga, señor Zuckermann. Lo único que quiero saber es cuánto me darán al final, cuando haya pagado todo.

Se hizo el silencio. El señor Zuckermann suspiró, frunció el ceño y continuó sobándose con el dedo el borde del ombligo a escondidas.

—¿Digamos quince mil? —sugirió, haciendo relampaguear una gran sonrisa de oro—. Es una bonita cifra, en números redondos.

—¿Puedo llevármelo esta misma tarde?

—No veo por qué no.

El señor Zuckermann llamó al cajero jefe y le dijo que le diera a Lexington quince mil dólares del fondo dedicado a gastos menores y que éste a su vez firmase un recibo. El joven, encantado de recibir por fin algo, cogió el dinero agradecido y lo metió en su mochila. Después estrechó calurosamente la mano del señor

Zuckermann, le dio las gracias por su ayuda y salió del despacho.

—¡El mundo es mío! —exclamó nuestro héroe al llegar a la calle—. Tengo quince mil dólares para vivir hasta que se publique mi libro, y después tendré mucho más.

Se quedó allí parado, sin saber muy bien hacia dónde ir. Torció a la izquierda y empezó a pasear despacio calle abajo, contemplando la ciudad.

—Qué olor tan asqueroso —se dijo, olfateando el aire—. Es insoportable.

Sus delicados nervios olfativos, adiestrados para percibir únicamente los deliciosos aromas culinarios, se sentían torturados por el hedor de los gases de gasolina que despedían los autobuses.

—Tengo que marcharme de aquí antes de que se me destroce la nariz —se dijo—. Pero antes habrá que comer algo. Estoy desfallecido.

El pobre chico no había tomado más que hierbas y bayas silvestres durante las dos últimas semanas, y su estómago clamaba por una comida sólida. Me apetecería una chuleta de maíz, se dijo, o unos buñuelos de salsifí bien jugosos.

Cruzó la calle y entró en un pequeño restaurante. Hacía calorcito y estaba oscuro y silencioso. Aparte de él, el único cliente era un hombre con un sombrero marrón que estaba absorto, inclinado sobre su comida y no levantó la mirada cuando entró Lexington.

Nuestro héroe se acomodó en la mesa del rincón y colgó la mochila detrás de la silla. Esto va a ser muy interesante, se dijo. En mis diecisiete años de vida sólo he probado los guisos de dos personas: los de tía Glosspan y los míos, a menos que cuente a McPottle, la niñera, que debió calentarme el biberón unas cuantas veces cuando era pequeñito. Ahora estoy a punto de probar el arte de un cocinero nuevo, y con un poco de suerte recogeré alguna idea útil para mi libro.

Un camarero salió de las sombras, se acercó a Lexington y se detuvo junto a su mesa.

—¿Cómo está usted? —preguntó Lexington—. Quisiera una chuleta de maíz grande, por favor. Pásela veinticinco segundos por cada lado, en una cazuela muy caliente con crema agria, y espolvoree unas hierbas aromáticas antes de servirla, a no ser que el cocinero jefe conozca un método más original, en cuyo caso lo probaré con mucho gusto.

El camarero ladeó la cabeza y miró detenidamente a su cliente.

—¿Quiere usted puerco^[1] asado con col? Es lo único que nos queda.

—¿Asado de qué?

El camarero sacó del bolsillo de su pantalón un pañuelo bastante repugnante, lo desplegó con brusco molinete, como si restallase un látigo, y se sonó la nariz, produciendo un fuerte ruido de líquido.

—¿Lo quiere o no? —volvió a preguntar, secándose las narices.

—No tengo ni la más remota idea de lo que es —contestó Lexington—, pero me encantaría probarlo. Es que estoy escribiendo un libro de cocina, sabe usted, y yo...

—¡Una de puerco con col! —gritó el camarero, y desde la trastienda del restaurante, allá lejos en la oscuridad, le respondió una voz.

El camarero desapareció. Lexington cogió de la mochila su tenedor y su cuchillo, regalo de la tía Glossspan cuando tenía seis años. Eran de plata maciza, y desde que se los regaló no había usado otros instrumentos para comer. Mientras esperaba a que llegase la comida se dedicó a abrillantarlos cariñosamente con un trozo de muselina.

El camarero volvió al poco tiempo con un plato en el que se veía una gruesa tajada blanco-grisácea de una sustancia caliente. Lexington se inclinó hacia adelante, ansioso por olfatearlo en cuanto se lo sirvieran. Se le habían dilatado las aletas de la nariz para recibir el aroma, y le temblaban.

—¡Pero esto es una auténtica maravilla! —exclamó—. ¡Qué aroma! ¡Es fantástico!

El camarero retrocedió un paso, observando con curiosidad a su cliente.

—¡En mi vida había olido una cosa tan deliciosa! —exclamó nuestro héroe al tiempo que empuñaba el cuchillo y el tenedor—. ¿De qué está hecho?

El hombre del sombrero marrón se le quedó mirando y después volvió a concentrarse en su comida. El camarero se retiraba hacia la cocina.

Lexington cortó un trocito de carne, la empaló en el tenedor de plata y se lo acercó a la nariz para olfatearlo una vez más. A continuación se lo metió en la boca y empezó a masticarlo despacio, los ojos entrecerrados y el cuerpo en tensión.

—¡Es fantástico! —exclamó—. ¡Es un sabor completamente nuevo! ¡Ay, Glossspan, mi querida tía, cuanto me gustaría que estuvieses aquí conmigo para probar este plato tan extraordinario! ¡Camarero, venga inmediatamente! ¡Tengo que hablar con usted!

El asombrado camarero le observaba desde el otro extremo del comedor y no parecía muy dispuesto a aproximarse.

—Si viene a hablar conmigo, le haré un regalo —dijo Lexington, agitando un billete de cien dólares—. Venga usted, por favor.

El camarero volvió a la mesa con precaución, agarró el dinero y se lo acercó a la cara, mirándolo desde todos los ángulos. Después lo deslizó rápidamente en su bolsillo.

—¿Qué puedo hacer por usted, amigo mío? —preguntó.

—Verá —dijo Lexington—, si usted me dice con qué está hecho este delicioso plato y cómo está preparado exactamente, le daré otros cien.

—Ya se lo he dicho —replicó el hombre—. Es puerco.

—¿Y qué es eso exactamente?

—¿Nunca ha comido puerco asado? —le preguntó el camarero mirándolo fijamente.

—Por lo que más quiera, buen hombre, dígame lo que es y déjese de misterios.

—Pues cerdo —contestó el camarero—. Se mete en el horno y ya está.

—¡Cerdo!

—El puerco es cerdo. ¿Es que no lo sabía?

—¿Quiere decir que esto es carne de cerdo?

—Se lo garantizo.

—Pero..., pero... es imposible —tartamudeó el joven—. La tía Glosspan, que sabía de comida más que nadie, decía que la carne de cualquier clase es asquerosa, repugnante, horrible, nauseabunda y sucia. Y, sin embargo, este trozo que tengo en el plato es lo más exquisito que he probado nunca. ¿Cómo explica usted eso? Estoy seguro de que tía Glosspan no me hubiera dicho que era repugnante si no lo fuera.

—A lo mejor su tía no sabía cocinarlo —dijo el camarero.

—¿Usted cree?

—Es posible. Sobre todo con el cerdo: o se hace muy bien o no hay quien se lo coma.

—¡Eureka! —exclamó Lexington—. ¡Apuesto a que es eso lo que le pasaba, que lo hacía mal! —le ofreció al camarero otro billete de cien dólares—. Lléveme a la cocina —dijo—. Presénteme al genio que ha preparado esta carne.

El camarero llevó a Lexington a la cocina inmediatamente, y allí el joven conoció al cocinero, que era un hombre mayor con una erupción en el cuello.

—Esto le costará otros cien —dijo el camarero. Lexington lo complació de buena gana, pero en esta ocasión dio el dinero al cocinero.

—Mire, he de admitir que me ha dejado muy confundido lo que acaba de decirme el camarero —dijo—. ¿Está usted completamente seguro de que ese plato tan exquisito que he comido estaba preparado con carne de cerdo?

El cocinero alzó la mano derecha y se puso a rascarse la erupción del cuello.

—Bueno —respondió mirando al camarero y haciéndole un astuto guiño—, lo único que puedo decirle es que creo que era carne de cerdo.

—¿Quiere decir que no está seguro?

—Nunca se puede estar seguro.

—Pero ¿qué otra cosa podría ser?

—Pues... —empezó a decir el cocinero muy despacio, mirando aún al camarero— existe la posibilidad de que fuera un pedazo de carne humana.

—¿Quiere decir de hombre?

—Sí.

—¡Dios mío!

—O de mujer. Cualquiera de las dos cosas, porque saben igual.

—Me deja usted sorprendido —replicó el joven.

—Nunca te acostarás sin saber una cosa más.

—Desde luego.

—De hecho, últimamente el carnicero nos manda mucha carne de ésta en lugar de cerdo —añadió el cocinero.

—¿En serio?

—El problema es que casi no se puede distinguir una de la otra. Son las dos muy

buenas.

—El trozo que acabo de comer era sencillamente extraordinario.

—Me alegro de que le haya gustado —dijo el cocinero—, pero si quiere que le sea sincero, creo que era cerdo. Vamos, estoy casi seguro.

—¿Completamente seguro?

—Pues sí.

—En ese caso habrá que pensar que tiene usted razón —dijo Lexington—. Así que, por favor, dígame —y aquí tiene otros cien dólares por la molestia—, explíqueme cómo lo ha preparado exactamente.

El cocinero, tras guardarse el dinero, inició una descripción colorista de cómo usar una talada de cerdo, mientras el joven, que no deseaba perderse una sola palabra de tan gran receta, se sentó a la mesa de la cocina y apuntó todos los detalles en su cuaderno.

Cuando el hombre terminó, le preguntó:

—¿Eso es todo?

—Efectivamente.

—Tiene que haber algo más.

—Para empezar, hay que contar con una buena pieza de carne —añadió el cocinero—. En eso consiste la mitad del secreto. Tiene que ser un buen cerdo, y tiene que estar bien despiezado, porque si no queda asqueroso por muy bien que se cocine.

—Enséñeme a hacerlo —dijo Lexington—. Despiéceme uno ahora para que aprenda.

—En la cocina no matamos cerdos —dijo el cocinero—. Lo que usted acaba de comer nos ha llegado de un matadero del Bronx.

—¡Pues deme la dirección!

El cocinero le dio la dirección, y nuestro héroe, tras deshacerse en agradecimientos por su amabilidad, se precipitó a la calle, cogió un taxi y se dirigió al Bronx.

7

El matadero era un edificio grande de ladrillo, de cuatro pisos, y a su alrededor había un olor dulzón y fuerte, como de almizcle. En la verja se veía un gran cartel que decía: SE ADMITE LA ENTRADA DE VISITANTES A CUALQUIER HORA. Animado por él, Lexington atravesó la verja y entró en el patio empedrado que rodeaba el edificio. Siguió una serie de señales (LAS VISITAS CON GUÍA POR AQUÍ) y finalmente llegó a un cobertizo de hierro ondulado que se encontraba muy lejos del edificio principal (SALA DE ESPERA PARA VISITANTES). Entró tras llamar educadamente a la puerta.

En la sala de espera había seis personas delante de él. Había una señora gorda con

sus dos hijos, de unos nueve y once años, una pareja joven de ojos brillantes que parecían estar en plena luna de miel y una mujer pálida con largos guantes blancos sentada muy erguida y que miraba al frente, con las manos cruzadas en el regazo. Nadie hablaba. Lexington pensó si estarían todos escribiendo libros de cocina, como él, pero cuando se lo preguntó no le contestó nadie. Los adultos se limitaron a sonreír misteriosa y disimuladamente y negaron con la cabeza, y los dos niños se le quedaron mirando como si se tratara de un loco.

Pronto se abrió la puerta y un hombre de cara sonrosada y alegre asomó la cabeza y dijo:

—El siguiente, por favor.

La madre y los dos chicos se levantaron y salieron.

Al cabo de unos diez minutos volvió el mismo hombre y repitió: «El siguiente, por favor», y la pareja en luna de miel se puso de pie de un salto y lo siguió afuera.

Entraron dos nuevos visitantes y se sentaron. Eran un hombre de mediana edad y su mujer, también de mediana edad, que llevaba una cesta de mimbre con comida.

—El siguiente, por favor —dijo el guía, y la mujer de los largos guantes blancos se levantó y se fue.

Entraron algunas personas más y tomaron asiento en las sillas de madera de respaldo recto.

El guía regresó por tercera vez al cabo de poco tiempo, y en esta ocasión era el turno de Lexington.

—Sígame, por favor —le dijo el guía, cruzando el patio delante del joven para dirigirse al edificio principal.

—¡Qué interesante es esto! —exclamó Lexington, saltando sobre un pie y luego sobre el otro—. Ojalá estuviese conmigo mi querida tía Glosspan y viese lo que voy a ver yo.

—Yo sólo explico los preliminares —dijo el guía—. Después le pondré en manos de otra persona.

—Lo que usted quiera —replicó el joven, fascinado.

En primer lugar visitaron una zona amplia rodeada por una valla en la puerta trasera del edificio, donde holgazaneaban varios cientos de cerdos.

—Aquí es donde empiezan —explicó el guía—, y por allí entran.

—¿Dónde?

—Por allí —el guía señaló un cobertizo alargado de madera que se alzaba junto al muro exterior de la fábrica—. Lo llamamos el corral de encadenado. Por aquí, por favor.

Tres hombres con altas botas de caucho conducían una docena de cerdos al corral de encadenado en el momento en que se acercaban Lexington y el guía, así que entraron todos juntos.

—Mire cómo los amarran —dijo el guía.

Por dentro, el cobertizo era simplemente una habitación desnuda de madera sin

techo, pero había un cable de acero con ganchos que se movía lentamente por una pared, paralelo al suelo, a menos de un metro de altura. Cuando llegaba al extremo del cobertizo el cable cambiaba bruscamente de dirección y trepaba verticalmente, atravesando el techo abierto, hacia el piso superior del edificio principal.

Los doce cerdos estaban amontonados en el extremo del cobertizo, sin moverse, con expresión de miedo. Uno de los hombres con botas de caucho bajó una cadena de metal de la pared y avanzó hacia el animal más cercano, por detrás. Se agachó y colocó con rapidez un extremo de la cadena en torno a una de las patas traseras del animal. Ató el otro extremo a un gancho del cable móvil cuando lo tuvo al alcance de la mano. El cable siguió moviéndose y la cadena se tensó. La pata del cerdo recibió un tirón hacia atrás y hacia arriba y luego el animal empezó a retroceder, arrastrándose, pero no se cayó. Era un cerdo bastante ágil y logró mantener el equilibrio sobre tres patas, saltando con una sola y luchando contra la cadena que tiraba de él, pero fue retrocediendo más y más hasta que al llegar al final del cobertizo, donde el cable cambiaba de dirección y subía, la pobre bestia perdió pie bruscamente y quedó colgando. El aire se llenó de chillidos de protesta.

—Es un proceso realmente fascinante —dijo Lexington—, pero ¿qué era ese ruido raro, ese chasquido que se oyó en el momento en que subía el cerdo?

—Probablemente, la pata —contestó el guía—. O la pelvis.

—¿Y eso no importa?

—¿Por qué iba a importar? —replicó el guía—. Los huesos no se comen.

Los hombres con botas de caucho no paraban de encadenar cerdos; los colgaban uno tras otro y los hacían pasar por el techo entre fuertes gruñidos de protesta.

—Esta receta no consiste solamente en recoger hierbas sin más —dijo Lexington—. La tía Glosspan jamás hubiera hecho una cosa así.

En ese momento, mientras Lexington miraba el último cerdo que subía hacia el techo, un hombre con botas de caucho se le acercó con precaución por detrás y ató un extremo de la cadena en torno al tobillo del muchacho, colgando el otro extremo del cinturón móvil. Al momento siguiente, sin que le diera tiempo a darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, nuestro héroe perdió el equilibrio y se vio arrastrado hacia atrás por el piso de cemento del corral de encadenado.

—¡Paren! —gritó—. ¡Detenganlo todo! ¡Se me ha enganchado una pierna!

Pero al parecer no le oyó nadie, y cinco segundos más tarde el infeliz joven fue arrancado del suelo y arrastrado hacia arriba. Pasó por el tejado abierto del corral, colgando cabeza abajo, agarrado por un tobillo y culebreando como un pez.

—¡Socorro! —gritó—. ¡Socorro! ¡Ha habido una terrible equivocación! ¡Paren las máquinas! ¡Déjenme bajar!

El guía se quitó el puro de la boca y miró serenamente hacia arriba, al joven que ascendía rápidamente, pero no dijo nada. Los hombres de las botas de caucho ya habían salido a recoger el siguiente grupo de cerdos.

—¡Sálveme! —chilló nuestro héroe—. ¡Déjeme bajar! ¡Por favor, déjeme bajar!

Pero ya se acercaba al piso superior del edificio, y allí el cinturón móvil se retorció como una serpiente y entró por un gran agujero de la pared, una especie de portal sin puerta; y en el umbral, esperando para recibirlo, cubierto con un delantal de caucho amarillo con manchas oscuras y contemplando el mundo como San Pedro a las puertas del cielo, estaba el matarife.

Lexington le vio del revés y sólo breves segundos, pero aún así observó inmediatamente la expresión de paz y benevolencia en el rostro de aquel hombre, el alegre brillo de sus ojos, la sonrisilla melancólica, los hoyuelos de las mejillas... y todo aquello le hizo concebir esperanzas.

—¿Qué tal? —le preguntó el matarife sonriendo.

—¡Rápido! ¡Sálveme! —gritó nuestro héroe.

—Con mucho gusto —replicó el matarife y, cogiendo delicadamente a Lexington por una oreja con la mano izquierda, alzó la derecha y con suma habilidad le abrió la yugular con un cuchillo.

El cinturón continuó moviéndose y Lexington con él. Todo seguía del revés, y la sangre que le salía del cuello se le metía en los ojos, pero aún veía un poco y tuvo la borrosa impresión de encontrarse en una habitación enorme y alargada, en cuyo extremo había una gran caldera de agua humeante y a su alrededor unas oscuras siluetas, medio ocultas por el vapor, que bailaban blandiendo largas varas. Le pareció que la cinta transportadora pasaba justo por encima del caldero y que los cerdos caían uno tras otro al agua hirviendo, y que uno de ellos llevaba unos largos guantes blancos en las patas delanteras.

De repente nuestro héroe empezó a sentir mucho sueño, pero hasta que su fuerte corazón no hubo bombeado la última gota de sangre no pasó de este mundo, el mejor de todos los mundos posibles, al otro.

El bello Jorgito

Sin querer darme autobombo en absoluto, creo que se me puede considerar en casi todos los aspectos un individuo bastante completo y maduro. He viajado mucho y leído lo suficiente. Hablo griego y latín. Me defiendo en ciencias. Puedo tolerar que los demás defiendan una política moderadamente liberal. He recopilado un volumen de notas sobre la evolución del madrigal en el siglo xv. He sido testigo de la muerte de gran número de personas en sus camas; además, he influido, o al menos así lo espero, en la vida de bastantes otras, gracias a los sermones que he dado desde el púlpito.

Pero, a pesar de todo, he de confesar que jamás en mi vida —bueno, ¿cómo diría yo?— he tenido mucho trato con las mujeres.

Para ser absolutamente sincero, he de reconocer que hasta hace unas tres semanas ni siquiera le había puesto la mano encima a ninguna de ellas, salvo, quizá, para ayudarlas a atravesar un seto cuando la ocasión lo requería. Incluso en tales casos, siempre intentaba tocar sólo el hombro, o la cintura, o cualquier otro sitio en el que la piel estuviera tapada, pues lo que nunca he podido soportar es el contacto directo de una piel femenina. El que la piel tocara otra, es decir, el que mi piel tocara la de una mujer, ya fuera una pierna, un cuello, un rostro, una mano o simplemente un dedo, me resultaba tan repugnante que, invariablemente, al saludar a una dama, mantenía las manos fuertemente unidas a la espalda para evitar el ineludible apretón.

Puedo incluso decir que cualquier contacto físico con ellas, aun cuando la piel no esté desnuda, me altera extraordinariamente. Si una mujer se para a mi lado en una cola, de modo que nuestros cuerpos se rocen, o si se desliza a mi lado en el asiento del autobús, cadera con cadera, muslo con muslo, mis mejillas empiezan a arder y la coronilla se me llena de gotitas de sudor.

Este comportamiento es muy lógico en un colegial que acaba de llegar a la pubertad. En su caso, es un truco de la madre naturaleza para echar el freno y mantener quieto al chico hasta que llegue a la edad de portarse como un caballero. A mí me parece muy bien.

Pero, diablos, no existía motivo alguno para que, a la considerable edad de treinta y un años, yo siguiera sufriendo tal turbación. Me habían educado para resistir las tentaciones y, evidentemente, no era dado a pasiones bajas y vulgares.

Si al menos hubiese estado avergonzado de mi apariencia, el asunto podría tener explicación; pero no era así. Muy al contrario, y no es porque yo lo diga, los hados me habían sido bastante favorables en este sentido. Medía exactamente 1,65 metros descalzo, y mis hombros, aunque ligeramente caídos, guardaban un equilibrio

armonioso con mi figura, pequeña y bien proporcionada. (Personalmente, siempre he pensado que los hombros ligeramente caídos proporcionan a un hombre no demasiado alto un aspecto lánguido y vagamente estético, ¿no les parece?) Mis rasgos eran regulares, conservaba los dientes en excelentes condiciones (sólo los de la mandíbula superior sobresalían un poco), y mi cabello, de un rojo brillante nada corriente, era espeso y abundante. Dios es testigo de que he visto a muchos hombres que, comparados conmigo, parecían chimpancés y, sin embargo, trataban al bello sexo con un aplomo sorprendente. ¡Ah, cómo los envidiaba! Cómo deseaba hacer lo mismo, ser capaz de intervenir en aquellos rituales de contacto, tan agradables, que se desarrollaban continuamente ante mis ojos entre hombres y mujeres: el roce de las manos, pellizcar una mejilla, el agarrarse del brazo, la presión de una rodilla contra otra por debajo de la mesa y, sobre todo, el abrazo violento cuando una pareja se une para bailar.

Pero esas cosas no eran para mí. Desgraciadamente, tenía que pasarme la vida evitándolas. Y esto, amigos míos, era más fácil de decir que de hacer, incluso para un humilde cura de una pequeña zona rural, alejada de las tentaciones de la capital.

Mi rebaño estaba formado por una cantidad desmesurada de señoras. En la parroquia había muchísimas, y lo malo es que al menos el sesenta por ciento eran solteras a las que la benéfica influencia del matrimonio no había tenido oportunidad de domar.

Os aseguro que yo era tan esquivo como una ardilla.

Hubiera sido lógico pensar que, gracias a la cuidadosa educación que mi madre me había dado de niño, tendría que haber estado a la altura de las circunstancias; y no cabe duda de que así habría sido si ella hubiera vivido lo suficiente como para completar mi educación. Pero, por desgracia, se mató siendo yo aún muy joven.

Mi madre era una mujer maravillosa. Llevaba enormes pulseras, cinco o seis a la vez, con muchos colgantes que tintineaban a cada movimiento que hacía. Estuviera donde estuviera, siempre se podía dar con ella por el ruido de aquellas pulseras. Eran más efectivas que un cencerro. Por la noche, enfundada en sus pantalones negros, se acomodaba en el sofá, con las piernas encogidas bajo el cuerpo, y fumaba un cigarrillo tras otro en una larga boquilla negra. Yo me acurrucaba en el suelo, mirándola.

—¿Quieres probar mi Martini, Jorge? —me preguntaba.

—Ya está bien, Clara. Si no tienes cuidado, vas a impedir el desarrollo del chico —decía mi padre.

—Vamos —decía ella—, no tengas miedo. Bebe.

Siempre hacía todo lo que mi madre me decía.

—Ya basta —intervenía mi padre—. Es suficiente con saber a qué sabe.

—Por favor, Boris, no te metas en esto. Es muy importante.

Mi madre defendía la teoría de que a los niños no debe ocultárseles absolutamente nada. Hay que mostrarles todo, hacérselo experimentar.

—No voy a permitir que un hijo mío ande por ahí cotilleando porquerías con otros niños, ni que tenga que adivinar estas cosas, sencillamente porque nadie se las explica.

Había que contar todo, enseñarles a escuchar.

—Ven aquí, Jorge. Voy a contarte lo que hay que saber sobre Dios.

Nunca me leía cuentos antes de acostarme; me «contaba» cosas. Y cada noche era sobre algo distinto.

—Ven aquí, Jorge. Hoy voy a hablarte de Mahoma. En esas ocasiones se sentaba en el sofá, enfundada en sus pantalones negros, con las piernas cruzadas debajo del cuerpo, y me hacía señas de una forma extraña, lánguida, con la mano en la que sostenía la larga boquilla negra, mientras las pulseras tintineaban en su brazo.

—Si vas a tener alguna religión, supongo que la mahometana es tan buena como cualquier otra. Su base consiste en mantenerse sano. Tienes montones de mujeres y no puedes fumar ni beber jamás.

—¿Por qué no se puede ni fumar ni beber, mamá?

—Porque si tienes muchas mujeres, tienes que mantenerte sano y viril.

—¿Qué es viril?

—Mañana te lo explico, cariño. Es mejor hablar de cada tema en su momento. Otra cosa que ocurre con los mahometanos es que nunca jamás están estreñidos.

—Vamos, Clara —decía mi padre, levantando los ojos del libro—, no te vayas por las ramas.

—Querido Boris, tú no sabes nada de esto. Si intentaras inclinarte hacia adelante hasta tocar el suelo con la frente mañana, tarde y noche todos los días, seguramente tendrías menos problemas en ese sentido.

Me encantaba escucharla, aunque sólo entendía la mitad de lo que decía. Me contaba auténticos secretos, y para mí no había nada más apasionante.

—Ven aquí, Jorge, que te voy a contar exactamente cómo gana dinero tu padre.

—Vamos, Clara, ya está bien.

—No digas tonterías, querido. ¿Por qué mantenerlo en secreto con el niño? Se imaginará algo muchísimo peor.

Tenía exactamente diez años cuando empezó a darme lecciones detalladas sobre el tema del sexo. Era el secreto mayor de todos y, por tanto, el que más me fascinaba.

—Ven aquí, Jorge. Hoy voy a contarte desde el principio cómo llegaste a este mundo.

Vi a mi padre levantar la vista en silencio y abrir mucho la boca, como solía hacer cuando iba a decir algo de importancia vital, pero mi madre ya le había clavado aquellos ojos suyos tan brillantes y resplandecientes, y volvió a concentrarse lentamente en su libro sin decir palabra.

—Tu pobre padre está avergonzado —dijo, y me dedicó una sonrisa especial, aquella que no dedicaba a nadie más que a mí: la de medio lado, alzando lentamente una comisura hasta que se le formaba una encantadora arruga que le llegaba hasta el

ojo, un gesto que era guiño y sonrisa a la vez.

—La vergüenza, cariño, es precisamente lo que no quiero que sientas jamás. Y no pienses que tu padre está avergonzado sólo por ti.

Mi padre empezó a removerse en su asiento.

—¡Dios santo! Estas cosas le avergüenzan incluso estando a solas conmigo, que soy su mujer.

—¿A qué cosas te refieres? —pregunté.

En ese momento, mi padre se levantó y abandonó la habitación en silencio.

Creo que mi madre se mató como una semana después de esta conversación. Quizá fuera un poco más tarde, unos diez o quince días; no podría asegurarlo. Lo único que sé es que, cuando ocurrió, estábamos a punto de llegar al final de esa serie de «charlas». Como me vi envuelto en la corta cadena de acontecimientos que desembocaron en su muerte, aún recuerdo todos y cada uno de los detalles de aquella extraña noche tan claramente como si hubiesen ocurrido ayer. Puedo proyectarlos en mi memoria cuando quiero y hacer que se desarrollen ante mis ojos igual que si se tratase de una película; y nunca cambian. Siempre acaban exactamente en el mismo lugar, ni más ni menos, y siempre empiezan de la misma forma extraña, de repente: una pantalla en negro y, en algún lugar, por encima de mí la voz de mi madre que me llama:

—¡Jorge! ¡Despierta, Jorge, despierta!

Y de pronto me deslumbra una brillante luz eléctrica y, desde el mismísimo centro de esa luz, pero a lo lejos, la voz sigue llamándome:

—¡Jorge, despierta, levántate y ponte la bata! ¡Corre, baja! Quiero que veas una cosa. ¡Venga, niño, vamos! ¡Date prisa! Y ponte las zapatillas, que vamos a salir.

—¿Afuera?

—No discutas conmigo, Jorge, y haz lo que te digo.

Estoy tan adormilado que casi no veo al andar, pero mi madre me agarra de la mano con firmeza y me lleva escaleras abajo hasta que cruzamos la puerta de entrada y nos encontramos fuera, en plena noche. Al sentir el aire frío parece como si me pasaran una esponja mojada por la cara, y abro los ojos del todo; veo entonces el césped, brillante por la escarcha y el cedro con sus enormes brazos negros que se perfilan contra una luna pequeña y fina. En lo alto gira una enorme masa de estrellas, perdiéndose en el firmamento.

Mi madre y yo atravesamos apresuradamente el césped, sus pulseras tintinean como locas y yo tengo que correr para mantenerme a su altura. A cada paso que doy siento el suave crujido de la hierba cubierta de escarcha bajo mis pies.

—Josefina está dando a luz —dice mi madre—. Es la ocasión ideal. Podrás observar todo el proceso.

Cuando llegamos al garaje hay una luz encendida y entramos. Ni mi padre ni el coche están allí; parece un lugar enorme y vacío, y a través de las suelas de mis zapatillas de andar por casa siento que el suelo de cemento está helado. En una

esquina de la habitación Josefina está tumbada en un montón de paja, dentro de su jaula de alambre; es una gran coneja azulada, de pequeños ojos rosas, que nos observa recelosa al acercarnos. El marido, que se llama Napoleón, se encuentra en otra jaula en la esquina opuesta, y me fijo en que se alza sobre sus patas traseras y araña el alambrado, impaciente.

—¡Mira! ¡Está saliendo el primero! ¡Ya casi está fuera! —exclama mi madre.

Sigilosamente, nos acercamos los dos a Josefina, y yo me siento en cuclillas al lado de la jaula, con la cara pegada a los alambres. Estoy fascinado. Veo un conejo que sale de otro. Es algo mágico, extraordinario, y además, muy rápido.

—¡Mira cómo sale, envuelto en su bolsita de celofán! —dice mi madre.

—¡Y mira cómo lo cuida! La pobrecita no tiene una toalla y, aunque la tuviera, no podría agarrarla con sus patas. Por eso lo limpia con la lengua.

La coneja vuelve ansiosamente sus ojillos rosa hacia nosotros y observo que cambia de posición en la paja para colocar su cuerpo entre nosotros y el conejillo.

—Ve al otro lado —dice mi madre—. La muy tonta se ha movido. Creo que quiere esconder a su hijo.

Vamos al otro lado de la jaula. La coneja nos sigue con la mirada; unos dos metros más allá, el macho no para de saltar como loco, arañando el alambre.

—¿Por qué está Napoleón tan nervioso? —pregunto.

—No lo sé, cielo. No te preocupes por él. Fíjate en Josefina. Espero que pronto tenga otro. ¡Mira con qué cuidado limpia a la criatura! ¡Lo trata igual que una madre humana sus hijos! ¿No te parece curioso que una vez yo hiciera exactamente lo mismo contigo?

La gran coneja azul sigue observándonos y empuja al conejito con el hocico; lentamente, gira sobre sí misma para ponerse del otro lado y continúa lamiéndolo y limpiándolo.

—¿No es maravilloso que una madre sepa instintivamente lo que tiene que hacer? —dice mi madre—. Imagínate que tú eres el bebé y que yo soy Josefina; espera un momento vuelve aquí para que puedas ver mejor.

Volvimos a rodear la jaula para no perder de vista al conejito.

—¡Fíjate cómo lo acaricia y lo besa por todos lados! ¡Mira! ¡Ahora lo está besando de verdad! ¿Lo ves? ¡Exactamente como yo a ti!

Me acerco para ver mejor. Me parece un modo de besar muy raro.

—¡Mira! —grito—. ¡Se lo está comiendo!

Y es cierto; la cabeza del conejito desaparece rápidamente en la boca de su madre.

—¡Mamá! ¡Deprisa!

Pero casi antes de que mi grito se desvanezca en el aire, aquel cuerpecito rosa se ha esfumado en la garganta de la madre.

Me vuelvo bruscamente y lo primero que veo es la cara de mi madre a menos de diez centímetros por encima de la mía; no cabe duda de que quiere decir algo, o

quizás esté demasiado asombrada para decir nada, pero yo lo único que veo es la boca, la enorme boca roja que se abre más y más, hasta convertirse en un inmenso agujero vacío, sólo con un punto negro en el centro. Me pongo a gritar, y en esta ocasión no puedo parar. De pronto siento sus manos, y el roce de su piel, aquellos dedos, largos y fríos aferrándose a mis puños; doy un salto hacia atrás, me libero de una sacudida y, a ciegas, me hundo en la noche. Corro por el sendero y atravieso la verja, chillando como un loco y, más fuerte que mi propia voz, oigo en la oscuridad, detrás de mí, el tintineo de las pulseras que va creciendo a medida que ella me gana terreno, y yo sigo corriendo colina abajo hasta el final del sendero. Cruzo el puente y alcanzo la carretera general por la que pasan los coches a cien por hora, deslumbrándome con sus faros.

Luego, en algún lugar a mis espaldas, oigo un chirrido de neumáticos que patinan en la carretera, y después se hace el silencio. De repente me doy cuenta de que las pulseras ya no tintinean.

¡Pobre mamá!

Si hubiera vivido aunque sólo fuera un poco más...

La verdad es que me dio buen susto con aquellos conejos, pero no fue culpa suya; y, de todos modos, entre ella y yo siempre ocurrían cosas así. Había llegado a considerarlas un proceso de endurecimiento que me resultaba más beneficioso que dañino, pero si hubiera vivido lo suficiente como para completar mi educación, estoy seguro de que nunca habría tenido los problemas a los que me refería hace unos momentos.

Quiero continuar ahora con el tema. No pretendía hablar de mi madre. No tiene nada que ver con lo que contaba al principio, y no volveré a mencionarla.

Estaba contando lo de las solteronas de mi parroquia. La palabra solterona es muy fea, ¿verdad? Evoca la idea de una vieja gallina fibrosa de cara avinagrada o la de un enorme monstruo de obscenidad gritando por la casa en pantalones de montar. Pero éstas no eran así. Se trataba de un grupo de mujeres limpias, saludables y bien hechas, la mayoría de buena familia y sorprendentemente ricas, y estoy seguro de que a cualquier hombre soltero le hubiera encantado que anduvieran detrás de él.

Al principio de llegar a la parroquia, no lo pasé demasiado mal. Naturalmente, gozaba de cierta protección que me proporcionaban mis ropas y mi posición. Además, adoptaba una calculada actitud digna y reservada para desalentar cualquier tipo de familiaridad. Gracias a ello, durante algunos meses pude moverme con tranquilidad entre mis parroquianas, sin que ninguna se tomara la libertad de agarrarme del brazo en una rifa benéfica, ni de rozar mis dedos con los suyos al pasarme las vinagreras en una cena. Estaba muy contento. Hacía años que no me encontraba tan bien. Incluso empezó a desaparecer aquel pequeño tic nervioso que consistía en darme golpecitos con el índice en el lóbulo de la oreja al hablar.

Esta es la que yo llamo mi primera época, que duró unos seis meses. Después, empezaron los problemas.

Tendría que haber sabido que era imposible que un hombre sano como yo pudiera evitar indefinidamente determinados líos por el sencillo expediente de mantenerse a una distancia prudencial de las señoras. Eso, sencillamente, no funciona; más bien produce el efecto contrario.

Notaba que me miraban con disimulo desde el otro extremo de la habitación en un concurso de pinacle; cuchicheaban entre ellas, asentían, se pasaban la lengua por los labios, daban chupadas a sus cigarrillos, tramando el mejor modo de abordarme, siempre entre cuchicheos. A veces, acertaba a oír retazos de sus conversaciones: «Qué tímido es...; está un poquito nervioso, ¿verdad?...; está demasiado tenso... Necesita compañía..., quiere relajarse..., tenemos que enseñarle.» Y poco a poco, a medida que fueron pasando las semanas, empezaron a acecharme. Sabía que lo estaban haciendo, lo sentía, aunque al principio no hacían nada que las delatara.

Ésa fue la segunda época. Duró casi un año y resultó terriblemente agotadora. Pero, en comparación con la tercera y última fase, era el paraíso.

Porque entonces, en lugar de acecharme esporádicamente y desde lejos, el enemigo pasó a la carga bruscamente, atacándome en terreno descubierto con la bayoneta calada. Fue algo terrible, aterrador. No existe nada que asuste tanto a un hombre como un ataque rápido e inesperado. Y, sin embargo, yo no soy un cobarde. Puedo habérmelas con cualquier individuo de mi talla en cualquier circunstancia. Ahora estoy convencido de que aquella furiosa embestida fue obra de un gran número de personas que operaban como una unidad hábilmente coordinada.

La primera en pasar a la ofensiva fue la señorita Elphinstone, una voluminosa mujer llena de lunares. Había pasado una tarde por su casa para pedirle un donativo destinado a un nuevo juego de fuelles para el órgano; después de una agradable conversación en la biblioteca me entregó amablemente un cheque de dos guineas. Le dije que no se molestase en acompañarme hasta la puerta, y salí al vestíbulo para coger mi sombrero. Estaba a punto de hacerlo cuando, de repente (debía haberme seguido de puntillas), cuando de repente, repito, sentí un brazo desnudo deslizarse bajo mío, y un segundo más tarde sus dedos estaban entrelazados con los míos; me apretaba la mano con fuerza y me la soltaba, me la volvía a apretar y me la volvía a soltar, como si fuese la pera de un pulverizador.

—¿Es usted siempre tan, tan superreverendo como pretende? —murmuró.

¡En fin!

Lo único que puedo decir es que cuando su brazo se deslizó bajo el mío experimenté exactamente la misma sensación que si una cobra se me estuviese enrollando en la muñeca. Me aparté de un salto, abrí bruscamente la puerta y huí por el sendero sin mirar hacia atrás.

Al día siguiente organizamos una venta benéfica en el ayuntamiento del pueblo (también para sacar dinero para los fuelles nuevos), y cuando estaba a punto de terminar, yo me encontraba en una esquina, bebiendo tranquilamente una taza de té y observando a la gente del pueblo que se arremolinaba en torno a los puestos. De

pronto oí detrás de mí una voz que me decía:

—Amigo mío, se le ve a usted en los ojos que tiene mucha hambre.

Inmediatamente, un cuerpo largo y curvilíneo se apoyó contra el mío mientras una mano de uñas rojas intentaba meterme en la boca un enorme trozo de bizcocho de coco.

—¡Señorita Prattley! —exclamé—. ¡Por favor!

Pero me había acorralado contra la pared y, con una taza de té en una mano y un plato en la otra, no podía defenderme. Noté que empezaba a sudar por todos los poros, y si la boca no se me hubiese llenado rápidamente con el pastel que aquella mujer me embutía, creo sinceramente que me hubiera puesto a dar gritos.

Fue un incidente muy desagradable, pero aún quedaban cosas peores.

Al día siguiente le tocó el turno a la señorita Unwin. Bien, da la casualidad de que la señorita Unwin era muy amiga de la señorita Elphinstone y de la señorita Prattley, circunstancia que debería haberme bastado para tomar precauciones. Pero ¿quién iba a pensar que precisamente ella, la señorita Unwin, la amable y silenciosa ratita que hacía sólo unas semanas me había regalado un cojín exquisitamente bordado a mano, quién iba a pensar, repito, que se atrevería a tomarse libertades con nadie? Por eso, cuando me pidió que la acompañara a la cripta para enseñarle los murales sajones, ni por un momento se me ocurrió que estuviera tramando alguna maldad. Pero lo estaba.

No voy a describir aquel encuentro; fue demasiado doloroso. Y los que siguieron no fueron menos violentos. A partir de entonces empezaron a producirse a diario nuevos incidentes escandalosos, y yo tenía los nervios destrozados. A veces ni me daba cuenta de lo que hacía. Empecé por leer el sermón de difuntos en la boda de la joven Gladys Pitcher. Durante la ceremonia del bautismo, dejé caer en la pila al hijo de la señora Harris y le di un peligroso chapuzón. Me volvió a aparecer en el cuello una molesta erupción que no tenía desde hacía más de dos años, y comenzó de nuevo lo del lóbulo de la oreja, peor que nunca. Incluso empezó a caérseme el pelo. Cuanto más rápidamente me retiraba, más rápidamente venían a por mí. Las mujeres son así. Nada las estimula tanto como que un hombre dé pruebas de pudor o de timidez. Redoblan sus ataques si llegan a detectar —y en este punto he de confesar algo que me cuesta mucho trabajo— si llegan a detectar, repito, como ocurrió en mi caso, un leve destello de secreto deseo en el fondo de la mirada.

En realidad, me encantaban las mujeres.

Sí, ya lo sé; después de todo lo que he dicho, es difícil creerlo; pero era la pura verdad. Hay que entender que únicamente me preocupaban cuando me tocaban con los dedos o apoyaban su cuerpo contra el mío. Con tal de que se mantuvieran a una distancia prudencial, podía contemplarlas horas y horas con la misma extraña fascinación que usted puede sentir al observar un ser al que no soportaría tocar, un pulpo o una larga serpiente venenosa, por ejemplo. Me encantaba la blancura y suavidad de un brazo desnudo asomando por una manga, extrañamente parecido en su desnudez a un plátano pelado. Podía excitarme muchísimo simplemente al ver

andar por la habitación a una muchacha con un vestido ceñido; disfrutaba sobre todo con la visión de la parte posterior de unas piernas cuando su propietaria calzaba zapatos de tacón muy alto: la sensación de solidez de las curvas y de las piernas mismas, muy tensas, como si estuvieran hechas de una goma resistente, tan estirada que parecía a punto de romperse sin llegar a hacerlo nunca. A veces, en el salón de lady Birdwell, sentado cerca de la ventana en una tarde de verano, miraba furtivamente por encima del borde de la taza hacia la piscina y me excitaba sobremanera al ver un trocito de estómago bronceado que sobresalía entre la parte superior y la inferior del bañador de dos piezas.

Tener ideas de ese tipo no es nada malo. Todos los hombres las albergan de vez en cuando. Pero a mí me producían un terrible sentimiento de culpa. ¿Seré yo sin querer —empecé a preguntarme— el responsable del vergonzoso comportamiento de estas señoras? ¿Será el brillo de mis ojos (que no puedo controlar) lo que constantemente enciende y alienta sus pasiones? ¿Será que cada vez que las miro les hago lo que a veces se llama «un gesto provocativo», sin darme cuenta? ¿Seré yo el culpable?

¿O es que esa conducta tan brutal es inherente a la naturaleza de las mujeres?

Tenía una idea bastante clara de la respuesta que había que dar a esta pregunta, pero eso no era suficiente. Da la casualidad de que mi conciencia no se puede acallar con simples conjeturas; necesita pruebas. Tenía que descubrir quién era el verdadero culpable: ellas o yo, y con tal objeto decidí llevar a cabo un experimento inventado por mí, utilizando los ratones de Snelling.

Hacía un año aproximadamente que había tenido ciertos problemas con Billy Snelling, un niño pesadísimo del coro. Durante tres domingos consecutivos, el muchacho había llevado a la iglesia una pareja de ratones blancos y los había soltado por el suelo en el transcurso del sermón. Por fin confisqué los animales, los metí en una caja y los coloqué en el cobertizo que hay en el fondo del jardín de la vicaría. Por razones meramente humanitarias empecé a alimentarlos, lo que bastó para que aquellos bichitos comenzasen a multiplicarse muy rápidamente. Los dos primeros se convirtieron en cinco, y esos cinco en doce.

Fue entonces cuando decidí emplearlos en mis investigaciones. Había el mismo número de machos que de hembras, seis de cada, así que las condiciones eran ideales.

Los separé primero según su sexo y los coloqué en distintas cajas, y allí los dejé tres semanas. Ahora bien, los ratones son animales muy lascivos y cualquier zoólogo puede certificar que, para ellos, tres semanas suponen una separación extraordinariamente larga. A ojo, diría que para un ratón una semana de celibato forzoso equivale más o menos a un año del mismo tratamiento para alguien como la señorita Elphinstone o la señorita Prattley; es fácil comprender que, en lo relativo a la reproducción de las condiciones reales, estaba haciendo un trabajo bastante bueno.

Al cabo de esas tres semanas cogí una caja grande dividida en el centro por una pequeña reja, y coloqué a las hembras a un lado y a los machos al otro. La reja tan

sólo consistía en tres hileras de cables pelados, colocadas a unos tres centímetros las unas de las otras; pero una potente corriente eléctrica circulaba por los cables.

Para añadir un toque de realismo al proceso puse nombre a cada una de las hembras. La más grande, que tenía también los bigotes más largos, era la señorita Elphinstone, la que tenía una cola corta y gruesa era la señorita Prattley; la más pequeña era la señorita Unwin, etc. Los machos, los seis machos, eran YO.

Cogí una silla y me senté a ver qué pasaba.

Los ratones son recelosos por naturaleza y, al principio, cuando metí a los dos sexos en la caja, separados únicamente por el alambre, en ninguno de los dos lados se produjo movimiento alguno. Los machos miraban fijamente a las hembras a través de la reja, y las hembras los observaban desde el fondo de la caja, esperando a que se acercaran. En los dos lados se apreciaba la tensión del deseo: los bigotes temblaban, los hocicos se movían nerviosamente y, de vez en cuando, una larga cola chasqueaba contra la pared de la caja.

Al cabo de un rato el primer macho se destacó del grupo y avanzó cauteloso hacia la reja, con el cuerpo pegado al suelo. Tocó un cable y se electrocutó inmediatamente. Los once ratones restantes se quedaron de piedra, inmóviles.

Después, durante nueve minutos y medio, no hubo el menor movimiento en ninguno de los dos lados; pero observé que, mientras que todos los machos miraban el cadáver de su compañero, las hembras sólo tenían ojos para los machos.

La señorita Prattley, la de la cola corta, no pudo aguantar más; de repente dio un salto hacia adelante, chocó con el cable y cayó muerta.

Los machos se pegaron aún más al suelo y contemplaron pensativos los dos cadáveres que se encontraban junto a la reja. Las hembras parecían también muy impresionadas y hubo otro momento de espera durante el que no se movió ningún animal.

Ahora era la señorita Unwin quien empezaba a mostrar signos de impaciencia. Lanzó un sonoro bufido, agitó violentamente su hocico rosa y móvil de un lado a otro y de repente se puso a dar saltos, sacudiendo todo el cuerpo como si estuviese haciendo gimnasia. Miró a las compañeras que quedaban, levantó la cola como diciendo «¡allá voy chicas!» se dirigió rápidamente hacia la reja, metió la cabeza y murió.

Dieciséis minutos más tarde la señorita Foster hizo su primer movimiento. La señorita Foster era una mujer del pueblo que criaba gatos, y hacía poco tiempo había tenido la desfachatez de colocar en el balcón de su casa, en la calle Mayor, un enorme letrero que decía: GATERÍA FOSTER^[2]. Al haber estado tanto tiempo en contacto con aquellos seres parecía haber adquirido sus características más desagradables, y cada vez que se me acercaba en una habitación percibía el olor a gata^[3], leve pero acre, a pesar del humo de sus cigarrillos rusos. Nunca me había parecido que tuviera gran control sobre sus instintos más bajos; por eso vi con cierta satisfacción cómo se quitaba la vida de una forma estúpida en un último y desesperado intento de acercarse

al sexo masculino.

La siguiente fue la señorita Montgomery-Smith, una mujer pequeña y decidida que una vez había intentado convencerme de que había sido prometida de un obispo. Murió al tratar de pasar bajo el cable inferior, arrastrándose sobre la barriga. He de decir que me pareció una imagen muy explícita de su forma de vida.

Los cinco machos seguían inmóviles, a la espera.

La quinta hembra que murió fue la señorita Plumley. Era una persona astuta que no cesaba de introducir a hurtadilla en la bolsa de la colecta mensajitos dirigidos a mí. El domingo anterior, sin ir más lejos, yo estaba en la sacristía contando el dinero después del servicio de la mañana y me encontré uno escondido en un billete de diez chelines doblado «*Parecía estar usted un poco ronco esta mañana durante el sermón*» decía. «*Permítame que le lleve una botella de mi jarabe de cerezas para suavizar su pobre garganta. Cariñosamente, Eunic Plumley.*»

La señorita Plumley se acercó muy despacio a la reja, olisqueó el cable central con la punta del hocico, se acercó un poco más y recibió una descarga de doscientos cuarenta voltios de corriente alterna en todo el cuerpo.

Los cinco machos seguían en el mismo sitio, observando la matanza.

En el lado de las hembras ya no quedaba más que la señorita Elphinstone.

Durante media hora ni ella ni ninguno de los demás hicieron un solo movimiento. Por fin, uno de los machos se sacudió ligeramente, dio un paso adelante, dudó, se lo pensó mejor, retrocedió lentamente y volvió a acurrucarse en el suelo.

Aquello debió frustrar sobremanera a la señorita Elphinstone, pues de repente, con los ojos llameantes, se lanzó hacia adelante e intentó cruzar la reja de un salto vertiginoso. Fue un salto espectacular que casi consigue su objetivo; pero una de las patas traseras rozó ligeramente el alambre de arriba, de modo que también ella pereció como el resto de las de su sexo.

Es imposible describir el bien que me hizo observar este experimento sencillo y, no es porque yo lo diga, bastante ingenioso. Se me desveló de golpe la increíble naturaleza de las hembras: seres lascivos que no se detienen ante nada. Mi propio sexo quedó justificado y mi conciencia se quitó un peso de encima. En un instante, todos aquellos pequeños aguijones de culpabilidad que me habían martirizado constantemente se desvanecieron en el aire. Consciente de mi inocencia, me sentí súbitamente muy fuerte y sereno.

Durante unos momentos jugué con la absurda idea de electrificar las barras negras de metal que rodean el jardín de la vicaría; aunque quizás bastase con la verja de entrada. Después me sentaría tranquilamente en una silla de la biblioteca a mirar por la ventana mientras las auténticas señoritas Elphinstone, Pratley y Unwin se acercaban una tras otra y sufrían un castigo mortal por acosar a un macho inocente.

¡Qué ideas tan tontas!

Lo que debo hacer, me dije, es tejer a mi alrededor una especie de reja eléctrica invisible, construida enteramente con mi propia fuerza moral. Tras ella podré

sentirme completamente a salvo mientras el enemigo se lanza contra el alambre, una tras otra.

Empezaría por emplear unos modales bruscos. Hablaría secamente a todas las mujeres y evitaría sonreírles. No volvería a retroceder ni un paso cuando alguna se me acercara. Me quedaría en mi sitio y la miraría y, si decía algo que yo considerase provocativo, le respondería de forma cortante.

Y con tal ánimo salí aquel mismo día para asistir a la fiesta que daba lady Birdwell con motivo de un partido de tenis.

Yo no sabía jugar, pero su Excelencia había tenido a bien invitarme a pasar por allí para reunirme con los demás cuando el partido hubiese terminado, a las seis. Supongo que pensaría que un clérigo daba cierta categoría a la reunión y, probablemente, quería convencerme para que repitiera la actuación de la última vez que estuve allí: me senté al piano durante una hora y cuarto después de la cena y deleité a los invitados con una detallada descripción de la evolución del madrigal a través de los siglos.

A las seis en punto llegué en bicicleta a la puerta de la verja y subí pedaleando el largo sendero que conduce a la casa. Era la primera semana de junio, y a ambos lados del sendero crecían macizos exuberantes de rododendros rosa y púrpura. Me sentía extraordinariamente alegre e intrépido. Tras el experimento del día anterior con los ratones era imposible que nadie me cogiese por sorpresa. Sabía exactamente lo que me esperaba e iba armado de acuerdo con las circunstancias. La pequeña reja se alzaba a mi alrededor.

—¡Ah, buenas tardes, señor vicario! —exclamó lady Birdwell, acercándose a mí con los brazos abiertos.

Me mantuve firme y la miré directamente a los ojos.

—¿Qué tal está Birdwell? —dije—. ¿Sigue en la ciudad?

Dudo que jamás en su vida hubiera oído a alguien, que ni siquiera le conocía, referirse a lord Birdwell en esos términos. Se quedó inmóvil, como con los pies clavados al suelo. Me miró de un modo raro y no supo qué contestar.

—Voy a ver si encuentro un sitio donde sentarme —dije, y pasé a su lado para dirigirme a la terraza, en donde había unos nueve o diez invitados cómodamente instalados en sillas de mimbre tomando copas.

La mayoría eran mujeres, las de siempre, todas vestidas con ropa de tenis blanca, y cuando me incorporé al grupo, mi sobrio traje negro me proporcionaba la distancia justa requerida por la ocasión.

Las señoras me recibieron con sonrisas. Les dirigí una inclinación de cabeza mientras me sentaba en una silla vacía, pero no las sonreí.

—Será mejor que termine de contárselo en otro momento —decía la señorita Elphinstone—. No creo que al señor vicario le pareciera bien.

Se rio como una tonta y me lanzó una mirada de reojo. Sabía que estaba esperando que yo soltara mi habitual risita nerviosa y dijera mi habitual frasecita

sobre lo tolerante que yo era. Me limité a levantar ligeramente el labio superior hasta dibujar una leve mueca de desprecio (la había estado practicando por la mañana ante el espejo), y dije secamente en voz alta: *Mens sana in corpore sano*.

—¿Qué quiere decir eso? —exclamó—. Repítalo, señor vicario.

—Una mente sana en un cuerpo sano —contesté—. Es un lema familiar.

Después se produjo un silencio bastante largo. Veía que las mujeres se miraban unas a otras frunciendo el ceño y moviendo la cabeza.

—El vicario está de mal humor —declaró la señora Foster—. Creo que necesita una copa.

—Gracias —dije—, pero no bebo nunca. Ya lo sabe usted.

—Déjeme entonces que le traiga un vaso de combinado de frutas bien fresquito.

Esta última frase la pronunció dulce e inesperadamente alguien que se encontraba justo detrás de mí, a la derecha, y en aquella voz había una nota de amabilidad tan auténtica que me di la vuelta.

Vi a una dama de singular belleza, con la que sólo me había encontrado una vez, hacía un mes. Era la señorita Roach, y recordé que me había sorprendido por ser una persona fuera de lo normal. Me había agradado sobre todo su carácter amable y reservado, y el hecho de que me hubiera encontrado a gusto en su presencia implicaba, sin lugar a dudas, que no era una de esas personas que iba a intentar impresionarme.

—Estoy segura de que después de haber recorrido tanta distancia en bicicleta, debe usted estar cansado —decía.

Me giré en la silla y la miré con atención. Era verdaderamente una persona singular: demasiado musculosa para ser mujer, tenía hombros anchos, brazos poderosos y unas pantorrillas enormes. Aún estaba acalorada por los esfuerzos realizados por la tarde y en su cara había un saludable brillo rosado.

—Muchas gracias, señorita Roach —dije—, pero nunca pruebo el alcohol de ningún tipo. Quizás un vasito de refresco de limón...

—El combinado de fruta sólo lleva fruta, Padre^[4].

Me encantaba la gente que me llamaba Padre. La palabra tiene un regustillo militar que evoca visiones de severa disciplina y rango de oficial.

—¿El combinado de frutas? —dijo la señorita Elphinstone—. Es inofensivo.

—Querido amigo, no tiene más que vitamina C —añadió la señorita Foster.

—Es mucho más sano que una limonada con gas —intervino lady Birdwell—. El dióxido de carbono ataca al estómago.

—Le traeré un poco —dijo la señorita Roach, dedicándome una agradable sonrisa, una sonrisa clara y abierta en la que, desde una comisura de los labios a la otra, no había atisbos de astucia ni maldad.

Se levantó y se dirigió a la mesa de las bebidas. La vi cortar una naranja, una manzana, un pepino, y unas uvas y echar los trozos en un vaso. A continuación echó una gran cantidad de líquido de una botella cuya etiqueta no podía leer bien sin mis

gafas, pero en la que me pareció distinguir la palabra JIM o TIM o PIM^[5] o algo parecido.

—Espero que quede bastante —dijo lady Birdwell—. A mis niños, que son muy golosos, les encanta.

—Queda muchísimo —contestó la señorita Roach mientras me traía la bebida y la dejaba encima de la mesa.

Aun antes de probarla comprendí por qué les encantaba a los niños. El líquido era de un rojo ámbar oscuro y había muchos trozos de fruta flotando entre los cubitos de hielo; encima de todo, la señorita Roach había colocado una ramita de menta. Supuse que la menta la habría puesto especialmente para mí, para que estuviera algo menos dulce y para que una combinación, que en otro caso hubiese resultado excesivamente juvenil, tuviera un toque adulto.

—¿Está demasiado empalagoso para usted, Padre?

—Es delicioso —dije, dando un sorbito—. Perfecto.

Era una pena bebérselo de un trago con el trabajo que le había costado hacerlo a la señorita Roach, pero resultaba tan refrescante que no pude evitarlo.

—¡Deje que le haga otro!

Me gustó que se quedara esperando a que yo dejara el vaso encima de la mesa, en lugar de intentar quitármelo de las manos.

—Si yo fuera usted no me comería la menta —dijo la señorita Elphinstone.

—¡Más vale que vaya a casa a buscar otra botella! —exclamó lady Birdwell—. La vas a necesitar, Mildred.

—Sí, por favor —replicó la señorita Roach—. Yo también bebo litros de esto —continuó, dirigiéndose a mí—, y no creo que se pueda decir que estoy precisamente demacrada.

—No, desde luego que no —contesté con entusiasmo.

Estaba observándola de nuevo, mientras me preparaba otra combinación, mirando los músculos cómo se le dibujaban bajo la piel del brazo con el que sujetaba la botella. También su cuello era de una belleza poco común visto desde atrás: no era delgado ni fibroso como el de la mayoría de las bellezas, supuestamente modernas, sino fuerte y grueso, con una ligera arruga a cada lado que seguía el abultado camino marcado por los tendones. No resultaba fácil adivinar la edad de una persona así, pero no creía que tuviera más de cuarenta y ocho o cuarenta y nueve años.

Acababa de terminar mi segundo gran vaso de combinado de frutas cuando empecé a experimentar una sensación sumamente curiosa. Me parecía que flotaba fuera de mi asiento y que cientos de pequeñas oleadas de calor me empujaban por debajo, haciéndome subir más y más arriba. Me sentí ligero como una pompa de jabón y me daba la sensación de que todo a mi alrededor subía, bajaba y giraba suavemente de un lado a otro. Todo era muy agradable y me invadió un deseo casi irresistible de ponerme a cantar.

—¿Se encuentra usted bien?

La voz de la señorita Roach sonaba a kilómetros de distancia, y cuando me volví hacia ella, me sorprendió ver lo cerca que en realidad estaba. Ella también subía y bajaba.

—Maravillosamente —contesté—. Me encuentro estupendamente.

Su rostro era ancho y sonrosado y estaba tan cerca de mí que distinguía la alfombra de vello que cubría sus mejillas y cada pelo iluminado por la luz del sol, que lo hacía brillar cual si fuera de oro. Me di cuenta de pronto de que lo que deseaba era extender la mano para acariciar con mis dedos aquellas mejillas. A decir verdad, si ella hubiera intentado hacerme lo mismo a mí no habría opuesto la mínima resistencia.

—Escuche —dijo con gran dulzura—. ¿Qué le parece si usted y yo nos vamos a dar un paseo por el jardín para ver las flores?

—Estupendo —contesté—. Maravilloso. Lo que usted diga. En el jardín de lady Birdwell hay un pequeño cenador de estilo georgiano que bordea el campo de *croquet*; lo siguiente que recuerdo es que me encontraba sentado en su interior en una especie de chaise-longue con la señorita Roach a mi lado. Tanto ella como yo seguíamos oscilando de arriba abajo, y también el cenador, pero me encontraba maravillosamente bien. Le pregunté a la señorita Roach si le gustaría que le cantase una canción.

—Ahora, no —respondió rodeándome con sus brazos y apretando su pecho contra el mío hasta hacerme daño.

—No haga eso —dije derritiéndome.

—Así está mejor —siguió diciendo—. Mucho mejor, ¿verdad?

Si la señorita Roach o cualquier otra mujer hubiera intentado hacerme algo así una hora antes no sé lo que habría pasado. Creo que probablemente me habría desmayado. A lo mejor hasta me habría muerto. Pero allí estaba, el mismo de antes, disfrutando realmente con el contacto de aquellos enormes brazos desnudos contra mi cuerpo. Además, y eso resultaba lo más sorprendente, empezaba a sentir la necesidad de corresponder. Tomé el lóbulo de su oreja izquierda entre el índice y el pulgar y tiré de él juguetonamente.

—Eres un niño malo —dijo ella.

Tiré más fuerte a la vez que lo apretaba un poco. Esto la excitó hasta tal punto que se puso a gruñir y a resoplar como un cerdo. Empezó a respirar más fuerte, con estertores.

—¡Bésame! —me ordenó.

—¿Cómo? —dije yo.

—¡Que me beses!

En aquel momento vi su boca. Vi, encima de mí, aquella enorme boca que se iba acercando lentamente y empezaba a abrirse; se acercaba cada vez más y se abría también cada vez más; de repente se me revolvió el estómago y me quedé helado de terror.

—¡No! —aullé—. ¡No! ¡No. Mamá, no!

Sólo puedo decir que en mi vida había visto algo más terrorífico que aquella boca. Sencillamente, no podía soportar que se me acercase de aquel modo. Si alguien hubiese intentado darme en la cara con una plancha al rojo vivo, no me habría quedado, ni con mucho, tan de piedra. Los fuertes brazos me rodeaban manteniéndome clavado al asiento, de modo que no podía moverme, y la boca se agrandaba cada vez más; de repente, la vi justo encima de mí, enorme, húmeda como una cueva; al instante siguiente, me encontraba dentro de ella.

Estaba completamente dentro de aquella boca inmensa, tumbado sobre mi vientre encima de la lengua, con los pies en algún punto de la parte posterior de la garganta; sabía por instinto que a menos que consiguiese salir de allí inmediatamente iba a ser tragado vivo, como aquel conejillo. Sentía que mis piernas eran absorbidas garganta abajo, así que estiré rápidamente los brazos, agarré los incisivos inferiores y me aferré a ellos luchando por salvar la vida. Mi cabeza se encontraba cerca de la entrada de la boca y al mirar entre los labios veía un trocito del mundo exterior: la luz del sol brillaba sobre el encerado suelo de madera del cenador y, sobre el suelo, un pie gigantesco con un zapato de tenis blanco.

Con mis dedos hacía presa en el borde de los dientes, y a pesar del movimiento de succión, iba consiguiendo izarme poco a poco hacia la luz del día cuando, súbitamente, los dientes de arriba cayeron sobre mis nudillos y empezaron a morderlos con tal ferocidad que tuve que soltarme. Comencé a deslizarme garganta abajo, con los pies por delante, agarrándome desesperadamente mientras bajaba a lo que podía, pero era todo tan suave y resbaladizo que no pude asirme a ningún sitio. Al pasar por las últimas muelas, a la izquierda, percibí un brillante destello dorado y, unos diez centímetros más adelante, vi encima de mí lo que debía ser la campanilla, colgando del techo de la garganta como una gruesa estalactita roja. Me aferré a ella con las dos manos, pero se me escapó de entre los dedos y seguí cayendo.

Recuerdo que grité pidiendo ayuda aunque apenas podía oír el sonido de mi propia voz sofocada por el ruido del viento que producía la respiración de la dueña de la garganta. Parecía como si un huracán soplara sin cesar, un huracán extraño y errático que era, alternativamente, muy frío (cuando el aire entraba) y muy caliente (cuando volvía a salir).

Conseguí anclar mis codos en un agudo saliente carnosos —supongo que sería la epiglotis— y, por un momento, me mantuve allí colgado, desafiando a la succión y escarbando con los pies para encontrar un sitio firme en la pared de la laringe; pero de un trago enorme, la garganta me dio una gran sacudida y volví a caer.

A partir de entonces no encontré nada más a que agarrarme y seguí cayendo y cayendo hasta que me encontré con las piernas colgando de las primeras estribaciones del estómago, y sentí los lentos y poderosos movimientos peristálticos que tiraban de mis tobillos y me atraían hacia abajo, cada vez más y más hacia abajo...

Muy por encima de mí, afuera, al aire libre, oía el lejano murmullo de voces

femeninas:

—No es posible...

—¡Querida Mildred, pero qué horror...!

—Debe estar loco...

—¡Dios mío, cómo te ha dejado la boca!

—Es un maníaco sexual...

—Es un sádico...

—Alguien tendría que escribir al obispo...

Y luego, la voz de la señorita Roach, más alta que las demás, jurando y parloteando como un periquito:

—¡Suerte tiene de que no le haya matado!, ¡canalla!... Le dije, oiga usted, si quiero que me saquen un diente, iré al dentista, no a un vicario... ¡Ni que le hubiera dado pie para algo!

—¿Dónde está ahora, Mildred?

—Sabe Dios. En el cenador, supongo.

—¡Vamos, chicas, vamos a sacarlo de allí!

¡Dios mío! ¡Dios mío! Ahora, unas tres semanas después, cuando vuelvo a recordar todo este asunto, aún no sé cómo conseguí salir de la pesadilla de aquella tarde espantosa sin perder el juicio.

Una panda de brujas de tal calibre es algo demasiado peligroso como para tomárselo a broma; si me hubieran pillado en el cenador, cuando aún les hervía la sangre, lo más probable es que me hubieran descuartizado allí mismo.

O me hubieran llevado todas, codo con codo, a la comisaría de policía, con lady Birdwell y la señorita Roach encabezando el cortejo por la calle principal del pueblo.

Pero, por supuesto, no me cogieron.

No me cogieron entonces y todavía no me han cogido, y si sigue jugando la suerte a mi favor creo que tengo bastantes posibilidades de eludirlas a todas, al menos durante unos meses, mientras se olvidan de todo lo sucedido.

Como ustedes comprenderán, de momento tengo que recluirme y no participar en actos públicos ni hacer vida social. Considero que, en mi situación actual, escribir es una ocupación muy saludable y paso muchas horas al día jugando con las frases. Me parece que cada una de ellas es como una ruedecilla, y en los últimos tiempos, mi ambición consiste en reunir varios cientos y hacerlas encajar la una detrás de la otra, con ruedas dentadas que sirvan de engranajes, pero conservando un tamaño diferente y girando a una velocidad propia. De vez en cuando intento poner una muy grande junto a otra muy pequeña, de modo que la grande, al girar despacio, haga que se mueva la pequeña tan deprisa como para producir un zumbido. Es complicado.

Por las tardes también canto madrigales, pero echo mucho de menos mi clavicémbalo.

En cualquier caso, no es un sitio tan malo, y me he instalado con la mayor comodidad posible. Se trata de una cámara pequeña, en lo que deber ser el primer

tramo de la curva duodenal, justo antes de que se precipite en vertical hacia abajo, enfrente del riñón derecho. El suelo está bastante nivelado —en realidad, se trata del primer sitio nivelado al que llegué durante aquel terrible descenso por la garganta de la señorita Roach—, y sólo por eso pude conseguir detenerme. Encima de mí veo una especie de abertura carnosa que debe ser el píloro, por donde el estómago desemboca en el intestino delgado (todavía recuerdo alguno de aquellos diagramas que me enseñaba mi madre); por debajo hay un extraño agujerito en la pared, por donde el canal conductor pancreático desemboca en la sección inferior del duodeno.

Todo esto resulta un poco raro para un hombre como yo, de gustos conservadores. Personalmente prefiero los muebles de roble y los suelos de madera. Pero de todos modos hay algo que me gusta mucho: las paredes. Son preciosas blandas, como acolchadas, y tienen la ventaja de que puedo golpearme contra ellas todo lo que quiera sin hacerme daño.

Hay más gente por aquí, varias personas más, lo que resulta bastante sorprendente; pero, gracias a Dios, todos son hombres. Por alguna extraña razón todos llevan batas blancas y no paran de ir y venir como si estuvieran muy ocupados y fuesen muy importantes. En realidad son una panda de tipos sorprendentemente ignorantes. Parece que ni siquiera se dan cuenta de dónde están. Intento decírselo, pero se niegan a escucharme. En ocasiones me enfado tanto y me siento tan frustrado que pierdo la paciencia y me pongo a gritar; entonces aparece en sus rostros una expresión de desconfianza y empiezan a dar marcha atrás lentamente diciendo: «Vamos, vamos, tranquilo. Tranquilícese, vicario. Eso es, sea buen chico. Tranquilícese.»

¿Qué forma de hablar es esa?

Pero hay un hombre mayor que viene a verme todas las mañanas después del desayuno y parece vivir más cerca de la realidad que los demás. Es serio y amable, y supongo que está solo, porque lo que más le gusta es sentarse en mi habitación y oírme hablar. El único problema es que cada vez que tocamos el tema del lugar en que nos encontramos, me dice que va ayudarme a escapar. Esta mañana ha vuelto a insistir y discutimos.

—Pero, ¿no se da usted cuenta —le dije pacientemente— de que yo no quiero escapar?

—¿Por qué no, querido vicario?

—No hago más que explicárselo: porque fuera me están buscando.

—¿Quiénes?

—La señorita Elphinstone, y la señorita Roach, y la señorita Prattley, y todas las demás.

—¡Qué disparate!

—¡Claro que me están buscando! Y supongo que a usted también pero no lo admitirá jamás.

—No amigo mío, no me están buscando.

—Entonces, ¿se puede saber qué hace usted aquí?

Ése fue un buen golpe. Me di cuenta de que no sabía qué contestar.

—Apuesto a que usted también estaba tonteando con la señorita Roach y se lo tragó, lo mismo que a mí. Seguro que eso fue lo que ocurrió, aunque le dé vergüenza admitirlo.

Cuando le dije esto pareció tan triste y derrotado que me dio pena.

—¿Le gustaría que le cantara una canción? —pregunté. Pero se levantó sin contestar y salió en silencio al pasillo.

—¡Ánimo, hombre! —le grité—. No se deprima usted. Siempre hay alguna rosa entre las espinas.

El soldado

Era una de esas noches que le hacían pensar que sabía lo que era ser ciego: sus ojos no podían distinguir ni la sombra de una imagen, ni siquiera la silueta de los árboles recortada contra el cielo.

En la oscuridad empezó a oír leves crujidos en el seto, la respiración de un caballo en el prado, a cierta distancia, el ruido apagado de un casco al mover las patas, y en un momento dado oyó el precipitado vuelo de un pájaro que pasaba cerca de su cabeza.

Se dio la vuelta y empezó a subir el sendero empinado. El perro tiraba de él para indicarle el camino en la oscuridad.

Debe ser casi medianoche, pensó. Eso significaba que pronto sería mañana. Mañana era peor que hoy, el peor día de todos, porque iba a convertirse en hoy, y el hoy era ahora.

El día de hoy no había sido muy agradable, sobre todo por lo de la dichosa astilla. Basta ya, se dijo. No tiene sentido pensar en eso. No sirve de nada pensar en cosas así. Piensa en algo distinto, para variar. Se puede desechar una idea peligrosa sustituyéndola por otra. Retrocede en el tiempo lo más posible. Recuerda cosas de los días felices. Las vacaciones de verano en la playa, la arena mojada, los cubos rojos, las redes para pescar camarones, las rocas resbaladizas por las algas, las pequeñas charcas transparentes, las anémonas de mar, los bígaros, los mejillones y de cuando en cuando una quisquilla gris y transparente flotando en las profundidades de las hermosas aguas verdes.

Pero, ¿cómo demonios pudo haberse clavado aquella astilla en la planta del pie sin darse cuenta?

No tiene importancia. Recuerda los cauríes que buscabas por la orilla, tan deliciosos y perfectos que los llevabas cuidadosamente en la mano hasta llegar a casa, como si fueran joyas; y las pequeñas veneras anaranjadas, las nacaradas conchas de las ostras, los diminutos trocitos de cristal como esmeraldas, un cangrejo ermitaño vivo, un berberecho, la raspa de una raya, y una vez, una sola vez, la mandíbula blanqueada por el mar de un ser humano, con dientes, reluciente y fantástica entre las conchas y los guijarros. ¡Mamá, mira lo que he encontrado! ¡Mira, mamá, mira!

Pero volvamos a lo de la astilla. La verdad es que ella se lo había tomado bastante mal.

«¿Cómo que no lo notaste?», preguntó despectiva.

«Pues que sencillamente no lo noté.»

«Y si te clavo un alfiler en el pie, también dirás que no lo sientes, ¿verdad?»

«Yo no he dicho eso.»

De repente le clavó en el tobillo el alfiler que había usado para sacarle la astilla y como él no se había fijado, no lo notó hasta que la oyó gritar horrorizada. Al mirar hacia abajo vio que el alfiler estaba clavado en la carne casi hasta la mitad, detrás del hueso del tobillo.

«Sácalo», dijo. «Con eso se puede uno envenenar.»

«Pero, ¿es que no lo notas?»

«¿Quieres sacarlo, por favor?»

«¿No te duele?»

«Es un dolor espantoso. Sácamelo.»

«¿Qué diablos te pasa?»

«Ya te he dicho que me duele muchísimo. ¿Es que no me has oído?»

¿Por qué le hacían esas cosas?

Cuando estaba en la playa me daban una pala de madera para que cavase en la arena. Los hoyos estaban completamente vacíos, y cada vez que subía la marea se llenaban hasta que no cabía más agua.

Hace un año el médico le dijo: «Cierre los ojos. Ahora dígame si le tiro del dedo del pie hacia arriba o hacia abajo.»

«Hacia arriba», contestó.

«¿Y ahora?»

«Hacia abajo. No, hacia arriba. Creo que es hacia arriba.» Qué curioso que un cirujano se empeñara en jugar con sus dedos de los pies.

«¿He acertado, doctor?»

«Se ha portado usted muy bien.»

Pero de aquello hacía un año. Entonces se encontraba muy bien. Antes no le pasaban las cosas que le pasaban ahora. Por poner un ejemplo, lo del grifo del cuarto de baño.

¿Por qué una mañana el grifo del agua caliente del cuarto de baño apareció en otro lado? Eso para empezar.

Como comprenderán, no tiene la menor importancia, pero sería interesante saber por qué.

¿Será posible que ella lo haya cambiado, que haya cogido una llave inglesa y lo haya cambiado por la noche, a escondidas?

¿Creen que es posible? Pues, si quieren saber mi opinión, la verdad es que sí. A juzgar por su comportamiento de la última temporada, es muy capaz de haberlo hecho.

Una mujer rara y difícil, eso es lo que era. Hay que reconocer que antes no era así, pero no cabe duda de que últimamente estaba de lo más rara y difícil, sobre todo por la noche.

Sí, por la noche. Ése era el peor momento: la noche.

¿Por qué cuando sacaba la mano derecha de la cama sus dedos no sentían lo que tocaban? Cuando tiró la lámpara ella se despertó y se levantó bruscamente, mientras

él buscaba por el suelo a tientas, en la oscuridad.

«¿Qué haces?»

«Se me ha caído la lámpara. Lo siento.»

«¡Dios mío!», exclamó. «Ayer fue un vaso de agua. ¿Pero qué te pasa?»

Una vez, el médico le pasó una pluma por el dorso de la mano y tampoco sintió nada, pero cuando le arañó con un alfiler sí que lo notó.

«Cierre los ojos. No, no mire. Ciérrelos con fuerza y dígame si esto es caliente o frío.»

«Caliente.»

«¿Y esto?»

«Frío.»

«¿Y esto otro?»

«Frío. No; quiero decir caliente. Sí, está caliente, ¿no?»

«Muy bien», dijo el médico, «se ha portado usted muy bien.»

Pero de aquello hacía un año.

¿Por qué, cuando buscaba a tientas en la oscuridad los interruptores de la luz, últimamente los encontraba a unos cuantos centímetros del sitio que él recordaba perfectamente?

No pienses en eso, se dijo. Lo único que se puede hacer es no pensarlo.

Y siguiendo con el tema, ¿por qué las paredes del salón tenían un tono ligeramente distinto cada día?

Verde, azul verdoso y azul; y a veces..., a veces se entrecruzaban lentamente, como los colores que se ven a través de la neblina que despide el calor de un brasero.

Estos pequeños interrogantes se deslizaban uno a uno, como fichas que van saliendo de una máquina.

¿De quién era la cara que aparecía en la ventana a la hora de cenar, sólo un segundo? ¿De quién eran aquellos ojos?

«¿Qué miras?»

«Nada», contestó, «pero podíamos correr las cortinas, ¿no te parece?»

«Robert, ¿qué estabas mirando?»

«Nada.»

«Entonces, ¿por qué tenías los ojos clavados en la ventana?»

«Podíamos correr las cortinas, ¿no?», repitió.

En ese momento pasaba junto al lugar en que había oído al caballo del prado y volvió a oírlo: la respiración, el golpe sordo de los cascos y el crujido que hacía al pacer, parecido al ruido que se hace al masticar apio.

—Hola, caballito —dijo en voz alta, en la oscuridad—. Hola, tú, caballito.

De pronto oyó los pasos detrás de él, unos pasos lentos y largos que sonaban muy cerca, a sus espaldas, y se paró. Los pasos también se pararon. Se dio la vuelta, escrutando la oscuridad.

—Buenas noches —dijo—. ¿Usted por aquí otra vez?

En el silencio oyó el viento que agitaba las hojas del seto.

—¿Va usted en la misma dirección que yo? —preguntó.

Dio media vuelta y siguió andando. El perro seguía tirando de él. Los pasos se reanudaron, aunque en esta ocasión se oían más apagados, como si quien fuera anduviese de puntillas.

Se detuvo y se dio la vuelta una vez más.

—No le veo —dijo— porque está muy oscuro. ¿Nos conocemos de algo?

De nuevo el silencio, y la fresca brisa de verano en sus mejillas, y el perro que tiraba de la correa, deseoso de llegar a casa.

—Muy bien —gritó—. No me conteste si no quiere, pero acuérdesse de que sé que está usted ahí.

Alguien que quería hacerse el gracioso.

Allá lejos en las alturas, al oeste, oyó el débil zumbido de un avión. Se detuvo y levantó la cabeza, atento.

—Está lejísimos. No se acercará por aquí —dijo.

Pero ¿por qué cuando pasaba un avión por encima de la casa todo parecía parársele dentro, su conversación y todo lo que estuviera haciendo, y se quedaba como paralizado, ya estuviera sentado o de pie, esperando el agudo silbido de la bomba?

«¿Por qué te encoges así?», preguntó ella.

«¿Quién? ¿Yo?»

«¿Por qué te has encogido? ¿Para qué?»

«¿Quién? ¿Yo?», repitió. «No sé a qué te refieres.»

«Seguro que no», replicó ella, lanzándole una mirada con aquellos ojos suyos tan duros, de un azul casi blanco, los párpados ligeramente caídos, como siempre que estaban cargados de desprecio. A él la caída de sus párpados le parecía una cosa muy bonita, los ojos entrecerrados y aquel modo de entornar los párpados y los ojos velados cuando su desprecio era infinito.

Ayer, tumbado en la cama al amanecer, cuando acababa de empezar el estrépito de la artillería allá abajo, en el valle, extendió la mano izquierda y tocó el cuerpo de la mujer para tranquilizarse.

«¿Qué diablos haces?»

«Nada, cariño.»

«Me has despertado.»

«Lo siento.»

Sentiría alivio sólo con que al amanecer, cuando empezaba a oír el ruido de los disparos, ella le dejara acercarse un poco.

Pronto llegaría a casa. Al doblar la última curva del camino vio un resplandor rosa por las cortinas de la ventana del salón; se dirigió a la verja con rapidez, la atravesó y recorrió el sendero que llevaba a la puerta. El perro seguía tirando de él.

Se detuvo en el porche y buscó a tientas el picaporte.

Cuando salió estaba a la derecha. Se acordaba perfectamente de que, hacía media hora, cuando cerró la puerta, el picaporte estaba a la derecha.

¡No podía haber cambiado aquello también! ¿Para qué? ¿Para confundirlo? ¿Sería posible que hubiera cogido la caja de las herramientas y lo hubiera colocado al otro lado mientras él estaba fuera paseando al perro?

Movió la mano hacia la izquierda, y en el preciso instante en que sus dedos tocaron el picaporte, en su cabeza se desencadenó una explosión pequeña pero violenta, que le provocó una oleada de ira, de indignación y de miedo. Abrió la puerta, la cerró rápidamente y gritó:

—¡Edna! ¿Estás ahí?

Como no contestó nadie, volvió a gritar, y ella le oyó.

—¿Qué quieres? Me has despertado.

—Baja un momento, haz el favor. Quiero hablar contigo.

—¡Dios del cielo! —exclamó ella—. ¡Vamos, cállate y sube!

—¡Ven aquí! —gritó él—. ¡Ven aquí inmediatamente!

—¡Estás tú listo! Sube tú.

El hombre se detuvo, con la cabeza echada hacia atrás, y miró a lo alto de la escalera, intentando penetrar en la oscuridad del segundo piso. La barandilla se curvaba hacia la izquierda y seguía hacia arriba hasta perderse de vista en la oscuridad del rellano, y al cruzar éste se llegaba al dormitorio, que también estaría a oscuras.

—¡Edna! —gritó—. ¡Edna!

—¡Vete al infierno!

Empezó a subir lentamente la escalera. Caminaba en silencio, apoyándose en la barandilla para guiarse hasta torcer a la izquierda e internarse en las tinieblas del piso superior. Al llegar al final dio un paso en falso al subir un escalón inexistente, pero ya estaba preparado y no hizo ruido. Se paró un momento a escuchar; no estaba seguro, pero le pareció oír de nuevo el ruido de la artillería, a lo lejos, en el valle. Era sobre todo material pesado, setenta y cinco, y al fondo, quizás un par de morteros.

Le quedaba por atravesar el rellano y traspasar la puerta, que estaba abierta —era fácil hacerlo a oscuras, porque lo conocía muy bien— para llegar a la alfombra del dormitorio, que era gruesa y mullida, de color gris pálido, aunque ni la sentía ni la veía.

Esperó en el centro de la habitación, pendiente de los ruidos. Ella se había vuelto a dormir. Respiraba ruidosamente, y el aire expulsado producía un ligerísimo silbido al pasar entre los dientes. La cortina se agitaba suavemente en la ventana abierta y se oía el tic-tac del despertador al lado de la cama.

Ahora que sus ojos se iban acostumbrando a la oscuridad podía distinguir el borde la cama, la manta blanca remetida bajo el colchón, el bulto de sus pies bajo las sábanas. Como si notara la presencia del hombre en la habitación, la mujer se movió. La oyó darse una vuelta y luego otra. El ruido de su respiración cesó. Hubo una

sucesión de movimientos y ruiditos y una vez crujieron los muelles del somier, que en la oscuridad sonaron como un grito.

—¿Eres tú, Robert?

El hombre no hizo ningún movimiento, ningún ruido.

—Robert, ¿estás ahí?

La voz le resultó extraña y bastante desagradable.

—¡Robert! —se había despertado por completo—. ¿Dónde estás?

¿Dónde había oído aquella voz? Tenía un tono estridente, discordante, como al tocar dos notas agudas y disonantes. Además, pronunciaba mal la R de Robert. ¿Quién lo llamaba siempre Wobert?

—Wobert —repitió la voz—, ¿qué haces?

¿Era aquella enfermera del hospital, la alta del pelo rubio? No, era mucho antes. Tenía que acordarse de una voz tan espantosa como aquélla. Recordaría el nombre en poco tiempo.

En ese momento oyó el chasquido del interruptor de la lamparita de la mesilla de noche y el haz de luz le permitió ver a la mujer, que estaba medio incorporada en la cama, con una especie de camisón rosa. En su rostro y en sus ojos, muy abiertos, había una expresión de sorpresa. Tenía las mejillas y la barbilla grasientas de crema.

—Será mejor que sueltes eso —decía—, no vaya a ser que te cortes.

—¿Dónde está Edna?

La miraba con dureza.

La mujer, casi sentada, le observaba atentamente. Él seguía a los pies de la cama. Era un hombre fuerte, enorme; estaba inmóvil y erguido, con los talones juntos, casi en posición de firmes, embutido en su grueso traje de lana marrón oscuro.

—Venga, deja eso —le ordenó.

—¿Dónde está Edna?

—¿Qué te pasa, Wobert?

—No me pasa nada. Lo único que quiero saber es dónde está mi esposa.

La mujer se incorporó poco a poco en la cama hasta sentarse y deslizó las piernas hacia el borde de la cama.

—Pues para que te enteres —respondió al cabo de un rato, con una voz distinta y una expresión furtiva y astuta en sus ojos duros, de un azul casi blanco—, Edna se ha marchado. Acaba de salir ahora mismo, mientras tú estabas fuera.

—¿Adónde ha ido?

—No me lo ha dicho.

—¿Y usted quién es?

—Una amiga suya.

—No tiene que gritarme —dijo—. ¿A qué viene tanta excitación?

—Sólo quiero que te enteres de que no soy Edna. El hombre reflexionó unos momentos y dijo:

—¿Cómo sabe usted mi nombre?

—Me lo ha dicho Edna.

El hombre se calló y la examinó detenidamente, aún sorprendido, pero mucho más tranquilo. Sus ojos también estaban tranquilos y miraban a la mujer con un aire ligeramente divertido.

—Creo que prefiero a Edna.

Los dos se quedaron inmóviles, en silencio. La mujer estaba en tensión, erguida, con los brazos rígidos pegados al cuerpo, ligeramente doblados por los codos, y las manos con las palmas apretadas contra el colchón.

—Es que yo quiero a Edna. ¿No se lo ha contado?

La mujer no respondió.

—Pienso que es una zorra, pero lo más gracioso es que la quiero a pesar de todo.

La mujer no le miraba a la cara; tenía los ojos clavados en la mano derecha de Robert.

—Edna es una zorra, mala y cruel.

Volvió a hacerse el silencio. El hombre seguía inmóvil, y la mujer, sentada en la cama, igualmente inmóvil. El silencio era tan profundo que por la ventana abierta oyeron caer agua del molino a la presa en una lejana granja del valle.

El hombre volvió a hablar tranquila y lentamente, en un tono impersonal:

—En realidad, creo que ya ni siquiera le gusto.

La mujer se acercó más al borde de la cama.

—Deja ese cuchillo —dijo—, no vaya a ser que te cortes.

—Por favor, no grite. ¿No puede hablar más bajo?

De repente se inclinó hacia adelante y se puso a observar con atención el rostro de la mujer. Alzó las cejas.

—Es extraño —dijo—. Muy extraño.

Dio un paso y tocó la cama con las rodillas.

—Se parece usted un poco a Edna.

—Le he dicho que Edna se ha ido.

Continuó observándola y la mujer siguió inmóvil, apretando el colchón con las palmas de las manos.

—Sí —dijo él—. Es curioso.

—Ya le he dicho que Edna ha salido. Yo soy una amiga suya. Me llamo Mary.

—Mi mujer —añadió el hombre— tiene un lunarcito marrón detrás de la oreja izquierda. No lo tendrá usted también, ¿verdad?

—Claro que no.

—Vuelva la cabeza y déjeme verlo.

—Le he dicho que no tengo un lunar.

—Pero yo quiero comprobarlo.

El hombre rodeó lentamente la cama.

—Quédese ahí —dijo—. No se mueva, por favor.

Se acercó a ella despacio, sin dejar de mirarla, esbozando una ligera sonrisa.

La mujer esperó hasta tenerlo a su alcance; le golpeó con todas sus fuerzas en plena cara con la mano derecha, con tal rapidez que no le dio tiempo a verla. Cuando el hombre se sentó en la cama y se puso a llorar, ella le quitó el cuchillo, salió apresuradamente de la habitación y bajó la escalera hasta el vestíbulo, donde estaba el teléfono.

La máquina de sonido

Era una cálida tarde de verano y Klausner traspasó rápidamente la verja, rodeó la casa y entró por la puerta trasera del jardín. Lo atravesó y llegó a un cobertizo de madera; abrió la puerta, entró y la cerró.

Por dentro, el cobertizo era una habitación sin pintar. A la izquierda, contra una de las paredes, había un banco de trabajo alargado, de madera, y encima, entre una maraña de cables, baterías y pequeñas herramientas afiladas, se veía una caja negra de un metro de longitud, aproximadamente, en forma de ataúd de niño.

Klausner cruzó la habitación y llegó hasta la caja. La tapa estaba abierta; se agachó y se puso a hurgar entre un montón de cables de distintos colores y de tubos plateados. Cogió un papel que había junto a la caja, lo examinó detenidamente, lo dejó sobre la mesa, escudriñó en el interior de la caja y recorrió los cables con los dedos, dándoles delicados golpecitos para comprobar las conexiones al tiempo que lanzaba una ojeada al papel, volvía a mirar la caja y así sucesivamente. Quería asegurarse de que cada cable estaba en su sitio. Esta tarea le llevó al menos una hora.

Después puso una mano en la parte delantera de la caja, donde había tres discos, y empezó a darles vueltas, observando al mismo tiempo el mecanismo del interior. No paraba de hablar para sus adentros; meneaba la cabeza, a veces sonreía, y movía las manos continuamente: los dedos recorrían con rapidez y habilidad los cables. Cuando se topaba con algo delicado o difícil torcía la boca y decía: «Sí..., eso es... Y ahora esto... Sí... ¿Estará bien?... ¿Dónde he puesto el diagrama?... Claro, claro... Eso es... Muy bien...» Estaba profundamente concentrado y sus movimientos eran rápidos; trabajaba como si tuviera mucha prisa, jadeante, con excitación contenida.

De pronto oyó unas pisadas en el sendero de grava; se enderezó y se dio la vuelta bruscamente cuando se abrió la puerta y entró un hombre alto. Era Scott. Scott, el médico.

—Vaya, vaya —dijo el médico—, así que aquí es donde se esconde por las noches.

—Hola, Scott —replicó Klausner.

—Pasaba por aquí —dijo el médico— y se me ocurrió acercarme a ver qué tal se encontraba. Como no había nadie en la casa he bajado aquí. ¿Cómo va esa garganta?

—Bien. Perfectamente.

—Ya que estoy aquí podría echarle un vistazo.

—No se moleste, por favor. Se me ha curado.

El médico empezó a notar la atmósfera de tensión que reinaba en la habitación. Miró la caja negra y después miró a Klausner.

—Lleva usted el sombrero puesto.

—¿Ah, sí?

Klausner levantó una mano, se quitó el sombrero y lo dejó en el banco.

El médico se acercó y se agachó para ver la caja por dentro.

—¿Qué es esto? —preguntó—. ¿Está haciendo una radio?

—No, es algo sin importancia.

—Tiene unas tripas muy complicadas.

—Sí.

Klausner parecía estar en tensión, distraído.

—¿Qué es? —repitió el médico—. Da un poco de susto, ¿no?

—Es sólo una idea.

—Ya.

—Son cosas de sonido.

—¡Qué barbaridad! ¿Es que no se cansa de hacer lo mismo todo el santo día en el trabajo?

—Me gusta el sonido.

—Ya veo —el médico fue hasta la puerta, se dio la vuelta y dijo—: Bueno, no le entretengo más. Me alegro de que ya no le dé la lata la garganta.

Pero siguió donde estaba, mirando la caja, intrigado por la extraordinaria complejidad de los cables, deseoso de saber qué se traía entre manos aquel extraño paciente suyo.

—¿Para qué sirve? —preguntó—. Me ha picado la curiosidad.

Klausner posó la mirada en la caja, después en el médico; levantó una mano y se rascó lentamente el lóbulo de la oreja derecha. Se hizo el silencio. El médico estaba junto a la puerta, esperando sonriente.

—Está bien. Si tanto le interesa se lo diré.

Se hizo el silencio de nuevo, y el médico observó que Klausner no sabía por dónde empezar. Cambiaba el peso del cuerpo de un pie a otro, se daba golpecitos en el lóbulo, se miraba los pies, hasta que por fin dijo lentamente:

—Pues se trata de lo siguiente... La teoría es muy sencilla. El oído humano..., ya sabe usted que no puede captarlo todo. Hay sonidos tan graves o tan agudos que es imposible oírlos.

—Sí —replicó el médico—. Desde luego.

—Pues, hablando en términos muy generales, no podemos oír una nota tan aguda que dé más de quince mil vibraciones por segundo. Los perros tienen mejor oído que nosotros. Usted sabe que hay silbatos con una nota tan aguda que el oído humano no la percibe; pero los perros, sí.

—Sí, he visto uno —dijo el médico.

—Claro. Y en una parte más elevada de la escala hay otra nota más aguda que la de ese silbato, una vibración —aunque yo prefiero llamarla nota— que tampoco podemos oír. Y por encima de esa hay muchas más, que van subiendo en la escala indefinidamente..., es una sucesión ilimitada de notas. Si nuestros oídos pudieran

captarla, entre todas ellas hay una nota tan aguda que vibra un millón de veces por segundo, y otra con un millón de vibraciones más..., y así sucesivamente, cada vez más aguda, hasta donde se puede contar con números. Es... el infinito, la eternidad... Está más allá de las estrellas.

Klausner se animaba por momentos. Era un hombrecillo frágil, nervioso, lleno de tics, que nunca dejaba las manos quietas. Inclina la cabezota sobre el hombro izquierdo como si no tuviera suficiente fuerza en el cuello para mantenerla derecha. Su cara era fina y pálida, casi blanca, y los ojos miopes, de un gris deslavazado, hacían guiños tras unas gafas con montura de acero, perplejos, lejanos, perdidos. Era un hombrecillo frágil, un hombrecillo nervioso y lleno de tics, una menudencia de persona, soñador y distraído; se animaba de repente, como una campanilla, y el médico, al mirar aquella extraña cara pálida y aquellos ojos grises, sintió que en aquella personilla había algo muy lejano, inconmensurablemente lejano, como si la mente se encontrase infinitamente separada del cuerpo.

El médico esperó a que siguiese hablando. Klausner suspiró y entrelazó las manos con fuerza.

—Yo pienso —dijo aún con mayor lentitud— que estamos rodeados por un mundo de sonidos que no podemos percibir. Es posible que en esas esferas de notas agudas inaudibles se esté haciendo una música nueva, fascinante, con armonías sutiles y disonancias chirriantes, una música tan poderosa que si nuestros oídos la captasen nos volveríamos locos. Puede haber cualquier cosa..., cualquier cosa...

—Sí —dijo el médico—; pero no es muy probable.

—¿Por qué no? ¿Por qué? —Klausner señaló una mosca que se había posado en un rollo de cable de cobre sobre el banco de trabajo—. Fíjese en esa mosca. ¿Qué sonido está haciendo? Ninguno..., que nosotros podamos oír, pero es posible que esté silbando como loca en un tono muy agudo o ladrando, o croando o cantando una canción. Tiene boca, ¿no? ¡Y garganta!

El médico miró la mosca y sonrió. Seguía junto a la puerta, con la mano en el picaporte.

—¿Y lo que usted quiere hacer es comprobarlo? —preguntó.

—Hace algún tiempo —dijo Klausner— construí un aparato muy sencillo que me demostró la existencia de múltiples sonidos inaudibles, muy extraños. Muchas veces me he parado a observar la aguja de ese aparato, que registra la existencia de vibraciones de sonido en el aire, aunque yo no pueda oírlas. Y esos son precisamente los sonidos que quiero captar. Quiero saber de dónde vienen y quién o que los produce.

—Y esa máquina que hay encima de la mesa —dijo el médico—, ¿le permitirá oír esos sonidos?

—Es posible. ¿Quién sabe? Hasta ahora no he tenido suerte, pero he introducido algunos cambios, y esta noche voy a hacer otra prueba. Esta máquina —añadió, acariciándola— está ideada para recoger las vibraciones de sonido que son demasiado

agudas para que las capte el oído humano para pasarlas a una escala de tonos audibles. La sintoniza casi como si fuera una radio.

—¿Qué quiere decir?

—No es muy complicado. Pongamos que quiero oír el graznido de un murciélago, que es un sonido muy agudo, de unas treinta mil vibraciones por segundo. El oído humano no lo capta. Bien, pues si hubiera un murciélago volando por esta habitación y yo sintonizara mi máquina a treinta mil, oiría claramente el graznido. Incluso oiría la nota —fa sostenido o mi bemol, o lo que fuera—, pero en un tono mucho más grave. ¿Lo entiende?

El médico miró la alargada caja negra en forma de ataúd.

—¿Y piensa hacer la prueba esta noche?

—Sí.

—Pues que tenga suerte —consultó su reloj—. ¡Dios mío! —exclamó—. Tengo que irme volando. Adiós, y gracias por la explicación. Le haré una visita otro día para ver qué ha pasado.

El médico salió y cerró la puerta.

Klausner siguió enredando con los cables de la caja un buen rato; después se enderezó y dijo en un débil susurro: «Vamos a intentarlo otra vez... La sacaremos al jardín. Quizás allí..., sea mejor la recepción. Ahora hay que levantarla... con cuidado. ¡Cómo pesa, Dios!».

Cogió la caja, fue hasta la puerta, comprobó que no podía abrirla sin dejar la máquina en el suelo, volvió a dejarla en la mesa, abrió la puerta y trasladó el artefacto con dificultad al jardín. Lo colocó cuidadosamente en una mesita de madera que había en el césped. Volvió al cobertizo y cogió los auriculares. Conectó el cable de éstos a la máquina y se los puso. Los movimientos de sus manos eran rápidos y precisos. Estaba excitado y respiraba ruidosamente y muy deprisa. No paraba de hablar para sus adentros, con frasecitas de ánimo, como si tuviera miedo, miedo de que la máquina no funcionara y también de lo que ocurriría en caso de que funcionara.

Se quedó junto a la mesa de madera del jardín; tan pálido, bajo y delgado, parecía un anciano, un niño tísico, con gafas. Se había ocultado el sol. No había viento, no se oía ningún ruido. Desde el lugar en que se encontraba veía el jardín de al lado por encima de una valla. Una mujer paseaba por él con una cesta de flores en el brazo. La observó un rato sin pensar en ella. Después se volvió hacia la máquina, que estaba sobre la mesa, y oprimió un interruptor de la parte delantera. Colocó la mano izquierda sobre el control del volumen y la derecha en el botón que movía una aguja en una gran esfera situada en el centro, como la esfera de la longitud de onda de una radio. Tenía muchos números distribuidos en una serie de bandas, desde 15.000 hasta 1.000.000.

Estaba inclinado sobre la máquina. Tenía la cabeza ladeada, en tensión y escuchaba atentamente. Empezó a girar el botón con la mano derecha. La aguja se

desplazaba con lentitud por la esfera, tan despacio que apenas la veía moverse, y en los auriculares percibía un crujido leve, espasmódico.

En medio de aquel crujido oyó un zumbido lejano que correspondía a la máquina, pero nada más. De pronto tomó conciencia de una sensación extraña, como si se le separasen los oídos de la cabeza, como si estuvieran conectados por un delgado cable, a modo de tentáculos, y sintió que los cables se alargaban, que los oídos se elevaban hacia un lugar secreto y prohibido, una región ultrasónica peligrosa a la que no habían llegado jamás y en la que no tenían derecho a estar.

La aguja se deslizaba lentamente por la esfera, y de repente oyó un chillido, un chillido penetrante, espantoso. Dio un respingo y bajó las manos, agarrándose al borde de la mesa. Miró a su alrededor como si esperase ver a la persona que había gritado. No había nadie, salvo la mujer del jardín de al lado, y no había sido ella, indudablemente. Estaba agachada, cortando rosas amarillas y metiéndolas en la cesta.

Volvió a repetirse el grito, emitido por una garganta no humana, agudo y breve, muy claro y cortante. La nota tenía un tono menor, metálico, que no había oído nunca. Klausner miró a su alrededor una vez más, buscando instintivamente al que había producido aquel ruido. El único ser vivo era la mujer del jardín. La vio extender la mano, coger una rosa por el tallo entre los dedos y cortarla con unas tijeras. Oyó el grito de nuevo. Se produjo justo cuando la mujer cortaba el tallo.

En ese momento la mujer se enderezó, metió las tijeras en la cesta, junto a las rosas y se alejó.

—¡Señora Saunders! —gritó Klausner con una voz estridente por la excitación—. ¡Señora Saunders!

Al darse la vuelta, la mujer vio a su vecino en el césped, un personajillo curioso que agitaba los brazos con unos auriculares en la cabeza y la llamaba dando tales voces que se asustó.

—¡Corte otra rosa! ¡Se lo ruego, corte otra rosa en seguida!

Ella se quedó inmóvil, mirándolo de hito en hito.

—Pero señor Klausner, ¿qué le pasa? —preguntó.

—Por favor, haga lo que le pido —respondió—. ¡Corte otra rosa!

La señora Saunders siempre había pensado que su vecino era un poco raro; pero en aquel momento parecía que se hubiera vuelto completamente loco. Estuvo a punto de echar a correr hacia su casa para buscar a su marido, pero decidió que era mejor no hacerlo. Es inofensivo, pensó. Le seguiré la corriente.

—Si se empeña, lo haré con mucho gusto, señor Klausner —dijo.

Sacó las tijeras de la cesta, se agachó y cortó una rosa. Klausner volvió a oír aquel chillido espantoso, emitido por una garganta no humana, y justo en el momento en que cortaban el tallo. Se quitó los auriculares y corrió hacia la valla que separaba los dos jardines.

—Gracias —dijo—. Es suficiente. No corte más, por favor. La mujer siguió donde estaba, inmóvil, con una rosa amarilla en la mano y las tijeras en la otra,

mirándolo.

—Voy a decirle una cosa, señora Saunders —dijo Klausner—, algo que seguramente no creerá. —Puso las manos sobre la valla y la miró intensamente con sus ojos miopes a través de las gruesas gafas—. Esta tarde ha cortado usted una cesta de rosas. Con unas tijeras afiladas ha arrancado los tallos de unos seres vivos, y cada rosa que cortaba gritaba de una forma horrorosa. ¿Lo sabía, señora Saunders?

—No —contestó la mujer—. Francamente, no lo sabía.

—Pues es verdad —continuó Klausner. Respiraba muy de prisa, pero hacía esfuerzos por dominar su excitación—. Yo he oído sus chillidos. Cada vez que cortaba una oía un grito de dolor, un sonido muy agudo de treinta y dos mil cien vibraciones por segundo, aproximadamente. Usted no podía oírlos, pero yo sí.

—¿En serio, señor Klausner?

La señora Saunders se propuso salir disparada hacia su casa en el plazo de cinco segundos.

—Podría usted objetar —añadió Klausner— que un rosal no tiene sistema nervioso para sentir ni garganta para gritar. Pero ¿cómo sabe usted eso, señora Saunders? —Y al llegar a este punto se inclinó más sobre la valla y pronunció las palabras con rabia, en un susurro—, ¿cómo sabe usted que una rosa no siente tanto dolor cuando le cortan el tallo por la mitad como el que sentiría usted si le arrancasen la muñeca con unas tijeras? ¿Cómo puede saberlo? Es un ser vivo, ¿no?

—Sí, señor Klausner, desde luego. En fin... Buenas noches. Se dio la vuelta rápidamente y corrió hacia su casa. Klausner regresó a la mesa. Se colocó los auriculares y se quedó escuchando un rato. Oyó el débil crujido y el zumbido de la máquina, pero nada más. Se agachó a coger una margarita blanca del césped. La tomó entre el índice y el pulgar y tiró lentamente hacia arriba y hacia los lados hasta que se rompió el tallo.

Desde que empezó a tirar hasta el momento en que se rompió el tallo oyó —con toda claridad, por los auriculares— un débil grito, muy agudo, extrañamente inanimado. Cogió otra margarita e hizo lo mismo. Oyó el grito una vez más, pero no pudo asegurar si expresaba dolor. No, no era dolor, sino sorpresa. ¿O no? No expresaba ninguno de los sentimientos emociones propios del ser humano. Era simplemente un grito, un grito neutro, glacial, una nota desprovista de emoción que no expresaba nada. Lo mismo había ocurrido con las rosas. Se había equivocado al juzgarlo un grito de dolor. Probablemente una flor no podía sentirlo; se trataba de otra cosa que los humanos desconocemos, algo llamado doper, o trastigio, o llataria, vaya usted a saber.

Se levantó y se quitó los auriculares. Empezaba a oscurecer y vio unos destellos de luz que refulgían en las ventanas de las casas de alrededor. Levantó la caja negra de la mesa con mucho cuidado, la llevó al cobertizo y la colocó sobre banco de trabajo. Después salió, cerró la puerta con llave y subió a su casa.

A la mañana siguiente Klausner se levantó en cuanto hubo luz. Se vistió y acto

seguido se dirigió al cobertizo. Cogió la máquina y la sacó al jardín, apretándola contra el pecho con ambas manos, caminando con pasos inseguros por el peso. Dejó atrás la casa, traspasó la verja, cruzó la carretera y se internó en el parque. Al llegar allí se detuvo y miró a alrededor; después continuó hasta llegar a un árbol grande, un haya, y dejó la máquina en el suelo, junto al tronco. Regresó a la casa rápidamente, cogió un hacha de la carbonera y la llevó al parque. También la dejó en el suelo, junto árbol.

Volvió a mirar nerviosamente en todas las direcciones tras sus gruesas gafas. No había nadie. Eran las seis.

Se colocó los auriculares y conectó la máquina. Prestó atención unos momentos al débil zumbido que ya le resultaba familiar; a continuación cogió el hacha, separó bien las piernas y acometió la base del tronco con todas sus fuerza La hoja se clavó en la madera y allí se quedó, y en el momento del golpe oyó un ruido extrañísimo en los auriculares. Era un sonido nuevo que no se parecía a ningún otro que hubiera oído antes, áspero, desafinado, tremendo, como un chillido agudo, pero parecido a un gemido que duró un minuto, en un tono más elevado cuando el hacha se puso en contacto con la madera y que se fue debilitando hasta extinguirse.

Klausner clavó los ojos horrorizado en el lugar en que se había quedado la hoja; agarró con delicadeza el mango, desprendió la hoja y arrojó el arma al suelo. Tocó la hendidura que había dejado en la madera, acarició los bordes, tratando de unirlos para cerrar la herida, sin dejar de decir: «árbol..., lo siento muchísimo, arbolito, pero te curarás, ya lo veras...»

Se quedó un rato allí, con las manos pegadas al tronco del gran árbol. Se dio la vuelta bruscamente y echó a correr por el parque, cruzó la carretera, cruzó la verja y entró en la casa. Se dirigió al teléfono, consultó la guía, marcó un número y esperó. Sujetaba el receptor con fuerza con la mano izquierda, y con la derecha daba golpecitos de impaciencia sobre la mesa. Oyó el zumbido del teléfono al otro extremo del hilo; después, un chasquido cuando descolgaron el aparato y la voz de un hombre adormilado: «¿Diga?»

—¿Doctor Scott?

—Sí, soy yo.

—Doctor Scott, venga en seguida, por favor.

—¿Quién es usted?

—Soy Klausner. ¿Recuerda lo que le conté anoche sobre mis experimentos con el sonido y que esperaba que...?

—Sí, claro; pero ¿qué ocurre? ¿Está enfermo?

—No, pero es que...

—Oiga, son las seis y media de la mañana —replicó el médico—, y me llama usted para decirme que no está enfermo.

—Por favor, venga. Venga en seguida. Necesito que lo oiga alguien. ¡Voy a volverme loco! No puedo creerlo...

El médico notó el tono frenético, casi histérico de la voz de Klausner, el mismo que estaba acostumbrado a oír en las voces de las personas que lo llamaban y decían: «Ha habido un accidente. Venga en seguida.» Contestó muy despacio:

—¿De verdad quiere que me levante de la cama y vaya a su casa?

—Sí, por favor. Inmediatamente.

—Está bien. Ahora mismo voy.

Klausner se sentó junto al teléfono a esperar. Intentó recordar el grito del árbol, pero no lo logró. Sólo recordaba que había sido algo tremendo, horripilante, y que casi se había mareado de miedo. Trató de imaginar el ruido que haría un ser humano si tuviera que estar atado al suelo mientras alguien le clavaba deliberadamente un objeto afilado en una pierna, de modo que la hoja profundizase y hurgase en la herida. ¿Sería el mismo? No, sería distinto. El que hacían los árboles era peor que cualquier sonido humano conocido por aquel tono horripilante, discordante, como si no proviniera de una garganta. Empezó a pensar en otros seres vivos y se concentró en un tragal, con sus espigas erguidas, vivas amarillas, la segadora atravesándolo y cortando los tallos, quinientos por segundo. Dios mío, ¿cómo sería ese ruido? Quinientas espigas chillando juntas y al segundo siguiente otras quinientas espigas cortadas y chillando, y no, pensó, no quiero ir a un tragal con mi máquina. No volveré a comer pan en mi vida. Pero ¿y las patatas, las coles, las cebollas, la zanahorias? ¿Y las manzanas? ¡Ah, no! A las manzanas no les pasa nada. No hay más que dejarlas caer; no hace falta arrancarlas de la rama del árbol. Pero no es lo mismo con las verduras. Pongamos por caso una patata. Indudablemente gritaría, y también una zanahoria, o una cebolla, o una col.

Oyó el chasquido del pestillo de la verja; se levantó de un salto, salió y vio al médico en el sendero, con el pequeño maletín en la mano.

—Vamos a ver —dijo el médico—. ¿Qué ha pasado?

—Venga conmigo, doctor. Quiero que lo oiga. Le he llamado porque usted es la única persona a la que se lo he contado. Está al otro lado de la carretera, en el parque. Venga, se lo ruego.

El médico le miró. Parecía más tranquilo. No se apreciaba ningún síntoma de locura o histeria; sencillamente, estaba nervioso y excitado.

Cruzaron la carretera y se internaron en el parque. Klausner llevó al médico hasta la gran haya, a cuyo pie se encontraba la caja negra en forma de ataúd que contenía la máquina... y el hacha.

—¿Por qué la ha traído aquí? —preguntó el médico.

—Necesitaba un árbol, y en el jardín no hay árboles grandes.

—¿Y el hacha?

—Lo verá dentro de un momento. Pero por favor, póngase los auriculares y escuche. Escuche con atención y dígame exactamente qué oye. Quiero que se asegure bien...

El médico sonrió, cogió los auriculares y se los puso.

Klausner se agachó, apretó el interruptor de la máquina; a continuación cogió el hacha y separó bien las piernas, blandiendo el arma. Se quedó parado unos momentos.

—¿Oye usted algo? —le preguntó al médico.

—¿Que si qué?

—Que si oye algo.

—Sólo un zumbido.

Klausner estaba con el hacha en la mano tratando de cobrar ánimos para dar el golpe, pero el pensar en el ruido que haría el árbol le obligó a detenerse una vez más.

—¿A qué espera? —preguntó el médico.

—A nada —contestó Klausner.

Levantó el hacha y golpeó el árbol, y al hacer el movimiento creyó sentir, juraría que lo había sentido, un temblor en el suelo. Notó un leve desplazamiento de la tierra sobre la que tenía los pies, como si las raíces del árbol se movieran en el subsuelo, pero era demasiado tarde para parar el golpe, y la hoja del hacha se clavó en el árbol y hurgó en la madera. En ese momento se oyó un crujido en lo alto al astillarse la madera, y un silbido al rozar las ramas contra las hojas. Los dos hombres alzaron los ojos y el médico exclamó:

—¡Cuidado! ¡Corra, deprisa!

El médico se había arrancado los auriculares y se alejaba del árbol rápidamente; pero Klausner seguía allí, como hechizado, contemplando la enorme rama, de al menos dos metros, que se doblaba lentamente hacia abajo, partiéndose y astillándose en el punto más grueso, por donde se unía con el tronco. La rama se desmoronó con gran estrépito y Klausner saltó a un lado justo a tiempo. Cayó sobre la máquina y la hizo pedazos.

—¡Dios mío! —exclamó el médico mientras regresaba corriendo—. ¡Por qué poco! ¡Creía que le había alcanzado!

Klausner tenía los ojos clavados en el árbol. La enorme cabeza estaba ladeada y en su rostro blanco y fino había una expresión de horror. Se acercó despacio al árbol y con delicadeza desclavó la hoja del tronco.

—¿Lo ha oído? —preguntó, volviéndose hacia el médico.

Su voz apenas era perceptible.

El médico seguía jadeante por la carrera y la excitación.

—¿Qué si he oído qué?

—Con los auriculares. ¿Oyó algo cuando el hacha se clavó en el tronco?

El médico se frotó la nuca.

—Pues la verdad... —respondió. Se calló, frunció el ceño y se mordió el labio inferior—. No, no estoy seguro. Creo que no tuve puestos los auriculares más de un segundo después del hachazo.

—Sí, pero ¿qué oyó?

—No lo sé —respondió el médico—. No sé qué oí. Probablemente, el ruido de la

rama al romperse.

Lo dijo bruscamente, con irritación.

—¿Cómo sonaba? —Klausner se inclinó hacia adelante ligeramente, mirando con fijeza al médico—. ¿Cómo sonaba exactamente?

—¡Yo qué sé, demonios! —exclamó el médico—. Lo que más me interesaba era quitarme de allí en medio. Olvidemos este asunto.

—Doctor Scott, ¿cómo sonaba?

—Por lo que más quiera, ¿cómo voy a saberlo, si se me estaba cayendo medio árbol encima y tuve que echar a correr?

Parecía realmente nervioso. Klausner se dio cuenta. Se quedó inmóvil mirando al médico de hito en hito y guardó silencio durante medio minuto. El médico movió los pies, se encogió de hombros y se dio la vuelta.

—Bueno, será mejor que volvamos —dijo.

—Oiga —dijo el hombrecillo, al tiempo que su cara pálida y lisa se teñía de color—, oiga, cosa esto —señaló la última grieta que había hecho en el tronco del árbol—. Cósalo en seguida.

—No diga tonterías —replicó el médico.

—Haga lo que le digo. Cósalo.

Klausner tenía el hacha agarrada por el mango, y habló dulcemente, en un tono extraño, casi amenazador.

—No diga tonterías —repitió el médico—. No puedo coser la madera. Venga, tenemos que volver.

—¿Dice que no puede coser la madera?

—Claro que no.

—¿Tiene yodo en el maletín?

—¿Y qué si lo tuviera?

—Pues entonces ponga un poco en la grieta. Le escocerá, pero no queda otro remedio.

—Oiga, haga el favor —dijo el médico, dándose de nuevo la vuelta—. Vamos a dejarnos de estupideces. Volvamos a casa y entonces...

—¡Ponga yodo en la grieta!

El médico vaciló. Vio que las manos de Klausner se aferraban con fuerza al mango del hacha. Comprendió que la última alternativa que le quedaba era echar a correr, y no tenía intención de hacerlo, naturalmente.

—De acuerdo —dijo—. Le pondré yodo.

Cogió el maletín negro, que estaba en la hierba, a unos dos metros, lo abrió y sacó un frasco de yodo y algodón. Se acercó al árbol, destapó el frasco, vertió un poco de líquido en el algodón, se agachó y lo aplicó a golpecitos sobre la grieta. Observaba por el rabillo del ojo a Klausner, que lo miraba inmóvil con el hacha en la mano.

—Métalo bien dentro.

—Sí —dijo el médico.

—¡Y ahora la otra..., la de encima!

El médico hizo lo que le ordenaba.

—Ya está —dijo—. He acabado.

Se enderezó y revisó su obra, muy serio.

—Con esto se curará.

Klausner se acercó y examinó las dos heridas con expresión grave.

—Sí —dijo, asintiendo lentamente con la enorme cabeza—. Sí, con esto se curará —retrocedió unos pasos—. ¿Vendrá mañana a ver cómo va?

—Sí —respondió el médico—. Naturalmente.

—¿Y le pondrá más yodo?

—Si es necesario, sí.

—Gracias, doctor —dijo Klausner asintiendo de nuevo.

Dejó caer el hacha y sonrió, una sonrisa enloquecida, excitada. El médico llegó hasta él y le cogió por el hombro al tiempo que decía: «Venga, vámonos»; y los dos hombres empezaron a caminar en silencio, rápidamente, por el parque. Cruzaron la carretera y volvieron a casa.

El deseo

Bajo la palma de la mano, el niño notó la costra de una antigua cortadura que se había hecho en la rodilla. Se inclinó para observarla atentamente. Una costra siempre era algo fascinante; suponía un reto muy especial al que nunca podía resistirse.

Sí, pensó; me la voy a arrancar aunque todavía no esté punto, aunque esté pegada por el centro y me duela muchísimo.

Se puso a hurgar cuidadosamente en los bordes con una uña.

La metió por debajo y cuando levantó la costra un poquito, se desprendió toda entera, dura y marrón, limpiamente, dejando un circulito de piel suave y roja muy curioso.

Estupendo. Se frotó el círculo y no le dolió. Cogió la costra, se la puso en el muslo, le dio un golpecito que la hizo salir volando y aterrizar en el borde de la alfombra, aquella enorme alfombra roja, negra y amarilla que ocupaba todo el vestíbulo desde las escaleras en las que él estaba sentado hasta la lejana puerta. Era una alfombra gigantesca, más grande que la pista de tenis. Sí, mucho más grande. La contempló muy serio, posando los ojos en ella con cierto placer. Hasta entonces no se había dado cuenta, pero de repente le pareció que los colores cobraban un brillo misterioso y saltaban deslumbrantes hacia él.

Pero yo sé cómo funciona esto, se dijo. Las partes rojas de la alfombra son trozos de carbón encendido. Lo que tengo que hacer es cruzarla hasta la puerta sin pisarlos. Si piso el rojo, me quemaré. Me quemaré entero. Y las partes negras..., sí, las partes negras son serpientes, serpientes venenosas, sobre todo víboras y cobras, gordas como troncos de árbol, y si piso alguna me morderá y me moriré antes de la hora del té. Y si la atravieso sin que me pase nada, sin quemarme y sin que me muerdan, mañana, que es mi cumpleaños, me regalarán un perrito.

Se levantó y subió unos peldaños de la escalera para tener una panorámica mejor de aquel enorme tapiz de color y muerte. ¿Podría hacerlo? ¿Habría suficiente amarillo? El amarillo era el único color que podía pisar. ¿Lo conseguiría? Aquel viaje no podía tomarse a la ligera: los riesgos eran demasiado grandes. Al mirar por encima de la barandilla, en la cara del niño —flequillo de un dorado casi blanco, enormes ojos azules y una barbilla pequeña y puntiaguda— se reflejaba la ansiedad. En algunos puntos escaseaba el amarillo y se abrían uno o dos vacíos enormes, pero parecía que llegaba hasta el otro extremo. Para una persona que ayer mismo había logrado recorrer el sendero enlosado que va desde los establos hasta el cenador sin pisar raya, aquella alfombra no tendría que ser demasiado difícil. Lo peor eran las serpientes. Sólo de pensar en ellas una leve corriente eléctrica le recorrió las piernas hasta la planta de los pies, como si fueran alfileres.

Bajó despacio las escaleras y llegó hasta el borde de la alfombra. Extendió un piecito enfundado en una sandalia y lo colocó con precaución en una mancha amarilla. Después levantó el otro pie; tenía el sitio justo para poner los dos juntos. ¡Muy bien! ¡Había empezado! En su resplandeciente rostro ovalado había una extraña expresión de concentración, y quizá estuviera un poco más pálido que antes. Llevaba los brazos separados del cuerpo para mantener el equilibrio. Dio otro paso, levantando mucho el pie por encima de una mancha negra, tanteando cuidadosamente con el dedo gordo para alcanzar un estrecho canal amarillo que había al otro lado. Una vez dado este segundo paso se detuvo para descansar; se quedó inmóvil, muy erguido. El estrecho canal amarillo ocupaba un trecho ininterrumpido de al menos cuatro metros y medio, y avanzó por él cautelosamente, poco a poco, como si caminara por la cuerda floja. En el punto en que el canal amarillo se deshacía en arabescos laterales tuvo que dar otra larga zancada, esta vez para evitar una zona negra y roja con un aspecto atroz. A mitad de camino empezó a tambalearse. Agitó los brazos desesperadamente, como un molino de viento, para mantener el equilibrio, logró llegar al otro extremo sano y salvo, y volvió a descansar. Estaba jadeante y en tensión, de puntillas, los brazos estirados a los lados del cuerpo y los puños apretados. Se encontraba a salvo, en una gran isla amarilla. Tenía mucho sitio, era imposible caerse, y se quedó allí tomando un respiro, dubitativo, a la espera, con el deseo de seguir para siempre en aquella isla amarilla de seguridad. Pero el temor a que no le regalasen el cachorro le empujó a seguir adelante.

Siguió avanzando paso a paso, bordeando las manchas, deteniéndose entre una y otra para decidir el lugar exacto en que debía poner el pie. En una ocasión pudo elegir entre continuar por la izquierda o por la derecha. Se decidió por la primera posibilidad porque, aunque parecía la más difícil, no había tanto negro. Era este color lo que le ponía nervioso. Lanzó una rápida ojeada por encima del hombro para ver lo que había avanzado. Había recorrido casi medio camino, y ya no podía volverse atrás. Había llegado a la mitad y no podía ni retroceder ni saltar a un lado porque se encontraba demasiado lejos; y al contemplar la gran mancha roja y negra que se extendía ante él experimentó una antigua sensación de miedo y mareo en el pecho, como aquella vez que se perdió en la parte más oscura del bosque de Piper, una tarde de la Pascua pasada.

Avanzó un paso más, colocando cuidadosamente el pie en el único trocito amarillo que tenía a su alcance, y en esta ocasión, la punta del pie quedó a un centímetro del negro. No lo pisaba, estaba seguro de que no lo pisaba, de que una estrecha franja amarilla separaba la punta de la sandalia de la mancha negra; pero la serpiente se agitó como si sintiera la proximidad del niño, levantó la cabeza y clavó en el pie sus ojos brillantes como cuentas de cristal, esperando el momento en que la tocara.

¡No te estoy pisando! ¡No me muerdas! ¡Sabes que no te estoy pisando!

Otra serpiente se deslizó sin ruido junto a la primera y levantó la cabeza; ya eran

dos cabezas, dos pares de ojos que miraban el pie, que contemplaban un trocito desnudo de pie, justo por debajo de la tira de la sandalia, por donde se veía la piel. El niño se puso de puntillas y se quedó inmóvil, muerto de miedo. Pasaron unos minutos antes de que se atreviera a moverse.

El paso siguiente tendría que ser largo de verdad. Había un río negro, profundo y sinuoso que discurría de un extremo a otro de la alfombra en toda su anchura, y debido a esta circunstancia, el niño se veía obligado a atravesarlo por la parte más ancha. Al principio pensó en dar un salto, pero comprendió que no podía tener la seguridad de aterrizar exactamente en la estrecha franja amarilla del otro lado. Tomó una profunda bocanada de aire, levantó un pie y lo fue moviendo centímetro a centímetro, y después lo fue bajando poco a poco hasta que, finalmente, la punta de la sandalia quedó en el otro extremo, sana y salva, en el borde de la mancha amarilla. Se inclinó, pasando todo su peso al pie que estaba delante. A continuación intentó levantar también el pie de atrás. Estiró el cuerpo y dio una violenta sacudida, pero tenía las piernas demasiado separadas y no lo logró. Trató de volver hacia atrás. Tampoco pudo. Estaba totalmente despatarrado y literalmente clavado en el suelo. Miró hacia abajo y vio aquel profundo y sinuoso río negro debajo de él. En algunas zonas había empezado a agitarse; se deslizaba y retorció, con un siniestro destello grasiento. El niño se tambaleó y agitó frenéticamente los brazos para mantener el equilibrio, pero sólo sirvió para empeorar las cosas. Se caía. Primero fue hacia la derecha, despacio al principio; después, cada vez más deprisa, hasta que en el último momento estiró instintivamente la mano para protegerse en la caída, y a continuación vio que su mano desnuda se hundía en una masa negra enorme y reluciente. Al tocarla soltó un penetrante grito de terror.

Allá lejos, detrás de la casa, la madre buscaba a su hijo a la luz del día.

Veneno

Debía ser alrededor de medianoche cuando volví a casa. Al acercarme a la verja del *bungalow* apagué los faros del coche para que la luz no entrase por la ventana de la habitación lateral y despertase a Harry Pope. Pero no tenía por qué haberme molestado. Mientras avanzaba por el camino observé que aún tenía la luz de su cuarto encendida; así es que debía estar despierto, a no ser que se hubiera quedado dormido leyendo.

Aparqué y subí los cinco escalones que conducen a la terraza, contando cada uno cuidadosamente en la oscuridad, para no dar un paso en falso al llegar arriba. Crucé la terraza, entré en la casa, empujé las puertas de vidriera y encendí la luz del vestíbulo. Fui hasta la puerta de la habitación de Harry, la abrí silenciosamente y asomé la cabeza.

Se encontraba tumbado en la cama y vi que estaba despierto; pero no se movió. Ni siquiera movió la cabeza hacia mí, aunque le oí decir: «Timber, Timber, ven aquí.»

Hablaba despacio, susurrando cuidadosamente las palabras. Abrí la puerta de par en par y me dirigí con paso rápido al otro extremo de la habitación.

—Alto. Espera un momento, Timber.

Apenas podía oír lo que decía. Parecía que las palabras salían de su boca con enorme dificultad.

—¿Qué pasa, Harry?

—¡Shh! —susurró—. ¡Shh! Por el amor de Dios, no hagas ruido. Quítate los zapatos antes de acercarte más. Por favor, haz lo que te digo, Timber.

Su modo de hablar recordaba a George Barling cuando recibió un tiro en el estómago; apoyado en un cajón que contenía un motor de avión, se agarraba la tripa con las dos manos y maldecía al piloto alemán exactamente en el mismo tono ronco, fatigoso y susurrante de Harry.

—Deprisa, Timber. Pero quítate los zapatos.

No entendía por qué tenía que quitarme los zapatos, pero pensé que si estaba tan enfermo como parecía, era mejor seguirle la corriente, así que me agaché, me quité los zapatos y los dejé tirados en el suelo. Después fui hacia su cama.

—¡No toques la cama! ¡Por lo que más quieras, no la toques!

Seguía hablando como si le hubieran pegado un tiro en el estómago, y allí estaba, tumbado de espaldas y con las tres cuartas partes del cuerpo tapadas solamente con una sábana. Llevaba un pijama de rayas azules, marrones y blancas, y sudaba a mares. La noche era calurosa y yo también sudaba un poco, pero no como Harry. Tenía la cara mojada y la parte de la almohada que le tocaba la cabeza estaba empapada. Aquello tenía toda la pinta de ser un fuerte ataque de malaria.

—¿Qué pasa, Harry?

—Una serpiente coral —dijo.

—¡Una coral! ¡Dios mío! ¿Dónde te ha picado? ¿Cuánto tiempo hace?

—Cállate —susurró.

—Mira, Harry —le dije mientras me inclinaba hacia adelante y le tocaba en el hombro—. Tenemos que darnos prisa. Vamos, rápido, dime dónde te ha picado.

Estaba inmóvil y en tensión, como conteniéndose, aguantando un dolor muy fuerte.

—No me ha picado —susurró—. Aún no. La tengo encima del estómago, tranquilamente dormida.

Retrocedí unos pasos. Sin poder evitarlo, miré su estómago, o mejor dicho, la sábana que lo cubría. Estaba arrugada por varios sitios y era imposible saber si había algo debajo.

—¿No dirás en serio que en este momento tienes una coral encima del estómago?

—Te lo juro.

—¿Cómo ha llegado hasta ahí?

No debería haber preguntado nada, pues era evidente que no estaba de broma. Debería haberle dicho que se quedara callado.

—Estaba leyendo —dijo Harry, que hablaba muy despacio como para no mover los músculos del estómago—, tumbado de espaldas, cuando sentí algo sobre el pecho, detrás del hombro. Como un cosquilleo. Entonces, con el rabillo del ojo vi a esa coral que se deslizaba por mi pijama. Pequeña, de un veinticinco centímetros. Comprendí que no debía moverme. En cualquier caso, no hubiera podido. Me quedé como estaba, mirándola. Pensé que se arrastraría por encima de la sábana.

Harry se calló y guardó silencio unos momentos. Se recorrió el cuerpo con la mirada hasta el lugar en que la sábana le tapaba el estómago, y me di cuenta de que estaba atento que sus susurros no molestaran al ser que tenía encima.

—Había un doblez en la sábana —dijo más despacio que nunca y tan bajo que tuve que inclinarme para oírlo—. Mírala, aún está ahí. Se coló por debajo. A través del pijama sentí cómo se paseaba por mi estómago. De repente dejó de moverse, y ahí la tienes, descansando bien calentita. Probablemente está dormida. Estaba deseando que vinieras.

Alzó los ojos y me miró.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Horas —susurró—, miles y miles de horas. No puedo seguir mucho tiempo sin moverme. Antes me dieron ganas de toser.

No cabía duda de que la historia de Harry era cierta. En realidad, no era raro que una coral hiciera algo así. Andar rondando por las casas de la gente en busca de sitios calientes. Lo sorprendente era que no le hubiera picado a Harry. La picadura es mortal, excepto a veces, cuando se la ataja inmediatamente, y en Bengala todos los años se cobran bastantes víctimas, sobre todo en las aldeas.

—Está bien, Harry —dije yo también en un susurro—. No te muevas y no hables si no es necesario. Ya sabes que si no se asusta no te morderá. Lo solucionaremos en un momento.

Salí despacio de la habitación, con los pies enfundados en los calcetines, y fui a la cocina a coger un cuchillo pequeño y afilado. Me lo metí en el bolsillo del pantalón, dispuesto a usarlo inmediatamente si las cosas se torcían mientras ideábamos un plan. Si Harry tosía o se movía, o hacía algo que asustara a la coral y ésta le mordía, estaba dispuesto a rajar la herida y chuparla para extraer el veneno. Volví al dormitorio; Harry seguía tumbado, inmóvil, la cara cubierta de sudor. Me siguió con la mirada mientras atravesaba la habitación para llegar a su cama, y me di cuenta de que pensaba en qué diablos habría estado haciendo. Me quedé de pie a su lado, tratando de tomar una decisión.

—Harry —dije poniéndole la boca casi en el oído, sin alzar la voz, en un susurro levísimo—. Creo que lo mejor que podemos hacer es que yo retire la sábana muy despacito, para echar una ojeada. Creo que eso puedo hacerlo sin molestarla.

—No seas imbécil.

Su voz carecía de expresión: pronunciaba cada palabra con sumo cuidado, lentamente, con una suavidad extrema la expresión se concentraba en los ojos y en torno a las comisuras de los labios.

—¿Por qué no?

—Porque se asustaría con la luz. Ahí debajo está oscuro.

—¿Y si tiro rápidamente de la sábana y la sacudo antes de que pueda atacar?

—¿Por qué no vas a buscar un médico? —preguntó Harry. Me miró de tal forma que comprendí que tenía que haberseme ocurrido a mí.

—Un médico. ¡Claro, eso es! Voy a llamar a Ganderbai. Salí de puntillas al vestíbulo, busqué el número de Ganderbai en el listín, cogí el teléfono y dije a la telefonista que se diese prisa.

—Doctor Ganderbai —dije—, soy Timber Woods.

—Buenas noches, señor Woods. ¿Aún no se ha acostado?

—Oiga, ¿podría venir inmediatamente? Y traiga un antídoto, contra la picadura de una coral.

—¿A quién le ha picado?

La pregunta me llegó tan nítida que me sonó como una pequeña explosión.

—Todavía a nadie, pero Harry Pope está en la cama y tiene una sobre el estómago. Está debajo de la sábana, dormida. Al otro extremo del hilo hubo un silencio de unos tres segundos. Después, hablando despacio, no ya como una explosión, sino lentamente y con precisión, Ganderbai dijo:

—Dígale que se quede absolutamente inmóvil. No debe moverse ni hablar. ¿Ha entendido usted?

Por supuesto.

—¡Voy inmediatamente!

Colgó, y volví al dormitorio. Los ojos de Harry me observaban mientras me dirigía a su cama.

—Ganderbai viene ahora mismo. Me ha dicho que tienes que quedarte inmóvil.

—¿Y qué diablos cree que estoy haciendo?

—Mira, Harry, ha dicho que te estés callado. Que no hablemos ninguno de los dos.

—Pues cállate de una vez.

Al decir esto, una de las comisuras de la boca empezó a temblarle hacia abajo con pequeños movimientos rápidos que aún duraron un rato cuando acabó de hablar. Saqué el pañuelo y, con mucho cuidado, le limpié el sudor de la cara y el cuello. Cuando le tocaron mis dedos, cubiertos por el pañuelo, sentí el ligero temblor de un músculo, el de la risa.

Me deslicé hasta la cocina, saqué hielo del congelador, lo envolví en una servilleta y me puse a machacarlo. No me gustaba ni pizca eso de la boca, ni su modo de hablar. Llevé el envoltorio con el hielo a la habitación y se lo puse a Harry en la frente.

—Esto te refrescará.

Entornó los ojos y respiró intensamente, con los dientes apretados.

—Quítamelo —susurró—, me da ganas de toser.

El músculo de la risa empezó a temblar de nuevo.

La brillante luz de un faro entró por la ventana, mientras el coche de Ganderbai rodeaba el *bungalow* para llegar a la puerta. Salí a recibirle, sujetando el envoltorio del hielo con las dos manos.

—¿Cómo va la cosa? —preguntó Ganderbai, mientras seguía andando; cruzó la terraza y las puertas de vidriera delante de mí, y entró en el vestíbulo.

—¿Dónde está? ¿En qué habitación?

Dejó su maletín encima de una silla del vestíbulo y me siguió hasta la habitación de Harry. Llevaba unas zapatillas de estar por casa, de suela blanda, y se deslizaba sin hacer ruido, delicadamente, como un gato. Harry le observaba por el rabillo del ojo. Cuando llegó a la cama, Ganderbai miró a Harry tranquilizador y le dirigió una sonrisa llena de confianza, moviendo la cabeza para indicar a Harry que se trataba de un asunto sencillo y que no debía preocuparse, sino dejarlo todo en manos del doctor Ganderbai. Después se dio la vuelta para regresar al vestíbulo y yo lo seguí.

—Lo primero que hay que hacer es intentar ponerle el antídoto —dijo, al tiempo que abría su maletín y empezaba a hacer preparativos—, por vía intravenosa. Pero tengo que hacerlo con muchísimo cuidado. No quiero que se sobresalte.

Fuimos a la cocina y esterilizó una aguja. Tenía una jeringuilla hipodérmica en una mano y un frasquito en la otra; atravesó con la aguja el tapón de goma del frasco y, tirando del émbolo, empezó a introducir en la jeringuilla un líquido amarillo pálido. Luego me la dio.

—Sujétela hasta que se la pida.

Cogió el maletín y volvimos juntos a la habitación. Los ojos de Harry estaban brillantes y muy abiertos. Ganderbai se inclinó sobre él y, con suma delicadeza, como si manipulara un encaje del siglo XVI enrolló hasta el codo la manga del pijama sin mover el brazo. Me fijé en que se mantenía bastante lejos de la cama.

—Voy a ponerle a usted una inyección. Un antídoto —murmuró—. Es sólo un pinchazo, pero intente no moverse. No tense los músculos del estómago. Déjelos relajados.

Harry miró la jeringuilla.

Ganderbai sacó de su maletín un tubo de goma roja y rodeó con un extremo el bíceps de Harry; después hizo un nudo muy apretado. Limpió con alcohol una pequeña zona del antebrazo desnudo, me pasó el algodón usado y me cogió la jeringuilla de la mano. La acercó a la luz, miró bizqueando las medidas grabadas en la jeringuilla y soltó un pequeño chorro del líquido amarillo. Yo estaba quieto a su lado, observando. Harry también observaba y la cara le sudaba tanto que brillaba como si estuviera embadurnada con una espesa capa de crema facial que se disolviera sobre su piel y chorreara sobre la almohada.

En la cara interna del antebrazo de Harry vi la vena azul hinchada a causa del torniquete; vi después la aguja sobre la vena, a Ganderbai que mantenía la jeringuilla en posición prácticamente horizontal sobre el brazo y deslizaba la aguja oblicuamente atravesando la piel para entrar en la vena azul. Lo hacía con lentitud, pero con tal firmeza que entró suavemente, como si fuera queso. Harry miró al techo, cerró los ojos y volvió a abrirlos, pero no se movió.

Cuando terminó, Ganderbai se inclinó hacia adelante acercó la boca al oído de Harry.

—Ahora estará usted bien aunque le pique. Pero no se mueva. Por favor, no se mueva. En seguida vuelvo.

Cogió su maletín, salió al vestíbulo y yo le seguí.

—¿Está ya fuera de peligro? —pregunté.

—No.

—¿Hasta qué punto corre peligro?

El médico hindú seguía en el vestíbulo, con su escasa estatura, frotándose el labio inferior.

—Algo tendrá que hacerle, ¿no? —pregunté.

Se dio la vuelta y se dirigió a las puertas de vidriera que daban a la terraza. Creí que iba a cruzarlas, pero se detuvo ante ellas y se quedó mirando afuera, a la noche.

—¿Es que el antídoto no es muy eficaz? —pregunté.

—Desgraciadamente, no —contestó sin volverse—. Puede que le salve o puede que no. Estoy pensando en qué otra cosa podríamos hacer.

—¿Y si retiramos rápidamente la sábana y le quitamos el bicho de encima antes de que le dé tiempo a atacar?

—¡Eso nunca! No debemos correr riesgos.

Hablaba de un modo cortante y su voz tenía un tono algo más agudo de lo habitual.

—Tampoco podemos dejarlo ahí para siempre —dije—. Se está poniendo nervioso.

—¡Por favor! ¡Por favor! —exclamó mientras se daba la vuelta, levantando las manos y agitándolas en el aire—. No vaya tan deprisa, se lo ruego. No es un asunto que podamos tratar a la ligera —se secó la frente con el pañuelo y se quedó parado, con el ceño fruncido, mordisqueándose el labio.

—Verá usted —dijo por fin—. Hay un modo de solucionarlo. ¿Sabe lo que tenemos que hacer? Administrar un anestésico al bicho mientras duerme.

Era una idea espléndida.

—No es seguro —continuó—, porque las serpientes son animales de sangre fría y con ellos la anestesia no funciona ni tan bien ni tan deprisa, pero es lo mejor que se me ocurre. Podríamos usar éter..., cloroformo...

Hablaba despacio, intentando elaborar un plan al mismo tiempo.

—¿Qué podemos utilizar?

—Cloroformo —dijo bruscamente—. Cloroformo normal. Es lo mejor. ¡Hay que darse prisa! —Me cogió del brazo y me empujó hacia la terraza—. ¡Coja el coche y vaya a mi casa! Cuando usted llegue ya habré despertado por teléfono a mi criado, que le indicará el armario donde guardo los venenos. Aquí tiene la llave del armario. Coja un frasco de cloroformo. Tiene una etiqueta naranja con el nombre. Yo me quedo aquí por si pasa algo. ¡Vamos, rápido, dese prisa! ¡No, no, no hace falta que se ponga los zapatos!

Conduje deprisa, y al cabo de unos quince minutos estaba de vuelta con el frasco de cloroformo. Ganderbai salió de la habitación de Harry y se reunió conmigo en el vestíbulo.

—¿Lo tiene usted? —preguntó—. Bien, bien. Le he estado contando lo que vamos a hacer. Pero ahora hay que darse prisa. No le resultará fácil aguantar ahí, inmóvil, tanto tiempo. Tengo miedo de que se mueva.

Volvió al dormitorio y yo le seguí, sujetando cuidadosamente el frasco con las dos manos. Harry seguía tumbado en la cama exactamente en la misma postura de antes, con el sudor resbalándole por las mejillas. Tenía la cara blanca y mojada. Volvió los ojos hacia mí; yo le sonreí e hice un movimiento con la cabeza para tranquilizarle. Siguió mirándome. Levanté el pulgar en un gesto que indicaba que todo iba bien. Cerró los ojos. Ganderbai estaba en cuclillas junto a la cama; en el suelo, a su lado, se encontraba el tubo de goma hueco que había usado antes para hacer el torniquete y a uno de cuyos extremos había adaptado un pequeño embudo de papel.

Empezó a tirar de un trocito de sábana para sacarla de debajo del colchón. Se encontraba a la altura del estómago de Harry, a unos cuarenta y cinco centímetros de distancia, y yo observaba sus dedos, que se clavaban suavemente en el borde de la sábana. Actuaba tan despacio que era prácticamente imposible percibir ningún

movimiento, ni de sus dedos, ni de la sábana de la que estaba tirando.

Finalmente consiguió dejar un hueco entre el colchón y la sábana; cogió el tubo de goma e introdujo uno de los extremos por el hueco, de modo que pudiera deslizarse por el colchón, debajo de la sábana, hasta el cuerpo de Harry. No sé cuánto tardó en hacer avanzar el tubo unos pocos centímetros. Tal vez veinte minutos, tal vez cuarenta. No lo vi moverse ni una sola vez. Sabía que iba entrando porque la parte visible se iba acortando progresivamente, pero dudo que la coral sintiera la mínima vibración. También Ganderbai sudaba; tenía la frente y el labio superior perlados de sudor. Pero sus manos eran firmes, y observé que sus ojos no se fijaban ni en el tubo ni en sus manos, sino en el trozo de sábana arrugada que cubría el estómago de Harry.

Sin levantar la vista, extendió una mano hacia mí para pedirme el cloroformo. Desenrosqué el tapón de cristal y le puse el frasco en la mano; no lo solté hasta estar seguro de que lo había agarrado bien. Entonces hizo un movimiento con la cabeza para indicarme que me acercara y susurró:

—Dígale que voy a empapar el colchón y que sentirá mucho frío. Tiene que estar preparado y no moverse. Dígaselo ahora.

Me incliné sobre Harry y le transmití las palabras del médico.

—¿Por qué no continúa? —preguntó Harry.

—Va a hacerlo ahora mismo, Harry. Pero sentirás mucho frío, así que prepárate.

—¡Por todos los santos, vamos, que siga!

Era la primera vez que alzaba la voz y Ganderbai le lanzó una mirada penetrante, se quedó observándolo unos segundos y volvió a lo suyo.

Ganderbai vertió unas gotas de cloroformo en el embudo de papel y esperó a que bajaran por el tubo. A continuación echó un poco más. Volvió a esperar y el olor fuerte y mareante del cloroformo se extendió por toda la habitación, despertando recuerdos vagos y desagradables de enfermeras y cirujanos con batas blancas, en una habitación blanca, alrededor de una larga mesa igualmente blanca. Ganderbai seguía vertiendo líquido, ahora de forma continuada, y yo veía cómo el pesado vapor del cloroformo se arremolinaba lentamente, como humo, sobre el embudo de papel. Hizo una pausa, alzó la botella hacia la luz, llenó una vez más el embudo y me devolvió el frasco. Retiró muy despacio el tubo de goma de debajo de la sábana y se levantó.

La tensión de introducir el tubo y echar el cloroformo debió ser enorme, y recuerdo que cuando Ganderbai se volvió hacia mí para susurrarme: «Dejaremos pasar quince minutos para asegurarnos», su voz era débil y cansada.

Me incliné para decirle a Harry:

—Vamos a esperar quince minutos para estar más seguros. Pero probablemente ya nos la hemos cargado.

—¡Pero por lo que más quieras! ¿Por qué no miras a ver qué pasa?

Habló de nuevo en voz alta y Ganderbai se volvió de un salto; en su cara pequeña y morena apareció una expresión de enfado. Con aquellos ojos suyos, casi completamente negros, miró fijamente a Harry, y el músculo de la risa de éste

empezó a temblar. Cogí mi pañuelo para secarle el sudor de la cara y, mientras lo hacía, le di unos golpecitos en la frente para animarle.

Después esperamos de pie al lado de la cama; Ganderbai no dejaba de observar el rostro de Harry con una extraña intensidad. El pequeño hindú estaba concentrando toda su fuerza de voluntad para que Harry se quedara callado. No apartó los ojos del paciente ni una sola vez, y aunque no dijo ni una palabra, parecía que le estuviera gritando todo el tiempo: «Escúchame, tienes que escucharme; no vas a estropearlo todo ahora, ¿me oyes?» Y Harry seguía allí tumbado, con la boca temblorosa, sudando, abriendo y cerrando los ojos, mirándonos a mí, a la sábana, al techo, a mí otra vez pero nunca a Ganderbai. Sin embargo, Ganderbai lo dominaba. El olor del cloroformo era opresivo y me mareaba, pero no podía salir de la habitación en ese momento. Tenía la sensación de que alguien estaba hinchando un globo enorme y veía que iba a estallar, pero no podía apartar la vista.

Por fin, Ganderbai se dio la vuelta, asintió con la cabeza y comprendí que estaba listo para actuar.

—Pase usted al otro lado de la cama —dijo—. Cogemos cada uno un extremo de la sábana y tiraremos los dos a la vez, pero, por favor, muy despacio y sin hacer ruido.

—Quédate quieto, Harry —dije.

Fui al otro lado de la cama y agarré la sábana. Ganderbai estaba enfrente de mí, y los dos juntos empezamos a retirar la sábana, separándola del cuerpo de Harry, tirando de ella hacia atrás muy lentamente; nos manteníamos los dos bastante lejos, aunque inclinados hacia adelante, intentando ver lo que pasaba debajo de la sábana. El olor del cloroformo era espantoso. Recuerdo que yo intentaba contener la respiración, y cuando ya no aguantaba más trataba, al menos, de no respirar profundamente para que aquello no me entrara en los pulmones.

El pecho de Harry, o más bien la chaqueta de rayas del pijama que lo cubría, quedó por completo a la vista; distinguí el cordón blanco de los pantalones, atados con una lazada. Un poco más abajo vi un botón de nácar, cosa que yo nunca había llevado en un pijama: ¡un botón en la bragueta!, y mucho menos de nácar. Este Harry es muy refinado, pensé. Es curioso que a veces se te ocurran ideas frívolas en momentos de tensión. Recuerdo claramente que al ver el botón pensé en lo refinado que era Harry.

Aparte del botón, encima de su estómago no había nada.

Tiramos entonces más deprisa de la sábana y, cuando le habíamos destapado las piernas y los pies, dejamos que resbalara hasta el suelo.

—No se mueva, no se mueva, señor Pope —dijo Ganderbai, mirando con suma precaución el costado de Harry y debajo de sus piernas.

—Debemos tener cuidado. Puede estar en cualquier sitio. Podría estar en una pernera del pijama —dijo.

Al oír a Ganderbai, Harry levantó rápidamente la cabeza de la almohada para

mirarse las piernas. Era la primera vez que se movía. De repente dio un salto, se puso de pie en la cama y sacudió violentamente las piernas, primero una y luego la otra. En aquel momento los dos pensamos que la coral le acababa de picar; Ganderbai ya estaba buscando en su maletín un bisturí y un torniquete cuando Harry dejó de hacer cabriolas, se quedó quieto, miró el colchón sobre el que se encontraba y gritó:

—¡No está aquí!

Ganderbai se enderezó, miró también el colchón y después levantó los ojos hacia Harry. Harry estaba bien. Ni le había picado ni iba a picarle ninguna serpiente; no se iba a morir y todo estaba en orden. Pero nadie pareció alegrarse de ello.

—Señor Pope, ¿está usted absolutamente seguro de haberla visto? —En la voz de Ganderbai había una nota de sarcasmo que en circunstancias normales jamás habría empleado—. ¿No cree usted que a lo mejor estaba soñando, señor Pope?

Por su modo de mirar a Harry me di cuenta de que Ganderbai no pretendía ser sarcástico; estaba simplemente relajándose un poco después de la tensión a la que se había visto sometido.

Harry seguía de pie sobre la cama con su pijama de rayas, miraba ferozmente a Ganderbai y el color iba volviendo a sus mejillas.

—¿Está usted llamándome mentiroso? —gritó. Ganderbai permaneció inmóvil, mirando a Harry. Harry dio un paso encima de la cama; sus ojos brillaban.

—¡Enano hindú, rata de alcantarilla repugnante!

—¡Cállate, Harry! —dije.

—Negro asqueroso...

—¡Harry! ¡Cállate, Harry! —le grité.

Estaba diciendo cosas terribles.

Ganderbai salió de la habitación como si ninguno de los dos estuviésemos allí; yo fui tras él y cuando atravesaba el vestíbulo para salir a la terraza le pasé amistosamente el brazo por los hombros.

—No haga caso a Harry —le dije—. Este asunto le ha afectado tanto que no sabe ni lo que dice.

Bajamos los escalones que llevan de la terraza al camino y, en la oscuridad, seguimos éste hasta llegar al sitio donde estaba aparcado su viejo Morris. Abrió la puerta y entró.

—Ha hecho usted un trabajo maravilloso. Le agradezco muchísimo que haya venido —dije.

—Lo único que necesita son unas buenas vacaciones —dijo con suavidad, sin mirarme; luego puso el coche en marcha y desapareció.

El hombre del paraguas

Voy a contarles una cosa muy divertida que nos pasó a mi madre y a mí ayer por la tarde. Tengo doce años y soy una chica. Mi madre tiene treinta y cuatro, pero yo ya soy casi tan alta como ella.

Ayer por la tarde mi madre me llevó a Londres, al dentista. Me encontró una caries en una muela y me la empastó sin hacerme demasiado daño. Después fuimos a una cafetería. Yo tomé *banana split*^[6] y mi madre un café. Cuando nos levantamos para marcharnos debían ser las seis.

Al salir de la cafetería empezó a llover:

—Tenemos que coger un taxi —dijo mi madre.

Llevábamos sombreros y abrigos normales, y llovía mucho.

—¿Por qué no volvemos a la cafetería y esperamos a que pare? —dije.

Quería otro plátano de aquellos. Eran deliciosos.

—No va a parar —dijo mi madre—. Tenemos que volver a casa.

Nos quedamos en la acera, bajo la lluvia, buscando un taxi. Pasaban muchísimos, pero iban todos ocupados.

—¡Ojalá tuviésemos un coche con chófer! —dijo mi madre.

Justo en aquel momento se nos acercó un hombre. Era bajo y bastante viejo: debía tener por lo menos setenta años. Se quitó educadamente el sombrero y le dijo a mi madre:

—Le ruego me disculpe. Sí, espero que pueda usted disculparme...

Tenía un hermoso bigote blanco, unas cejas pobladas igualmente blancas y una cara sonrosada, llena de arrugas. Se cobijaba bajo un paraguas que llevaba en alto para protegerse la cabeza.

—¿Qué desea? —dijo mi madre, muy fría y distante.

—Verá, querría pedirle un pequeño favor —dijo—. Se trata de un favor muy pequeño.

Vi que mi madre le miraba con desconfianza. Mi madre es una persona muy desconfiada. Desconfía sobre todo de dos cosas: los hombres que no conoce y los huevos cocidos. Cuando corta la parte de arriba de un huevo cocido hurga en su interior con la cucharilla, como si esperara encontrar un ratón o algo así. Con los desconocidos tiene la siguiente regla de oro: «Cuanto más agradable parece un hombre, más hay que desconfiar de él.» Aquel viejecito era especialmente agradable, bien educado, con acento culto y bien vestido. Un auténtico caballero. Supe que era un caballero por sus zapatos. «Se puede descubrir a un caballero por los zapatos que lleva», era otra de las frases favoritas de mi madre. Aquel hombre llevaba unos

zapatos marrones preciosos.

—Lo que ocurre —decía el hombrecillo— es que me he metido en un pequeño lío y necesito ayuda. No es gran cosa, se lo aseguro. Es una nimiedad, pero sí, la necesito. Verá, señora, los viejos como yo somos muy olvidadizos...

Con la barbilla levantada, mi madre lo miró con altivez, siguiendo la línea dibujada por su nariz. Esa mirada glacial de mi madre es algo terrorífico. Cuando mira de ese modo, la mayoría de la gente se queda hecha cisco. Una vez presencié cómo la directora de mi colegio se ponía a tartamudear como una idiota cuando mi madre le lanzó una de sus miradas glaciales, verdaderamente horribles. Pero el hombrecillo que estaba en la acera protegiéndose la cabeza con un paraguas ni se inmutó. Le dirigió una amable sonrisa y dijo:

—Señora, le suplico que me crea; no suelo parar a las damas por la calle para contarles mis problemas.

—Eso espero —dijo mi madre.

Su sequedad me hizo sentirme bastante incómoda. Hubiera querido decirle: «Mamá, por favor, es un hombre muy, muy mayor, amable y que tiene un problema, así es que no seas tan seca con él.» Pero no dije nada.

El hombrecillo cambió el paraguas de mano y dijo:

—Hasta hoy, nunca se me había olvidado.

—Nunca se le había olvidado ¿el qué? —preguntó mi madre severamente.

—La cartera —dijo él—. Debo habérmela dejado en la otra chaqueta. ¿No es algo completamente estúpido?

—¿Está usted pidiéndome dinero? —dijo mi madre.

—¡Que Dios me perdone! ¡Claro que no! —exclamó el hombrecillo—. ¡No me permita el cielo hacer jamás una cosa así!

—¿Entonces qué es lo que quiere? —dijo mi madre—. Dése prisa, nos estamos calando hasta los huesos aquí paradas.

—Sí, ya lo sé —dijo—. Por eso le ofrezco a usted mi paraguas para guarecerse y para que se lo quede usted para siempre si...

—¿Si qué? —dijo mi madre.

—Si me da usted una libra para pagar un taxi que me lleve a casa.

Mi madre aún desconfiaba.

—Si no tiene usted dinero —dijo—, ¿cómo ha podido llegar hasta aquí?

—Andando —contestó—. Todos los días doy un largo y agradable paseo y luego cojo un taxi para volver a casa. Lo hago todos los días del año.

—¿Por qué no vuelve usted ahora a casa andando? —preguntó mi madre.

—¡Ojalá pudiera! —dijo él—. Sí, ¡ojalá pudiera! Pero creo que estas viejas piernas no me lo permitirían. Ya he llegado demasiado lejos.

Mi madre seguía inmóvil, mordiéndose el labio inferior. Me di cuenta de que estaba empezando a ablandarse un poco. Además, la idea de tener un paraguas para cobijarse debía tentarla bastante.

—Es un paraguas muy bonito —dijo el hombrecillo.

—Ya me he fijado —dijo mi madre.

—Es de seda —dijo él.

—Ya, ya lo veo.

—Entonces, ¿por qué no lo acepta? —dijo—. Me costó más de veinte libras, se lo aseguro. Pero eso no importa si puedo volver a casa para que mis viejas piernas descansen.

Vi que la mano de mi madre tanteaba en el cierre de su bolso. Se dio cuenta de que la estaba observando. Esta vez era yo quien le lanzaba una de mis miradas glaciales, y ella sabía perfectamente lo que le estaba diciendo: «Mira, mamá, es muy sencillo: no debes aprovecharte de esa forma de un hombre viejo y cansado. No está bien.» Mi madre se detuvo y me devolvió la mirada; luego le dijo al hombrecillo:

—No me parece justo aceptarle un paraguas de seda que vale veinte libras. Creo que es mejor que le dé el dinero del taxi y que zanjemos este asunto.

—¡No, no! —exclamó—. ¡Ni hablar! ¡No podría consentirlo! ¡Jamás! ¡De ese modo nunca aceptaría su dinero! ¡Tome usted el paraguas, señora mía, y proteja sus hombros de la lluvia!

Mi madre me lanzó de reojo una mirada triunfante. «Ya lo ves», me decía, «quiere que me lo quede».

Buscó en el bolso y sacó un billete de una libra. Se lo dio al hombrecillo, que lo cogió y le dio el paraguas. Se guardó la libra en el bolsillo, se quitó el sombrero, hizo una rápida inclinación de cintura y dijo:

—Gracias, señora, muchas gracias.

Luego desapareció.

—Ven aquí debajo para no mojarte, cielo —dijo mi madre—. ¡Qué suerte! Nunca había tenido un paraguas de seda. Es demasiado caro.

—¿Por qué has sido tan desagradable con él? —pregunté.

—Quería asegurarme de que no era un estafador —dijo—. Pero era un caballero. Estoy muy contenta de haber podido ayudarlo.

—Sí, mamá —repliqué.

—Un auténtico caballero —repitió—. Y, además, rico. Si no, no tendría un paraguas de seda. No me sorprendería que tuviese algún título: sir Harry Goldsworthy, o algo así.

—Sí, mamá.

—Esta será una buena lección para ti —continuó—. Nunca te precipites. A la hora de juzgar a una persona tómatelo con calma. Así luego no te equivocarás.

—Por allí va —dije—. Mira.

—¿Por dónde?

—Por allí. Está cruzando la calle. ¡Caramba, mamá, qué prisa lleva!

Vimos al hombrecillo esquivar ágilmente los coches. Cuando llegó a la otra acera giró a la izquierda, andando muy deprisa.

—No me parece que esté muy cansado. ¿Y a ti, mamá?

Mi madre no contestó.

—Tampoco parece que esté buscando un taxi —añadí.

Mi madre se quedó inmóvil y muy rígida, mirando al hombrecillo, que estaba al otro lado de la calle. Lo distinguíamos con toda claridad. Tenía una prisa terrible. Iba corriendo por la acera, esquivando a los demás peatones y balanceando los brazos como un soldado a paso de marcha.

—Está tramando algo —dijo mi madre con una expresión pétrea en la cara.

—Sí, ¿pero qué?

—No lo sé —respondió bruscamente mi madre—, pero voy a averiguarlo. Ven conmigo.

Me agarró de la mano y cruzamos juntas la calle. Después torcimos a la izquierda.

—¿Lo ves? —me preguntó mi madre.

—Sí, allí está. Se ha metido por la calle siguiente.

Llegamos a la esquina y torcimos a la derecha. El hombrecillo estaba unos veinte metros delante de nosotras. Corría como un conejo y tuvimos que andar deprisa para alcanzarlo. Llovía a cántaros, más que nunca, y vi que la lluvia le chorreaba desde el borde del sombrero hasta los hombros. Nosotras, en cambio, estábamos secas y calentitas debajo de nuestro gran paraguas de seda, tan bonito.

—¿Qué diablos estará tramando? —dijo mi madre.

—¿Y si se da la vuelta y nos ve? —pregunté.

—No me importa —dijo mi madre—. Nos ha mentado. ¡Nos dijo que estaba demasiado cansado para seguir andando y ahora nos está haciendo echar el bofe!

¡Es un mentiroso descarado! ¡Un estafador!

—¿Quieres decir que no es un caballero con título? —pregunté.

—¡Cállate! —exclamó.

En el cruce siguiente el hombrecillo volvió a girar a la derecha y después torció a la izquierda. Luego, a la derecha.

—No voy a abandonar ahora —dijo mi madre.

—¡Ha desaparecido! —exclamé—. ¿Dónde se habrá metido?

—¡Ha entrado por aquella puerta! —dijo mi madre—. ¡Lo he visto! ¡En aquella casa! ¡Cielo santo, es un bar!

Era un bar. En la fachada se podía leer en grandes letras: «El León Rojo».

—No irás a entrar, ¿verdad, mamá?

—No —dijo—. Miraremos desde fuera.

En la fachada del bar había una gran ventana de cristal y, aunque por dentro estaba algo empañado, si nos acercábamos podíamos ver muy bien el interior.

Nos acurrucamos las dos fuera, junto a la ventana. Yo me agarraba al brazo de mi madre. Las grandes gotas de agua caían ruidosamente sobre nuestro paraguas.

—Míralo —dije—. Allí está.

La habitación a la que mirábamos estaba llena de gente y de humo de cigarrillos,

y en medio se encontraba nuestro hombrecillo. Ya no llevaba sombrero ni abrigo, e intentaba abrirse paso entre la multitud hacia la barra. Cuando llegó, puso las dos manos sobre el mostrador y se dirigió al camarero. Le vi mover los labios al pedir su consumición. El camarero se alejó de él unos segundos y volvió con un vaso pequeño lleno hasta el borde de un líquido marrón claro. El hombrecillo dejó sobre el mostrador un billete de una libra.

—¡Es mi libra! —siseó mi madre—. ¡Qué barbaridad, qué cara más dura!

—¿Qué hay en el vaso? —pregunté.

—Whisky —dijo mi madre—. Whisky puro.

El camarero no le dio vuelta de la libra.

—Debe ser un triple —dijo mi madre.

—¿Qué es un triple? —pregunté.

—Tres veces la medida normal —contestó ella.

El hombrecillo cogió el vaso y se lo llevó a los labios. Lo inclinó con cuidado. Luego lo inclinó más..., y más..., y más..., hasta que el whisky desapareció de un largo trago por su garganta.

—Ha sido una copa la mar de cara —dije.

—¡Qué estupidez! —exclamó mi madre—. ¡Pagar de buena gana una libra por una cosa que se bebe de un trago!

—Ha pagado más de una libra —dije—. Le ha costado un paraguas de seda de veinte libras.

—Es verdad —dijo mi madre—. Debe estar loco.

El hombrecillo estaba al lado de la barra, con el vaso vacío en la mano. Ahora sonreía y un dorado resplandor de placer se extendía por su cara sonrosada. Le vi sacar la lengua y relamerse el bigote blanco como si buscara la última gota de aquel preciado líquido.

Se separó despacio de la barra y volvió a abrirse camino entre la multitud hasta el sitio donde estaban colgados su sombrero y su abrigo. Se puso el sombrero y luego el abrigo. Después, con un gesto tan tranquilo y natural que apenas era perceptible, cogió uno de los muchos paraguas mojados que había en el paragüero y desapareció.

—¿Has visto eso? —exclamó mi madre—. ¿Has visto lo que ha hecho?

—¡Shhh! —susurré—. ¡Está saliendo!

Bajamos el paraguas para escondernos la cara y miramos por debajo.

Salió, pero no miró hacia donde nos encontrábamos nosotras. Abrió su paraguas nuevo y se escurrió calle abajo, por donde había venido.

—¡Así que ése es su truco! —dijo mi madre.

—Muy ingenioso —dije—. Es estupendo.

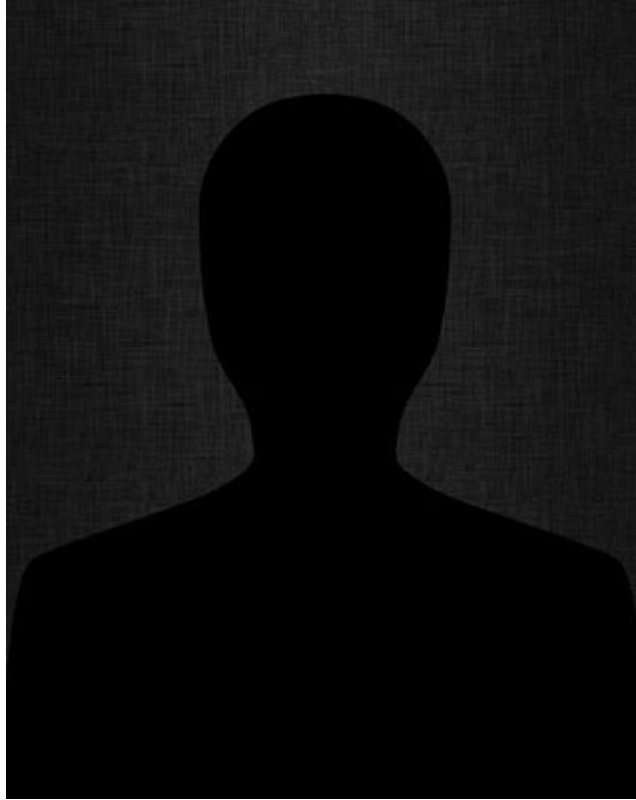
Le volvimos a seguir hasta la calle principal, donde lo habíamos encontrado, y lo observamos mientras procedía, con la mayor tranquilidad del mundo, a cambiar su paraguas nuevo por otro billete de una libra. Esta vez había elegido a un tipo alto y delgado que ni siquiera llevaba sombrero ni abrigo. En cuanto acabó la transacción,

nuestro hombrecillo se fue calle abajo y se perdió entre el gentío. Pero esta vez fue en dirección contraria.

—¡Fíjate qué listo es! —dijo mi madre—. ¡Nunca va dos veces al mismo bar!

—Podría seguir haciendo esto toda la noche —dije.

—Sí —dijo mi madre—. Claro que sí. Juraría que reza como loco para que llueva.



NOMBRE DEL AUTOR (Reikiavik, Islandia, 2013 - Terra III, 3072). Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing elit. Nunc vel libero sed est ultrices elementum at vel lacus. Sed laoreet, velit nec congue pellentesque, quam urna pretium nunc, et ultrices nulla lacus non libero.

Integer eu leo justo, vel sodales arcu. Donec posuere nunc in lectus laoreet a rhoncus enim fermentum. Nunc luctus accumsan ligula eu molestie.

Notas

[1] El protagonista desconoce la palabra que se emplea en inglés para designar al cerdo cocinado, *pork*, que es distinta de la que se utiliza para el animal vivo, *pig*. (N. de la T.) <<

[2] Juego de palabras en el original, ya que Caltury significa tienda donde se venden gatos, pero también, en sentido figurado, grupo de pécoras o mujeres de mala vida. (N. de la T.) <<

[3] De nuevo el mismo juego de palabras entre gata y pécora. (*N. de la T.*) <<

[4] En castellano en el original, ya que es el término que se utiliza para designar a los capellanes militares. (*N. de la T.*) <<

[5] La palabra debía ser GIN, ginebra. (*N. de la T.*) <<

[6] Plátano cortado a lo largo, presentado con helado y chantilly. (*N. de la T.*) <<